

CATEQUESIS PARA EL TIEMPO DEL
CATECUMENADO
(CATEQUISTAS)

Catecumenado de la Diócesis de Getafe

Introducción

Las catequesis de este tiempo del Catecumenado se desarrollarán habitualmente en el marco de una liturgia de la Palabra de Dios. El fuerte contenido doctrinal que es necesario en este tiempo de formación sistemática no ha de impedir que la catequesis sea no sólo transmisión de verdades objetivas, sino también, conforme al carácter propio de estas verdades, que se enseñe el carácter religioso en el que el espíritu humano ha de acercarse a Dios, que se enseñe el espíritu de fe humilde y obediente con el que el hombre ha de escuchar a Dios.

Deseamos, por tanto, que en el marco de la liturgia se enseñe el contenido preciso de la fe, pero acogido también en ambiente de oración. Que se enseñe a escuchar y a responder a Dios. Y que así aprendan a vivir conforme a la vocación a la que son llamados.

Téngase, pues, esto en cuenta a la hora de desarrollar cada catequesis. Y prepárese todo lo que es necesario. Siempre que sea posible, sea presidida por un sacerdote, revestido de alba y estola. El lugar donde se celebre sea digno para una celebración litúrgica, convenientemente adornado, limpio y acogedor. También ha de estar colocado de forma adecuada: con un lugar preferente para el que preside, un lugar preferente para la Escritura, y, al menos, un crucifijo. Haya un sitio reservado para los catequistas y para los catecúmenos.

El desarrollo de la liturgia no tiene por qué ser demasiado rígido. No tiene por qué tener siempre el mismo número de lecturas, por ejemplo. Cada día ha de adaptarse la estructura al contenido que se quiera transmitir.

Pero se mantendrán algunas cosas fijas:

1. Empiécese siempre, aunque puede haber moniciones previas, con las palabras y los gestos corporales que son habituales en la liturgia católica
 - En el nombre del Padre...
 - La gracia de nuestro Señor Jesucristo... (Si lo preside el sacerdote o diácono)
2. Tras el saludo inicial, hágase la invocación al Espíritu Santo
3. Los exorcismos menores se celebran por el sacerdote, o por el diácono o también por un catequista digno y apto. Cualquiera de estos extiende las manos sobre los catecúmenos, que estarán inclinados o arrodillados y pronuncia alguna de las oraciones indicadas en el RICA (nº113-118; 373)
4. Hágase el desarrollo de la catequesis, en torno a la proclamación de la Palabra de Dios. Con las lecturas que convengan en cada caso, reservando la del Evangelio, si lo hay, al sacerdote o al diácono. En este caso, ha de hacerse como en la liturgia habitual, con los saludos y gestos normales, puestos en pie... Si hay varios evangelios, resérvese el principal al sacerdote. Si no hay sacerdote o diácono, proclame el evangelio el catequista que preside, omitiendo sólo lo que es propio del ministro ordenado.
5. Cuando convenga, resérvese un momento para la intervención de los catecúmenos. Pero hágase esto con orden, diferenciando su palabra de la de los catequistas y encauzándolas no al comentario doctrinal, sino a compartir las vivencias humanas y espirituales (dificultades, logros, esperanzas...). Estas intervenciones pueden estar seguidas, de una nueva exhortación del sacerdote, que ilumine los puntos oscuros y anime a los catecúmenos en los puntos centrales de la catequesis.

6. Tras las lecturas y el cuerpo doctrinal en torno a ellas, háganse súplicas a Dios. Que los catequistas las inicien, pero que también los catecúmenos puedan participar espontáneamente en ellas. Será bueno que los catequistas formulen las peticiones de la forma en que se suele hacer en las misas dominicales de las parroquias (sin olvidar rezar por la Iglesia, el Papa N, los obispos, presbíteros y diáconos) de forma que se ayude así también a vivir con naturalidad la liturgia parroquial.
7. Comiencese a rezar el Padre Nuestro al final de estas peticiones en cada sesión de Catequesis, aunque no se explique el contenido hasta la “Entrega del Padre Nuestro”.
8. Termíñese siempre con las bendiciones cuidando que estas cobren todo su valor y que no aparezcan como simples formas conclusivas o corolarios más o menos piadosos. Al contrario, es necesario profundizar en su riqueza.

Leamos lo que dice el RICA:

102. Las bendiciones, con las que se muestra la caridad de Dios y la solicitud de la Iglesia, ofrézcanse también a los catecúmenos, para que, mientras todavía carecen de la gracia de los sacramentos, reciban al menos de la Iglesia ánimo, gozo y paz en la prosecución de su esfuerzo y de su camino

119. Las bendiciones indicadas en el n. 102 pueden ser dadas por un sacerdote o por un diácono, o también por un catequista (cfr. n. 48), los cuales, extendiendo las manos sobre los catecúmenos, pronuncian algunas de las oraciones siguientes (nn. 121-124). Acabada la oración, los catecúmenos, si cómodamente puede hacerse, se acercan al celebrante, que impone la mano a cada uno. Después se retiran.

Como hemos leído, las bendiciones pueden ser dadas por un sacerdote, por un diácono o por un catequista; extendiendo las manos sobre los catecúmenos pronuncia una de las fórmulas, y acabada la plegaria, cada catecúmeno se acerca al celebrante para que le imponga la mano (la bendición es con imposición de una sola mano); nada extraño, pues esta bendición por parte del catequista la hayamos ya en la Traditio Apostólica de Hipólito (o del Pseudo-Hipólito, como se prefiera)¹

Iremos poco a poco, a lo largo del Catecumenado, introduciendo diversas oraciones: Te Deum, Salve Regina, Bajo tu protección... lo iremos indicando en cada tema. Todas ellas están en el apéndice del Compendio del Catecismo.

Exhórtese a los catecúmenos, tras cada una de las sesiones semanales de catequesis, a reflexionar sobre el contenido doctrinal de cada catequesis ofreciéndole el material oportuno (para esto te hemos entregado una copia de las catequesis para el catecúmeno) y animándoles a orar y profundizar en los textos leídos, tanto de la Biblia como del Compendio. Te recomendamos que cada semana le vayas dando la catequesis correspondiente y no todas de golpe al inicio.

La Escritura la han recibido en el Rito de Admisión y también se les ha hecho entrega del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.

¹ “Cuando el catequista, después de orar, haya impuesto las manos sobre los catecúmenos, ore y despídalos. Tanto si es un eclesiástico el que imparte la enseñanza como si es un laico, háganlo así” (n. 19)

Tanto la Escritura como el *Compendio* han de ser usados progresiva y habitualmente por los catecúmenos.

Durante esta etapa deberá ir descubriendo el catecúmeno la presencia real de Cristo en la Eucaristía que poco a poco será para él “fuente y culmen de la vida cristiana”.

Los catecúmenos acaban de recibir el Rito de Admisión, ha finalizado para ellos la etapa del precatecumenado y comienza otra nueva “el Catecumenado”. El RICA explica el sentido de esta etapa de una forma muy sencilla:

-Nº 19 El catecumenado es un tiempo prolongado, en el que los candidatos reciben instrucción pastoral y se ejercitan en un modo de vida apropiado, y así se les ayuda para que lleguen a la madurez las disposiciones de ánimo manifestadas a la entrada.

Refiriéndose a los que han recibido el Rito de Admisión dice:

-Nº 18 desde este momento los catecúmenos (a los que ya abraza como suyos la santa madre Iglesia con amor y cuidado maternal, por estar vinculados a ella) son ya de “la casa de Cristo: son alimentados por la Iglesia con la Palabra de Dios y favorecidos con las ayudas litúrgicas. Por lo tanto, los catecúmenos han de estimar de todo corazón la asistencia a la liturgia de la Palabra y el recibir bendiciones y sacramentales. Cuando contraigan matrimonio, ya sea entre dos catecúmenos o entre un catecúmeno y un no bautizado, úsense los ritos apropiados. Finalmente, si murieran durante el catecumenado, se les deben exequias cristianas.

Índice

1. Para iniciar el camino
 2. Para vivir la Santa Misa
 3. Dios y el hombre
 4. Un solo Dios
 5. Creo
 6. Creo en Dios Padre... en Jesucristo, su Hijo... en el Espíritu Santo
 7. Dios Padre
- II.
8. Vocación a ser “hijos” (I- Mandamientos 1º, 2º y 3º)
 9. Vocación a ser “hijos” (II - Mandamientos 4ª y 5ª)
 10. Vocación a ser “hijos” (III - Camino de Perfección y Santa Juana Beretta y San Maximiliano Kolbe)
 11. Vocación a ser “hijos” (IV - Mandamiento 6ª y 9º)
 12. Sacramento del matrimonio
 13. Vocación a ser “hijos” (V - Mandamiento 7ª)
 14. Vocación a ser “hijos” (VI- Mandamientos 8ª y 10ª)
- III.
15. Creador del cielo y de la tierra
 - A) Todo ha sido creado por Dios
 16. Creador del cielo y de la tierra
 - B) La creación del hombre
 17. Creador del cielo y de la tierra
 - C) El designio de Dios
 18. Creador del cielo y de la tierra
 - D) El primer pecado, el “Pecado Original”.
 19. La esclavitud del pecado y la esperanza de la salvación
 20. La Manifestación de Dios
- IV.
21. Cristo: La esperanza cumplida
 22. Jesucristo (I).
 23. Jesucristo (II).
 24. Jesucristo (III).
 25. Virgen María.
- V.
26. El Espíritu Santo: Espíritu profético y Espíritu filial
 27. El Espíritu Santo: El Espíritu entregado a la Iglesia
 28. La Iglesia
 29. Resurrección de la Carne y vida eterna.
- VI.
- Catequesis para después de un tiempo prolongado de vacaciones

Catequesis 1:

Para iniciar el camino.

A) **Introducción a la liturgia**

El día de vuestro ingreso en el Catecumenado asististeis, por vez primera quizá, a una liturgia católica, en torno a la Palabra de Dios. *La palabra “Liturgia” significa originariamente “obrar o quehacer público”, servicio de parte de y en favor del pueblo”. En la tradición cristiana quiere significar que el Pueblo de Dios toma parte en la “obra de Dios”².*

Tal como aparecer a nuestros ojos, la liturgia es una acción de la Iglesia; pues un cierto número de sus miembros se reúnen, leen o escuchan la Palabra de Dios, suplican o dan gracias a Dios...; y se reúnen presididos por un ministro sagrado, por el obispo, o un sacerdote, que invita a la oración, lee el Evangelio y lo explica, signa, como hizo el obispo con vosotros, bendice, etc. Allí se espera, se canta, se adora... Es pues una obra de la Iglesia.

Pero es, al tiempo, una obra de Cristo. Porque a través de todas esas acciones (la oración, la súplica, la escucha, la lectura de la Palabra de Dios, los gestos del obispo o del sacerdote) Cristo sigue obrando la salvación entre el pueblo que él ha convocado y ha formado³.

La liturgia es, por tanto, una acción sagrada de la Iglesia y de Dios.

Hay liturgias diferentes: una es la liturgia de la Admisión en el Catecumenado que presidió el Obispo; otra es la liturgia de la Palabra que haremos nosotros cada semana y en medio de la cual impartimos la catequesis. Otra es la liturgia de la Eucaristía de la que participaréis cada domingo en vuestras parroquias, aún parcialmente, sin poder aún alimentaros con el Pan de la Eucaristía; y otra será la liturgia del Bautismo, de la Confirmación y del Eucaristía.

Pero en todas ellas, a través de los diversos gestos y palabras, obra Dios, que se hace presente, realmente presente, con poder, en medio de su pueblo.

Como veis los gestos son diversos. El día que fuisteis admitidos en el Catecumenado, el Obispo os marcó con la señal de la cruz, y luego os dio paso a la Iglesia. Con la señal de la cruz en vuestra frente, en vuestros oídos, en vuestros ojos, en vuestra espalda, en vuestro pecho... el Espíritu Santo marcaba vuestra alma, no de forma figurada, sino real, con la señal del amor de Dios Padre por nosotros, que es la Cruz de su Hijo, que es señal también de Aquel a quien pertenecéis, de Aquel que compró vuestra libertad con su sangre. Y allí, por vez primera, escuchasteis la Palabra de Dios pronunciada solemnemente, y el canto de la Iglesia que respondía a su Señor y el Evangelio..., que besasteis y del que os hizo entrega.

En nuestra liturgia semanal, más sencilla, también veréis y oiréis los signos, los gestos y las palabras. Veréis al sacerdote, con las vestiduras propias de la liturgia. Os pondréis de pie para iniciar la liturgia, para escuchar el Evangelio, para elevar súplicas a Dios, para recibir su bendición. Os pondréis de rodillas cuando el sacerdote, diácono o catequista extienda sobre vosotros sus manos y pronuncie el exorcismo. Os sentaréis para escuchar la enseñanza de la catequesis. Extenderá sobre vosotros sus manos mientras pronuncia el exorcismo. Inclinaréis la cabeza para recibir la bendición al imponeros las manos. Veréis como los catequistas leen las lecturas, pero se reservará al sacerdote la lectura del Evangelio. (Si no está el sacerdote, lo hará el

² CCE 1069

³ Cf. CCE 1071-1072

catequista). Después de cada lectura aclamamos a Dios: **“Palabra de Dios” –“Te alabamos Señor”**. Y después del Evangelio esta aclamación a Dios cambia: **“Palabra del Señor” –“Gloria a ti, Señor, Jesús”**.

En fin, la liturgia, sea sencilla, como la que celebraremos cada semana, sea solemne como la que celebraremos en la Vigilia Pascual, cuando recibáis los Sacramentos, está llena de signos, gestos y palabras.

Pero lo que quiero indicaros hoy es **que estos signos no son elementos de teatro**. No representamos una comedia. Por ejemplo, la postura del cuerpo, estar de pie o sentados o de rodillas, nos ayuda a vivir lo que hacemos, a darnos cuenta de la importancia de lo que ocurre en ese instante y a disponer nuestra alma delante de Dios. Nos ponemos de pie como señal de respeto ante Dios que dice su palabra más clara y elocuente por medio del Evangelio. Nos arrodillamos porque nos reconocemos nada ante Dios y le adoramos o le suplicamos. Nos sentamos, no sólo para sentirnos descansados, sino para poder escuchar con la mayor atención posible la enseñanza de la fe.

Y cuando hacemos estas cosas las hacemos todos a la vez. Todos hacemos los mismos gestos, porque la liturgia no es una acción individual, de cada uno con Dios, sino una acción comunitaria, en la que personas diversas hemos sido congregadas por Dios en la única Iglesia. Por eso todos nos ponemos de pie, o todos nos arrodillamos o todos nos sentamos y todos respondemos al unísono.

Un gesto que os quiero enseñar es un gesto sencillo que habréis observado en muchos cristianos cuando entran o salen de la Iglesia, es el gesto de la genuflexión. Aún no os hemos hablado del sacramento de la Eucaristía, pero en este sacramento el mismo Jesucristo se hace presente de forma corporal, visible a nuestros ojos, en el pan y en el vino, para estar con nosotros y para alimentarnos de su vida divina. Después de celebrar el sacramento de la Eucaristía, donde se realiza siempre este milagro, desde hace muchos siglos, los cristianos reservamos parte del pan que ha consagrado el sacerdote. En este pan consagrado está realmente presente y vivo el mismo Cristo, el mismo que murió en la cruz, el mismo que resucitado vive a la derecha de Dios. Y lo reservamos en una especie de urna que llamamos “sagrario” o “tabernáculo”, para poder rezar ante él y para alimentar con él, cuando es necesario, a los enfermos. Y señalamos el lugar con la luz de alguna vela.

Y allí permanece siempre Cristo, realmente presente, con toda su humanidad y su divinidad, en el pan consagrado en la Eucaristía. Por eso, cuando los cristianos entramos en una iglesia, grande o pequeña, hermosa o no, lo primero que hacemos es buscar con la mirada aquel lugar señalado por la luz, y mirando hacia él hacemos genuflexión; es decir ponemos una rodilla en tierra, como señal de reconocimiento y de respeto hacia nuestro Señor.

Aprended vosotros ya a reconocer dónde está Cristo y aprended a adorarlo con el corazón enseñando a vuestra alma con este gesto externo del cuerpo y haciendo que ella acompañe el gesto externo con una adoración interior sincera y profunda.

Pues bien, a partir de ahora nuestras catequesis las llevaremos a cabo en este ámbito litúrgico, en el que el Dios vivo se hace presente a través de nuestros gestos y de nuestras palabras para salvar a los que ha llamado a seguir a su Hijo, es decir a todos nosotros, catecúmenos y bautizados, sacerdotes o seglares. Por eso veréis que nos reunimos en torno a la Palabra de Dios, con el sacerdote revestido de sus ropas litúrgicas (siempre que sea posible) y en una disposición que nos invita a la oración común, a reconocernos como un pueblo convocado por Dios, que escucha a Dios con un solo corazón y que se dirige a Dios con una sola voz. Por ese motivo, nos

levantaremos al inicio de nuestra liturgia, también cuando escuchemos el Evangelio y cuando dirijamos nuestras súplicas a Dios, así como para recibir la bendición y al salir el sacerdote. Y por eso aquí ni comeremos, ni hablaremos cuando no nos toque, sino que mantendremos un espíritu religioso.

No nos interesa sólo que sepáis muchas cosas sobre Dios, sino que conozcáis a Dios actuando en vosotros. Y que vosotros mismos empecéis a vivir como quien quiere ser hijo de tal Padre, de Dios.

Hoy ya tendremos nuestra catequesis en el interior de una pequeña liturgia. Así que ahora nos pondremos de pie, recibiréis el saludo de la Iglesia e invocaremos al Espíritu Santo.

B) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Para la invocación del Espíritu Santo ver
Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Amén.

C) Exorcismos Menores

Para no acumular todas las explicaciones litúrgicas en la primera sesión, explicaremos el significado de estos exorcismos menores y de las bendiciones con que termina la Liturgia de la Palabra en sucesivas catequesis.

Invitaremos a los catecúmenos a arrodillarse para implorar sobre ellos el auxilio de Dios. Para recibir los exorcismos se pondrán de rodillas, si es posible, si no inclinarán su cabeza (Cf. RICA 109). Y el sacerdote, el diácono, o en su defecto el catequista que haya sido autorizado para ello por el Obispo, pronunciará las palabras del exorcismo mientras extiende las manos sobre los catecúmenos.

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 1,2,6-24.

D) Catequesis

Ya os dijimos cuando os preparabais para ser admitidos en el Catecumenado que comenzar este camino de fe supone la renuncia de otros dioses que no son el Dios verdadero y de otras formas de vida, que no son la que enseña Cristo en el Evangelio.

De hecho, ese camino de renuncia, es un camino que podríamos llamar de muerte, porque uno tiene que morir al hombre viejo, con sus obras, para resucitar al hombre nuevo, también con sus obras. Y el Sacramento del Bautismo al que os encamináis significa esas dos cosas: la muerte y la vida. La muerte al hombre viejo y la resurrección al hombre nuevo. La muerte al pecado y la resurrección a las obras propias de los hijos de Dios.

Las aguas bautismales significan estas dos cosas. Cuando a vosotros se os administre el Bautismo, se hará derramando agua sobre vuestra cabeza. Esta agua significa al tiempo muerte y vida. Se entiende mejor si se mira cómo se administraba el bautismo en los primeros siglos, no derramando un poco de agua sobre la cabeza, sino sumergiendo al hombre en el agua. En las Sagradas Escrituras, las aguas tienen el doble significado de la muerte y de la vida. Por ejemplo, el agua del mar, tenebroso e imposible de dominar, siempre peligroso para el hombre que se adentra en él, significa la muerte. Sin embargo, el agua de la lluvia o de los manantiales, sin las cuales el hombre no puede vivir significa la vida.



Noé en el Arca.
(Catacumbas de santa Domitila)

Noé, que sale de las aguas que han destruido un mundo de pecado y muerte, es símbolo de Cristo, que resucita y sale de la tumba. Y símbolo del cristiano, que deja atrás la antigua vida de pecado, para vivir la nueva vida de Cristo resucitado.

Lo cierto es que este paso del hombre viejo al hombre nuevo, de la vida afectada por el pecado, a la vida propia de los hijos de Dios, es un paso que no se realiza de la noche a la mañana, sino que es progresivo, y que no se produce sólo porque un pobre catecúmeno decida cambiar de vida, sino que es imprescindible la ayuda y el auxilio de Dios, es necesaria su gracia.

Abandonar el pecado y, mucho más, vivir como hijos de Dios, es una tarea que sobrepasa nuestras fuerzas. Necesitamos que Dios nos tome de nuevo en sus manos y nos recree, nos haga nacer de nuevo. Eso es el Bautismo. ¿Hay algún hombre que se haya dado la vida a sí mismo? – No, sino que se la debe a sus padres. De igual modo nadie puede darse a sí mismo la vida de los hijos de Dios. Sólo el Padre puede otorgar esta vida. Y esto es el Bautismo: un nuevo nacimiento, una nueva vida.

El Bautismo no es sólo un símbolo de la voluntad del hombre por cambiar de vida. No, es un momento donde Dios obra, donde Dios actúa, y donde él realmente nos libra de la esclavitud del pecado y nos da la gracia de la vida nueva.

Ahora bien, Dios no actúa sin nosotros. Y nosotros necesitamos crecer poco a poco. No llega el hombre a la madurez en un día, sino que necesita el crecimiento reposado de su mente y de su voluntad. En la vida cristiana ocurre lo mismo. No llega el hombre a su madurez en un momento, sino que ha de prolongar en el tiempo su crecimiento. Y en ese tiempo necesita contar con la gracia de Dios, que le ayuda a abandonar progresivamente el pecado y a vivir la vida nueva. El nuevo nacimiento acabará en el Bautismo. Pero hasta ese momento, Dios os irá dando forma, poco a poco, tanto en cuanto os dejéis dar forma, tanto en cuanto acojáis su gracia, tanto en cuanto dejéis que sus manos, limpien vuestros pecados y os adornen con sus virtudes.

Durante estos meses vamos a comenzar un camino que concluirá, si sois fieles a Dios, en la fuente bautismal. Allí recibiréis de Dios una nueva condición, la de hijos suyos; la “participación en la naturaleza divina”, hijos de Dios, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo.

Ahora bien, hasta llegar a ese momento, deberéis avanzar por un camino de conocimiento de Dios y de santidad de vida. Dios, que es luz, es incompatible con las tinieblas. Él, que es santo, es incompatible con el pecado. Por eso no sólo es necesario que conozcáis la verdad sobre el único Dios, sino que empecéis a vivir de forma digna de él, poco a poco, conforme os vayamos indicando.

Os leeré lo que decía un santo de la Iglesia del siglo II, un Padre de la Iglesia, obispo de Lión:

*Como el hombre es un ser viviente compuesto de alma y cuerpo... la pureza del cuerpo está en abstenerse y rebuir toda cosa inverecunda y toda acción injusta, y la pureza del alma está en conservar intacta la fe en Dios, sin agregar ni quitar nada de ella. Porque la piedad se empaña y pierde su candor cuando se contamina con la impureza del cuerpo; se rompe, se mancha y se desintegra cuando el error entra en el alma; **se mantendrá en su belleza y en su justa proporción cuando la verdad habite constantemente en el alma y la santidad en el cuerpo. Pero, ¿de qué sirve conocer la verdad de palabra si se profana el cuerpo y se realizan acciones degradantes? ¿De qué sirve la santidad del cuerpo si la verdad no anida en el alma? ...***

... Nosotros debemos mantener inalterada la Regla de la fe y cumplir los mandamientos de Dios creyendo en él, temiéndole como a Señor y amándolo como a Padre.⁴

⁴ San Ireneo de Lión, *Demostación de la Predicación Apóstolica*. Ed. Ciudad Nueva. Madrid 1992. Pág. 53ss.

Ahora, nosotros, los catequistas, tenemos la obligación de enseñaros tanto lo que san Ireneo llama la “regla de la fe”, es decir el testimonio completo que hemos recibido de los Apóstoles, que convivieron con Cristo, que es la verdad que debe anidar en vuestra alma. Y también hemos de enseñaros lo que san Ireneo llama la “santidad del cuerpo”, es decir, el cómo hemos de obrar y amar a Dios con nuestra vida y nuestros actos, huyendo, como dice el santo, de toda cosa inverecunda y de toda injusticia. “Inverecunda” indica lo que es vergonzoso, las acciones que son indignas de la naturaleza humana y de la llamada de Dios a convivir con él. Y la injusticia es aquello que no se ajusta al amor que le debemos a Dios y al prójimo, a los otros hombres.

Pero este camino no es fácil. Y es necesario advertiros desde el primer momento de las dificultades y peligros reales que os vais a encontrar con toda seguridad.

En primer lugar está la situación de nuestra propia persona. Estamos acostumbrados a pensar, a buscar, a desear y a conformarnos con las cosas más pobres y más miserables de esta vida, en las cosas más materiales y carnales; sin embargo, con mucha dificultad podemos elevar nuestro pensamiento, nuestros deseos y nuestros esfuerzos a los bienes espirituales. Estamos acostumbrados a escuchar y a atender las necesidades de nuestro cuerpo, pero con mucha dificultad somos capaces de entrar en el interior de nuestra propia alma y escuchar las necesidades del alma. Estamos acostumbrados a escuchar y atender las cosas que nos rodean, aunque de forma exterior y superficial, pero no estamos acostumbrados a atender y a escuchar a Dios. Además, con el paso de los años sin cultivar la vida del espíritu y lejos de Dios, nuestro propio corazón ha sido habitado por muchas impurezas e imperfecciones que lo alejan de Dios y lo hacen más insensible, más duro para escucharle y obedecerle. Y no sólo tenemos impurezas e imperfecciones, sino que todos tenemos pecados que, lo queramos o no, nos alejan de Dios. Por tanto, la primera dificultad está en nosotros mismos, y será costoso y doloroso ser purificados y elevar nuestro espíritu por encima de las cosas más pobres y elementales.

La segunda dificultad está en nuestro entorno. Nadie os apoyará en este camino. Bien al contrario, os dirán que estáis locos, que sois seres extraños, que os comen el coco y cosas así. Y os advierto que es muy difícil caminar contra corriente y darse cuenta de que uno es mirado como un bicho raro. Y más difícil cuando los que uno tenía antes como amigos se convierten en motivo de tropiezo y tiene que elegir entre Dios y ellos, para poder seguir adelante. Es muy duro tener que volver la espalda a aquellos a los que uno amaba o estimaba para poder caminar hacia Dios. Y eso lo encontraréis.

La tercera gran dificultad es el demonio. El demonio existe. No es, ni mucho menos comparable a Dios. Es un ser espiritual, un ángel, creado por Dios. Y como todos los ángeles fue creado por Dios para servir al hombre. Pero se hizo un ser orgulloso, su orgullo no podía soportar tener que servir al hombre, muy inferior a él. Y sobre todo, no pudo resistir ver que Dios amaba al hombre más que a ninguna otra criatura, y que al hombre, ser débil y frágil e imperfecto, lo había creado con una capacidad que él no tenía, la capacidad de llegar un día a compartir la vida divina. El orgullo y la envidia lo alejaron de Dios y se convirtió en el enemigo del hombre, al que envidia y odia a muerte. (Esta envidia “a muerte” no es cosa de broma. Quizá hayáis tenido experiencia de la maldad que engendra la envidia; y hasta dónde puede llegar un hombre que se deja dominar por ella). Ahora, al diablo sólo le mueve una cosa: hacer que el hombre muera. Es decir, hacer que el hombre se aleje de Dios y no llegue a participar de su vida divina y perezca eternamente. Eso es el infierno. Y ya os digo que la principal arma del diablo es la mentira, o mejor, la mentira que mezcla astutamente con la verdad para hacerse creíble. Y ¿cómo usa de esta mentira? –De dos formas: seduciendo y amedrentando al hombre. A veces intenta alejarlo del camino de Dios seduciéndolo con otras cosas, con cosas que en sí mismas pueden ser bellas o buenas, pero que utiliza como anzuelo para detener nuestro caminar, para entretenernos y llevarnos al pecado. El ejemplo del anzuelo viene muy a propósito, porque en el anzuelo se coloca algo que en sí mismo es bueno para el pez, por eso el pez se siente atraído hacia él, pero esconde su muerte. Otras veces intenta paralizarnos con el miedo. Nos sugiere que,

si obedecemos a Dios, sufriremos más de lo que podemos soportar, o seremos desdichados e infelices. Sin embargo, tanto sus seducciones como sus terrores son mentira. Por que por bellas o buenas que sean las cosas que nos presenta, son todas perecederas y pasan, y son imperfectas. No pueden saciar el alma humana creada para la vida dichosa e inmortal que sólo puede encontrar en Dios. Por otro lado, el que deja todo y gana a Dios no puede no ser dichoso, porque Dios es el principio de la dicha y de la felicidad humana. Y además él siempre ayuda a quien lo prefiere y lo elige a él. Y por doloroso que sea que un amigo deje de hablarte por haberte hecho cristiano y por vivir como tal, Dios recompensa con un amor que es infinitamente mejor que el de cualquier hombre, sea padre, madre, novio...

Pero, como podéis suponer, en el camino que lleva a la vida no todo son dificultades, también existen ayudas, importantes y poderosas ayudas. La primera de las ayudas la encontramos en nuestra propia naturaleza humana. La segunda la encontramos en las cosas mismas creadas por Dios. Y la tercera la encontramos en Dios mismo que sale a nuestro encuentro, va delante de nosotros para que no temamos y va detrás empujando nuestra debilidad; nos auxilia en el peligro y nos da luz en la tentación con su palabra, que actúa como antorcha en medio de la oscuridad y nos muestra el verdadero camino; si caemos en la tentación no nos abandona, sino que a una pequeña súplica nuestra, perdona nuestros pecados, cura las heridas de nuestra alma, nos pone en pie y nos empuja a seguir el camino. Nos fortalece ante las tentaciones, ante los miedos o ante las seducciones. Él se hace verdaderamente presente en la Eucaristía, a la que os invitamos a asistir todos los domingos.

En la próxima catequesis haremos una explicación más detallada de las partes de la Misa y de su significado. Hoy simplemente les indicamos la importancia de comenzar a asistir todos los domingos a Misa (les avisaremos que todavía no pueden comulgar)

E) Lectura y Exhortación

Los catequistas leen de pie con solemnidad pero con sencillez. El evangelio lo lee el sacerdote si está presente. Encabeza su lectura diciendo como se acostumbra en la misa: "Lectura del libro...". Y la finaliza con la aclamación habitual: "Palabra de Dios" y "Palabra del Señor", en el Evangelio. Y si es necesario se enseña a los catecúmenos a responder: "Te alabamos, Señor" y "Gloria a ti Señor Jesús".

Si 2

1 Pe 5,1-11

Lc 8, 4-15

Después de las lecturas, que el sacerdote invite a los catecúmenos a expresar, si lo desean, su experiencia espiritual y personal, pero cuidando de que no hagan interpretaciones doctrinales, sino que hablen tan solo de sí mismos y de su experiencia con Dios. Cuando el sacerdote vea necesario el sacerdote comente las cosas que él crea han quedado oscuras, exhorte, anime, corrija...

F) Súplicas y Padre nuestro

Todos en pie, el sacerdote invite a elevar súplicas a Dios. Uno de los catequistas o el mismo sacerdote haga unas peticiones y anime a los catecúmenos a pedir también a Dios en voz alta. Al final de las peticiones rezamos el Padre Nuestro (Las oraciones

que los catecúmenos irán aprendiendo de memoria están en el apéndice del Compendio)

Hoy, debido al contenido de la catequesis, al final de las peticiones puede explicarse que la petición del Padre Nuestro que dice: “No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”, literalmente se podría traducir como: “del malo”.

G) Bendición

Tras las peticiones, la celebración siempre terminará con las bendiciones. Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición de Dios. Y el sacerdote, el diácono o el catequista, extendiendo sus manos sobre los catecúmenos, pronuncia una de las fórmulas ofrecidas en el ritual (RICA 121-124; 374).

Tras pronunciar la oración de bendición, cada uno de los catecúmenos se acerca al que preside la celebración para que le imponga la mano orando sobre él en silencio (Cf. RICA 119)

H) Despedida

Hágase la despedida como se acostumbra en la liturgia habitual de la Iglesia católica. Y entréguese a los catecúmenos el texto de la catequesis para que reflexionen sobre él.

Catequesis 2: Para vivir la Santa Misa

Esta catequesis tiene por objeto explicar las partes de la celebración de la Santa Misa. A partir del rito de Entrada en el Catecumenado es muy importante que los catecúmenos asistan a la Eucaristía dominical y vayan poco a poco descubriendo su riqueza e importancia. Tenemos que invitarles a ello.

Es bueno entregarle en este momento un folleto o librito donde pueda tener escritas las oraciones de la Misa y así poder contestar a las oraciones y poder seguir la liturgia con más facilidad.

En este momento, es conveniente explicar a los catecúmenos que cuando asistan a la Eucaristía, no pueden, todavía, acercarse a comulgar.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Como en la primera catequesis

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Catequesis

En esta nueva etapa que habéis comenzado después del rito os invitamos a participar todos los domingos en la Misa, pues esa es la fuente de nuestra vida cristiana.

Vamos a dedicar la catequesis de hoy a explicaros las diferentes partes de la Misa. Quizás ya habéis participado en alguna Misa pero seguramente nadie os ha explicado el significado de la liturgia.

Más adelante dedicaremos una catequesis solo para hablar de la Eucaristía, pero ahora para poder entender mejor la explicación de la liturgia os proponemos leer tres números del compendio.

271. ¿Qué es la Eucaristía?

La Eucaristía es el sacrificio mismo del Cuerpo y de la Sangre del Señor Jesús, que Él instituyó para perpetuar en los siglos, hasta su segunda venida, el sacrificio de la Cruz, confiando así a la Iglesia el memorial de su Muerte y Resurrección. Es signo de unidad, vínculo de caridad y banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la vida eterna.

274. ¿Qué representa la Eucaristía en la vida de la Iglesia?

La Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana. En ella alcanzan su cumbre la acción santificante de Dios sobre nosotros y nuestro culto a Él. La Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia: el mismo Cristo, nuestra Pascua. Expresa y produce la comunión en la vida

divina y la unidad del Pueblo de Dios. Mediante la celebración eucarística nos unimos a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna.

282. ¿Cómo está Jesucristo presente en la Eucaristía?

Jesucristo está presente en la Eucaristía de modo único e incomparable. Está presente, en efecto, de modo verdadero, real y sustancial: con su Cuerpo y con su Sangre, con su Alma y su Divinidad. Cristo, todo entero, Dios y hombre, está presente en ella de manera sacramental, es decir, bajo las especies eucarísticas del pan y del vino.

Vamos a seguir la exposición que hace de la celebración de la Eucaristía el Catecismo de la Iglesia Católica:

1346 La liturgia de la Eucaristía se desarrolla conforme a una estructura fundamental que se ha conservado a través de los siglos hasta nosotros. Comprende dos grandes momentos que forman una unidad básica:

— la reunión, *la liturgia de la Palabra*, con las lecturas, la homilía y la oración universal;

— *la liturgia eucarística*, con la presentación del pan y del vino, la acción de gracias consecratoria y la comunión.

Liturgia de la Palabra y Liturgia eucarística constituyen juntas "un solo acto de culto" (SC 56); en efecto, la mesa preparada para nosotros en la Eucaristía es a la vez la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo del Señor (cf. DV 21).

1347 ¿No se advierte aquí el mismo dinamismo del banquete pascual de Jesús resucitado con sus discípulos? En el camino les explicaba las Escrituras, luego, sentándose a la mesa con ellos, "tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio" (cf. Lc 24, 30; cf. Lc 24, 13- 35).

1348 *Todos se reúnen.* Los cristianos acuden a un mismo lugar para la asamblea eucarística. A su cabeza está Cristo mismo que es el actor principal de la Eucaristía. Él es sumo sacerdote de la Nueva Alianza. Él mismo es quien preside invisiblemente toda celebración eucarística. Como representante suyo, el obispo o el presbítero (actuando in persona Christi capitis) preside la asamblea, toma la palabra después de las lecturas, recibe las ofrendas y dice la plegaria eucarística. Todos tienen parte activa en la celebración, cada uno a su manera: los lectores, los que presentan las ofrendas, los que dan la comunión, y el pueblo entero cuyo "Amén" manifiesta su participación.

1349 *La liturgia de la Palabra* comprende "los escritos de los profetas", es decir, el Antiguo Testamento, y "las memorias de los Apóstoles", es decir sus cartas y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios (cf. 1 Ts 2,13), y a ponerla en práctica; vienen luego las intercesiones por todos los hombres, según la palabra del apóstol: "Ante todo, recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad" (1 Tm 2,1-2).

1350 *La presentación de las ofrendas* (el ofertorio): entonces se lleva al altar, a veces en procesión, el pan y el vino que serán ofrecidos por el sacerdote en nombre de Cristo en el sacrificio eucarístico en el que se convertirán en su Cuerpo y en su Sangre. Es la acción misma de Cristo en la última Cena, "tomando pan y una copa". "Sólo la Iglesia presenta esta oblación, pura, al Creador,

ofreciéndole con acción de gracias lo que proviene de su creación" (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 18, 4; cf. *Ml* 1,11). La presentación de las ofrendas en el altar hace suyo el gesto de Melquisedec y pone los dones del Creador en las manos de Cristo. Él es quien, en su sacrificio, lleva a la perfección todos los intentos humanos de ofrecer sacrificios.

1351 Desde el principio, junto con el pan y el vino para la Eucaristía, los cristianos presentan también sus dones para compartirlos con los que tienen necesidad. Esta costumbre de la *colecta* (cf 1 Co 16,1), siempre actual, se inspira en el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos (cf 2 Co 8,9):

«Los que son ricos y lo desean, cada uno según lo que se ha impuesto; lo que es recogido es entregado al que preside, y él atiende a los huérfanos y viudas, a los que la enfermedad u otra causa priva de recursos, los presos, los inmigrantes y, en una palabra, socorre a todos los que están en necesidad» (San Justino, *Apología*, 1, 67,6).

1352 *La Anáfora*. Con la plegaria eucarística, oración de acción de gracias y de consagración llegamos al corazón y a la cumbre de la celebración:

En el *prefacio*, la Iglesia da gracias al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación. Toda la asamblea se une entonces a la alabanza incesante que la Iglesia celestial, los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo.

1353 En la *epiclesis*, la Iglesia pide al Padre que envíe su Espíritu Santo (o el poder de su bendición (cf Plegaria Eucarística I o Canon romano, 90; Misal Romano) sobre el pan y el vino, para que se conviertan por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que quienes toman parte en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu (algunas tradiciones litúrgicas colocan la epiclesis después de la anámnesis).

En el *relato de la institución*, la fuerza de las palabras y de la acción de Cristo y el poder del Espíritu Santo hacen sacramentalmente presentes bajo las especies de pan y de vino su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la cruz de una vez para siempre.

1354 En la *anámnesis* que sigue, la Iglesia hace memoria de la pasión, de la resurrección y del retorno glorioso de Cristo Jesús; presenta al Padre la ofrenda de su Hijo que nos reconcilia con Él.

En las *intercesiones*, la Iglesia expresa que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia del cielo y de la tierra, de los vivos y de los difuntos, y en comunión con los pastores de la Iglesia, el Papa, el obispo de la diócesis, su presbiterio y sus diáconos y todos los obispos del mundo entero con sus Iglesias.

1355 En la *comunión*, precedida por la oración del Señor y de la fracción del pan, los fieles reciben "el pan del cielo" y "el cáliz de la salvación", el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se entregó "para la vida del mundo" (Jn 6,51). Porque este pan y este vino han sido, según la expresión antigua "eucaristizados"⁵, "llamamos a este alimento Eucaristía y nadie puede tomar parte en él si no cree en la verdad de lo que se enseña entre nosotros, si no ha recibido el baño para el perdón de los pecados y el nuevo nacimiento, y si no vive según los preceptos de Cristo"⁶

⁵ Convertidos en adoración, en acción de gracias. El pan y el vino se convierten en la adoración y en la acción de gracias que Cristo ofrece a su Padre, su cuerpo y su sangre, toda su persona. cf. San Justino, *Apología*, 1, 65)..

⁶ San Justino, *Apología*, 1, 66: CA 1, 180 [PG 6, 428].

Conviene conocer el significado y uso de algunos gestos y objetos litúrgicos para la celebración de la Eucaristía y para otras celebraciones litúrgicas. Pasamos a enumerar algunos:

-LA SEÑAL DE LA CRUZ: La señal de la cruz es una confesión de nuestra fe. Es el signo de pertenencia que en el Catecumenado se impone en el Rito de Ingreso o Admisión. Podéis recordar las catequesis de entonces sobre este signo. En la celebración de la Misa se hace al principio, junto con el sacerdote, cuando dice: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...” Trazada como una gran cruz que va de la frente al pecho y del hombro izquierdo al derecho. Y luego, antes del Evangelio, trazada tres veces como una pequeña cruz en la frente, en los labios y en el pecho, mientras el sacerdote o el diácono que lee el Evangelio dice: “Lectura del Santo Evangelio según san...”. Y mientras se responde: “Gloria a ti, Señor “. Por último, cuando al final de la celebración se recibe la bendición, es costumbre que los fieles vuelvan a hacer la señal de la cruz sobre ellos como al principio, aunque basta inclinar la cabeza y acoger la bendición que el Obispo o el Sacerdote da trazando la cruz sobre toda la Asamblea.

-GOLPE DE PECHO: Signo de dolor y de contrición, que consiste en darse con la mano o puño en el pecho, en señal de pesar por los pecados. Se hace tres veces durante el rezo del “Yo confieso... en el momento de decir: “Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”

-POSTURAS CORPORALES: Durante la celebración eucarística el pueblo adopta tres posturas corporales, que en casos normales debe ser unánime, adoptada por todos los fieles como signo de comunión y unidad:

1. **DE PIE:** Signo del resucitado, del discípulo dispuesto a seguir a Cristo y del orante. Estaremos desde el canto de entrada hasta el final de la oración Colecta; durante el canto del Aleluya y la lectura del Evangelio: durante la profesión de Fe y la oración de los Fieles; desde que empieza la oración de las ofrendas hasta la consagración: después de la consagración hasta después de la comunión y desde la oración de después de la comunión hasta que el sacerdote abandona el presbiterio.
2. **SENTADOS:** Signo del discípulo a los pies del maestro, actitud descansada para la meditación. Estaremos sentados durante las lecturas que preceden al Evangelio, incluido el Salmo responsorial; durante la homilía; mientras se hace la preparación de los dones en el ofertorio y a lo largo del silencio posterior a la comunión
3. **DE RODILLAS:** Durante la Eucaristía es signo de adoración (en otros actyos momentos puede ser también un signo de penitencia=, del que se reconoce pequeño ante la grandeza de Dios. Estamos de rodillas durante la Consagración, aunque por razones de enfermedad, aglomeración o alguna otra causa justa e puede permanecer de pie.

GESTO DE LA PAZ: Gesto de preparación a la comunión dentro de la Misa. Es un gesto simbólico (apretón de manos, beso, abrazo) con el que expresamos nuestra mutua caridad y signo de deseo de paz y unidad para toda la Iglesia y toda la humanidad. Se da a los que tenemos más cerca.

COMUNIÓN: Para recibir la Comunión ha de hacerse un acto de reverencia previo. Se puede comulgar de pie o de rodillas. La sagrada forma se debe tomar directamente en la boca, aunque también se puede recibir en la mano, con el debido respeto. Si es así, ha de llevarse a la boca inmediatamente, delante del sacerdote, antes de retirarse. A las palabras de “El Cuerpo de Cristo”, se responde con el “Amen”.

Pero vamos a leer la Palabra de Dios, que es viva y eficaz. Escuchad a Dios que os habla de veras para iluminar ya vuestro camino.

Aunque los catecúmenos ya tienen el Compendio, ahora puede ser útil decirles algunas breves palabras sobre el valor que tiene. El Compendio hace referencia al Catecismo de la Iglesia Católica, una obra cuyo fin era ofrecer a todos “una exposición completa e íntegra de la doctrina católica, que permite que todos conozcan lo que la Iglesia misma profesa, celebra, vive y ora en su vida diaria”⁷.

El Compendio ofrece una formulación más sintética de los mismos contenidos de la fe y remite constantemente al Catecismo, indicando los números correspondientes, en su contenido y en su estructura.

Al igual que el Catecismo, “el Compendio se articula en cuatro partes, correspondientes a las leyes fundamentales de la vida en Cristo”⁸: *lex credendi* (la profesión de fe), *lex celebrandi* (la celebración del misterio cristiano), *lex vivendi* (la Vida en Cristo), *lex orandi* (la oración cristiana).

Así pues, en el transcurso del Catecumenado el uso del Compendio será habitual y necesario.

E) Lecturas y exhortación

Lc 22,7-20

1 Cor 11,23-27

F) Súplicas y Padre nuestro

Todos en pie, el sacerdote invite a elevar súplicas a Dios. Uno de los catequistas o el mismo sacerdote haga unas peticiones y anime a los catecúmenos a pedir también a Dios en voz alta. Al final de las peticiones rezamos el Padre Nuestro.

G) Bendición y despedida

Tras las peticiones, la celebración siempre terminará con las bendiciones. Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición de Dios. Y el sacerdote, el diácono o el catequista, extendiendo sus manos sobre los catecúmenos, pronuncia una de las fórmulas ofrecidas en el ritual (RICA 121-124; 374).

Tras pronunciar la oración de bendición, cada uno de los catecúmenos se acerca al que preside la celebración para que le imponga la mano orando sobre él en silencio (Cf. RICA 119)

⁷ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Laetamur magnopere*, 15 agosto 1997.

⁸ J. RATZINGER, *Introducción al Compendio*

ESQUEMA RESUMEN

☒ Ritos iniciales

Son ritos introductorios a la celebración y nos preparan para escuchar la palabra y celebrar la eucaristía.

Procesión de entrada

Llegamos al templo y nos disponemos para celebrar el misterio más grande de nuestra fe. Acompañamos la procesión de entrada cantando con alegría.

Saludo inicial

Después de besar el altar y hacer la señal de la cruz, el sacerdote saluda a la asamblea.

Acto penitencial

Pedimos humildemente perdón al Señor por todas nuestras faltas.

Gloria

Alabamos a Dios, reconociendo su santidad, al mismo tiempo que nuestra necesidad de Él.

Oración colecta

Es la oración que el sacerdote, en nombre de toda la asamblea, hace al Padre. En ella recoge todas las intenciones de la comunidad.

☒ Liturgia de la Palabra

Escuchamos a Dios, que se nos da como alimento en su Palabra, y respondemos cantando, meditando y rezando.

Primera lectura

En el Antiguo Testamento, Dios nos habla a través de la historia del pueblo de Israel y de sus profetas.

Salmo

Meditamos rezando o cantando un salmo.

Segunda lectura

En el Nuevo Testamento, Dios nos habla a través de los apóstoles.

Evangelio

El canto del Aleluya nos dispone a escuchar la proclamación del misterio de Cristo. Al finalizar aclamamos diciendo: "Gloria a ti, Señor Jesús".

Homilía

El celebrante nos explica la Palabra de Dios.

Credo

Después de escuchar la Palabra de Dios, confesamos nuestra fe.

Oración de los fieles

Rezamos unos por otros pidiendo por las necesidades de todos.

☒ Liturgia de la Eucaristía

Tiene tres partes: **Rito de las ofrendas**, **Gran Plegaria Eucarística** (es el núcleo de toda la celebración, es una plegaria de acción de gracias en la que actualizamos la muerte y resurrección de Jesús) y **Rito de comunión**.

Presentación de la ofrendas

Presentamos el pan y el vino que se transformarán en el cuerpo y la sangre de Cristo. Realizamos la colecta en favor de toda la Iglesia. Oramos sobre las ofrendas.

Prefacio

Es una oración de acción de gracias y alabanza a Dios, al tres veces santo.

Epiclesis

El celebrante extiende sus manos sobre el pan y el vino e invoca al Espíritu Santo, para que por su acción los transforme en el cuerpo y la sangre de Jesús.

Consagración

El sacerdote hace "memoria" de la última cena, pronunciando las mismas palabras de Jesús. El pan y el vino se transforman en el cuerpo y en la sangre de Jesús.

Aclamación

Aclamamos el misterio central de nuestra fe.

Intercesión

Ofrecemos este sacrificio de Jesús en comunión con toda la Iglesia. Pedimos por el Papa, por los obispos, por todos los difuntos y por todos nosotros.

Doxología

El sacerdote ofrece al Padre el cuerpo y la sangre de Jesús, por Cristo, con él y en él, en la unidad del Espíritu Santo. Todos respondemos: "Amén".

Padre Nuestro

Preparándonos para comulgar, rezamos al Padre como Jesús nos enseñó.

Comunión

Llenos de alegría nos acercamos a recibir a Jesús, pan de vida. Antes de comulgar hacemos un acto de humildad y de fe.

Oración

Damos gracias a Jesús por haberlo recibido, y le pedimos que nos ayude a vivir en comunión.

☒ Ritos de despedida

Son ritos que concluyen la celebración.

Bendición

Recibimos la bendición del sacerdote.

Despedida y envío

Alimentados con el pan de la Palabra y de la Eucaristía, volvemos a nuestras actividades, a vivir lo que celebramos, llevando a Jesús en nuestros corazones.

Catequesis 3: Dios y el hombre

Esta catequesis tiene por objeto hacer ver que al hablar de Dios, de su ser, de sus acciones y de sus palabras, no hablamos de una entelequia, ni de un ser lejano, sino de alguien que nos concierne muy directamente.

Ante el cual está en juego la consecución de nuestra vida y de nuestra propia persona.

Tiene por objeto dar unos primeros rasgos a aquel a quien en el Símbolo nos dirigimos: “Creo en Dios”.

Esto es lo que han de tener en cuenta sacerdotes y catequistas a la hora de hacer sus comentarios, explicaciones y exhortaciones.

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 1,2 y los números que van del 6 al 24.

A) Introducción a la liturgia

Comenzaremos siempre nuestras pequeñas celebraciones litúrgicas haciendo sobre nosotros la señal de la cruz e invocando a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Antes de que fueseis admitidos en el Catecumenado y de que el obispo os marcara con la señal de la cruz, no hacíamos esta señal cuando comenzábamos las catequesis, pero ahora sí, ahora ya habéis sido marcados por Cristo con el signo con el que os salvó, con el signo de la cruz. Recordad aquel momento en que el obispo os signó con la cruz cada vez que hagamos la señal de la cruz.

Este signo de la cruz de Cristo lo hacemos sobre nosotros invocando a Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y al invocarlo confesamos nuestra fe en él.

B) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

C) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

Durante el Catecumenado esa acción prolongada de Dios que obra conforme a vuestra naturaleza libre, se realiza en dos momentos privilegiados: en los exorcismos y en las bendiciones.

Al hablar de exorcismos no creáis que hablamos de cosas espectaculares, como lo que halláis podido ver en la televisión o en el cine. En el exorcismo, la Iglesia pide a Dios para vosotros que os libere de la esclavitud del pecado. Y en las bendiciones pide que os otorgue la vida nueva. Y así ocurrirá progresivamente, poco a poco, conforme os dejéis hacer por la gracia de Dios. No debéis asustaros, por tanto, al escuchar la palabra exorcismo, Vosotros mismos ya habéis recibido varios exorcismos. En el último día, después de invocar al Espíritu Santo, se os pidió que vinieseis al centro y que os pusieseis de rodillas. Y el sacerdote extendió su mano y oró sobre vosotros. Este fue el exorcismo. Y así lo haremos en cada catequesis. Repito, el exorcismo que la Iglesia hará sobre vosotros en cada celebración, no es sino el don de Dios, la gracia de Dios que os ayudará a despojaros del pecado y a avanzar en la vida espiritual, porque sólo Dios puede vencer el pecado en vosotros y otorgaros su propia vida de santidad.

De igual forma la bendición al final de cada celebración de la palabra.

D) Catequesis

En la liturgia por la cual fuisteis admitidos al Catecumenado escuchasteis una lectura del libro del Génesis, el primer libro que aparece en la Biblia, que narra la vocación de Abraham, es decir, cómo Dios lo llamó y cómo él obedeció a la llamada de Dios.

Me gustaría que cayeseis en la cuenta de lo sorprendente que resulta el hecho de la obediencia de Abraham. Abraham escuchó a Dios que le decía: **“Sal de tu tierra y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré”** y obedeció. Pero, ¿por qué había de obedecer Abraham a Dios? Y lo que nos importa ahora a nosotros: ¿Por qué hemos de obedecer nosotros a Dios? Y esto nos lleva a otra pregunta ¿qué tiene que ver Dios con nosotros? Porque es normal que un hijo obedezca con amor filial a su padre. Y también es normal que un empleado obedezca con respeto las indicaciones de su jefe, o que un soldado obedezca con disciplina las órdenes de su superior. El hijo está vinculado al padre por razón de su origen y depende de él en su educación hasta que llega a ser un hombre. Un empleado está vinculado a su jefe por razón de su trabajo, en orden a la producción de un bien de consumo o a la oferta de un servicio. Y un soldado a su superior en virtud de su juramento en orden a la defensa de la nación.

Pero, ¿qué tiene que ver Dios con Abraham para que haya de obedecerlo? ¿Qué tengo que ver yo con Dios? ¿Qué relación me une a él? ¿En virtud de qué he de escuchar su voz?

Poneos en la situación religiosa y social en la que vivía Abraham. Vivían en Mesopotamia, en Ur de los caldeos, en clanes familiares, donde la familia lo era todo. La familia constituía la riqueza y la defensa de un hombre. Sin ella uno estaba desamparado. No había escuela ni aprendizaje fuera de lo que te enseñase tu padre o tu madre o tus abuelos o tus tíos. No había policía, que te defendiese de los ladrones, que no fuesen los brazos de tus primos o de tus hijos. No había “residencia de ancianos” que no fuese el hogar familiar. Eso ya os hace entender lo duro que era obedecer aquella voz de Dios: **“Sal de tu casa y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré”**.

Tampoco un viaje era como los de ahora. Entonces un viaje podía significar una aventura que llevase la vida, no sólo en el sentido de que uno podía perderla por mil motivos, sino en el sentido de que la vida de uno podía quedar determinada para siempre al alejarse del clan familiar en un lugar desconocido. Además Dios no le dice dónde le va a llevar, sino **“a la tierra que yo te mostraré”**. Y ¿hay algo que más incomode al hombre que no saber a donde se dirige, que no saber a donde dirige su vida?, sobre todo cuando uno ya está entrado en años como Abraham y sabe que no ha de durar siempre.

Vayamos a la situación religiosa. Abraham, como todos los hombres con los que convivía era politeísta. Adoraba diversos dioses. Dioses de madera o piedra, a los que dirigían sus súplicas, a los que confiaban sus temores, pero que no hablaban ni obraban nada.

Pero el Dios que habla y ordena a Abraham no es como esos dioses. Abraham conocía las estatuillas de los dioses que adoraba su familia, ¿pero conocía a Dios? ¿Conoces tú a Dios?

Porque ¿cómo es posible escuchar y obedecer a quien no se conoce?

Es posible que creas conocer a Dios por lo que has oído a unos y a otros o por lo que has estudiado o has leído. Pero yo te pregunto: ¿A eso llamas tú conocer a alguien? ¿Considerarías que conoces a un hombre, hasta el punto de tenerlo por “amigo”, tan sólo por haber leído una biografía suya? ¿Considerarías que conoces a una mujer hasta el punto de tenerla por esposa, simplemente porque has visto un reportaje fotográfico y periodístico sobre ella? –No. Sin duda

que no. Pues tampoco es lo mismo saber cosas sobre Dios que conocer a Dios, de tal forma que no se le puede conocer “de oídas”.

Es posible que me digas que conoces a Dios, aunque sea poco, a través de la predicación de la Iglesia, a través de las catequesis o a través de otros cristianos. Entonces tendré que decir que es posible que le conozcas, porque el Dios invisible se deja ver y actúa, como ya hemos repetido muchas veces, a través de los cristianos, a través de la Iglesia. Sin embargo yo te diría: Abraham no tuvo a ningún cristiano, ni siquiera a ningún judío que le hablase de Dios para poder conocerlo. ¿Conocía, pues, Abraham a Dios? –Sí, lo conocía, aunque nadie le había hablado de él. Te diré más: también tú, antes de que nadie te hablase de él, lo conocías.

“¿Cómo?”, me preguntarás. “Yo no recuerdo haberle conocido”. Y yo te diré: lo conociste de la misma manera que lo conoció Abraham. Le conoces, porque desde el principio habla en tu alma. Sólo porque hay una presencia suya en nosotros podemos reconocerlo cuando nos habla desde fuera. Sólo por eso su voz “nos es familiar”, sólo por eso sabemos que hemos de obedecer aquella voz que desde siempre se impone en nuestra alma.

“Yo no recuerdo haber oído nunca esa voz”, puedes decir. Y yo: si nunca hubieses escuchado esa voz no estarías aquí. Más aún, no serías hombre, porque todo hombre la ha escuchado.

“No lo recuerdo en absoluto”. Yo te indicaré cómo y cuándo y bajo qué forma la escuchaste.

Vuelve a tu infancia y recuerda la primera vez que te sentiste satisfecho de algún acto bueno que habías hecho. Intenta recordar. En tu interior, donde no veían los ojos de tus padres o de tus amigos, ¿te sentiste satisfecho tú solo? ¿No recuerdas sentirte satisfecho ante otro allí mismo en tu interior? ¿No recuerdas una especie de voz, que no era la tuya, que aprobaba tu acción? Te lo pondré más fácil. Intenta recordar la primera vez que te sentiste avergonzado de algo que habías hecho. Fuera de la mirada de tus padres o de tus maestros o de tus amigos, en tu interior, recuerda la vergüenza que sentiste allí y las ganas de huir de tu propio interior. Recuerda. Y te pregunto: ¿Ante quién sentías vergüenza? No ante ti mismo, que te habías gozado en tu acción, quizá incluso te ufanaste de ella ante tus amigos de juegos. Y tú, que te gozaste de aquella acción y te ufanaste de ella ante tus amigos, te avergonzaste de ella en tu interior, no ante ti mismo, que habías obrado con total dominio de tu voluntad. No, sentiste vergüenza ante Dios que veía en tu alma mejor que tú mismo y que te recriminaba tu mala acción, quizá con un silencio que se hacía doloroso.

Y recuerda que entonces quisiste huir de ti mismo para huir de aquella presencia y de aquella voz. Quizá huiste entonces sin volver allí nunca más. En ese caso te será difícil escuchar a Dios fuera de ti, cuanto te habla con su Palabra, o a través de la Iglesia, porque tienes endurecido, de no usarlo, el oído de tu alma, con el que se oye a Dios. Pero, aún así, si le dejas, el romperá tu sordera, quizá ya la haya roto, con el grito de la cruz. La cruz de Cristo, es como un grito exterior de Dios para romper la sordera interior de tu alma. Un grito que te dice: “Te quiero, vuelve a mí”.

Quizá no quisiste huir, sino que preferiste humillarte y reconocer ante esa presencia tu pecado. Y quizá no hayas dejado de percibir esa voz. Aunque pocos hombres, muy pocos, como Abraham, se mantienen a la escucha de esta voz interior. De todas formas, si es así, te resultará fácil identificar fuera de ti, la voz que desde niño escuchas en tu alma.

Así le pasó a Abraham.

Sin embargo, aún en el caso de que te hicieses sordo a Dios desde niño, aún en ese caso, Dios tiene otras formas de hablar y de llamar, también desde dentro, para intentar romper las barreras levantadas por el pecado y la dureza de corazón que le sigue.

Avanza quizá un poco en los años, de los años de niño a los años de la adolescencia, cuando uno empieza a soñar con lo que no tiene. Recuerda cuáles eran tus sueños y tus deseos: una casa que no tenías, unos padres que no tenías, una novia que no tenías, unos amigos que no tenías, un paisaje que no tenías. ¿Por qué se te iba el deseo tras cosas que no tenías y que seguramente nunca pudieras tener? ¿Tan malos eran tus padres, tus amigos, tu novia, tu casa, el paisaje de tu barrio...? Es fácil que una de estas cosas fuese objetivamente mala: el padre, la madre, un novio, una novia, unos amigos, o un barrio horrible. Pero seguro que no todo eso a la vez era malo. Y hay muchos que no han experimentado ninguna de esas cosas como malas. Entonces, ¿por qué soñamos todos con lo que no tenemos? ¿Por qué con los últimos años de la niñez y los primeros de la adolescencia tenemos deseos de cosas grandes e importantes que seguramente nunca se cumplirán? ¿Por qué sueña uno con ser un premio Nóbel y otro con ser un médico que salve vidas y otro con ser el mejor futbolista del Real Madrid y otro que se casará con la chica más guapa de la clase? ¿Por qué deseamos padres más cariñosos y comprensivos, aunque los que tengamos sean buenos? ¿Por qué deseamos que nuestros amigos sean más fieles y nos tengan más en cuenta, aún cuando sean buenos amigos? ¿Por qué deseamos que nuestro novio o nuestra novia sean mejores para nosotros?

Y ¿por qué esta experiencia, de una forma u otra, es universal y la tienen todos los hombres? Aunque no sepamos explicarlo ni decirlo con palabras precisas y concretas, aunque no sepamos formularlo siquiera en nuestro interior en esos momentos, hemos de reconocer mirando nuestra alma hacia atrás que “todo es pequeño para la capacidad del alma”. Y aunque poseyésemos el universo entero, y pudiésemos dar cumplimiento a nuestros sueños de adolescencia y tener el padre y la madre que soñábamos, y de igual forma amigos, casa, barrio, novio, novia..., aún así experimentaríamos que el alma pide más y que todo es pequeño para la capacidad del alma.

¿De dónde nace este deseo tan extraño que nos hace estar permanentemente insatisfechos de lo que nos rodea y de nosotros mismos? Os lo diré. Es Dios que llama a nuestra puerta e intenta romper la sordera de nuestra alma. Él puso en el alma este deseo que va más allá de todo y que rebasa los límites del Universo y del tiempo, que abarca el infinito y la eternidad. Para que buscando más allá de todas las cosas bellas y hermosas que él creó, más allá de todo límite, le encontremos a él, origen y meta de nuestra alma.

Este deseo no se conforma con nada porque es el deseo de Dios, que lo abarca todo, que todo lo llena, pero que está más allá de todo lo creado y de todos los hombres.

Cuando uno conserva el recuerdo de la voz de Dios en el fondo del alma, identifica este deseo, que va más allá de todas las cosas, con el deseo de quien le habla en el alma. La búsqueda entonces será más fácil. Cuando Dios deje oír su voz desde fuera, la identificará con la que escucha desde la infancia y con el objeto del deseo de su alma y nada se podrá interponer en su camino. Se lanzará hacia él y lo poseerá y lo amará. Será como el comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor, enseguida va a vender todas las demás que posee para conseguir aquella que ha encontrado.

Pero, aunque uno haya perdido el recuerdo de la voz de Dios, de los primeros años de la infancia, experimentará este deseo, con el que Dios les llama. Y, si sigue ese deseo y busca con sinceridad y honradez, se dará cuenta de que busca a Dios y llamará y clamará y cuando Dios

clame con el silencio de la cruz se estremecerá en lo más íntimo de su ser y allí y se abrazará a ella, a la cruz, donde Dios le llama.

Intentad vosotros recordar este deseo, surgiendo de vuestro interior con mil formas diversas. ¿Qué hicisteis con él? Igual que en caso de la voz de Dios y de su presencia en el alma, es difícil prestarle atención, porque parece crear problemas: ¿Dónde buscar? ¿Cómo buscar? ¿Por dónde empezar? Son pocos los hombres que le prestan verdadera atención. Muchos se lanzan tras los apetitos de la carne y de la sensibilidad en una vorágine cada vez mayor intentando saciarlo, pero ¡ni lo tocan!, porque nada tiene que ver este deseo con mejores comidas o con otros placeres del cuerpo. El deseo queda intacto, pero consiguen ahogarlo. Ahogan un deseo del espíritu, echando estiércol sobre su carne. Otros se dicen: “Es absurdo, no he de desear lo que sobrepasa mi condición mortal, lo que sobrepasa mi capacidad. He de conformarme con lo que puedo conseguir” Es lo que hacen casi todos. Se olvidan de sus sueños, intentan mantener a ralla sus deseos, el deseo de hacer algo realmente valioso con su vida y se conforman con cualquier útil profesión, con cualquier buena mujer, con cualquier trabajo que le permita sobrevivir. Y así dejan pasar los años.

Sólo unos pocos buscan de verdad. Y reconocen en su búsqueda sincera que nada puede satisfacerles, nada ni nadie, y elevan instintivamente los ojos a lo alto. Miran el cielo y buscan más allá del cielo. Miran el océano y buscan más allá del océano, más allá de las cumbres más altas. Y aunque no recuerden haberlo conocido en los primeros años de su vida, buscan a Dios, que sí les conoce a ellos y los llama y los guía invisiblemente, porque ellos quieren ser guiados. Esos, repito, son pocos, entre los que estaba Abraham.

Y aún con todo, Dios no deja de intentar romper la sordera del hombre. Recordad de las catequesis el caso de la Samaritana. Era de las que había intentado saciar el alma echando estiércol sobre su carne. Pero Dios puso ante sus ojos el amor verdadero para ver si lo reconocía, y lo reconoció. Dios elevó en la Cruz a su Hijo y puso ante nuestros ojos el amor que va más allá del tiempo y que llena y abraza el Universo entero. Para que ante su visión se rompa el muro que hemos construido alrededor del alma, para que limpie con su sangre el estiércol que rodea nuestro corazón. Por eso dijo Jesús: ***“Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”***.

Pero Dios tiene reservada aún otra forma de llamar a los que ni en su niñez escucharon su voz en el interior del alma, ni a los que en su juventud obedecieron el deseo de él sembrado en el corazón. Es una forma un tanto dolorosa, amarga más bien, pero que, si produce los efectos deseados, puede convertirse en una dulce y eficaz medicina.

Esta amarga pero beneficiosa medicina suele ser administrada en los años de la vida adulta de un hombre, cuando su vida familiar está construida y cuando su vida profesional está establecida. Por tanto, muchos de vosotros, que no habéis llegado a estos años y a esta situación, probablemente no tengáis experiencia de ella. Pero aún así os hará bien tomar nota, porque quizá en años venideros Dios administre esta medicina. Y quizá entonces, reconociendo su mano, os volváis a él.

Intentemos describir esta medicina amarga. He dicho que la administra Dios. He dicho bien, pero no lo hace como si tuviese que hacer algo especial, no. Se trata simplemente del resultado que en un momento determinado de la vida de un hombre, produce en su mente y en su corazón el hecho de haber perdido la audición de la voz de Dios en la conciencia y del hecho de no haber querido obedecer el deseo de Dios en el corazón. ¿Qué resultado es ese? –El resultado es que cuando eso ha ocurrido, siempre llega un momento en el que uno tiene la sensación, más aún: la viva impresión de que ha perdido la vida. Uno toma en peso su vida, lo que es y lo que ha hecho y se dice a sí mismo: “no da el peso”. Uno se ha casado, ha engendrado hijos y quizá haya conseguido encauzarlos, quizá no. Uno quizá haya conseguido un puesto

estable en su trabajo, quizá un buen puesto, quizá un puesto bajo, da lo mismo, pero cuando llega a casa y ve a su esposa, a la que es posible que aún ame, siente la amargura de una vida que no le satisface. Y es que, como dijo un poeta británico: “Hay algo trágico en la cantidad enorme de jóvenes que comienzan con un deseo de vida perfecta y terminan agarrándose a cualquier útil profesión”. A veces, al llegar a esta situación, los que son varones, inesperadamente y para sorpresa de la esposa y de los amigos, porque parecía un buen esposo, abandonan a su mujer y buscan una mujer joven. Es sólo la huída de una vida que ha pasado ya su ecuador, que empieza su decadencia, sin haber conseguido nada que realmente sacie el alma. Y uno puede preguntarse: ¿No tenía un buen trabajo? –Sí, lo tenía. ¿No tenía una buena mujer? –Sí, era buena y quizá incluso la que en su juventud era la más guapa de la clase. Pero el corazón del hombre no está hecho ni para un buen trabajo, ni para una buena mujer, todo eso lo quiere también, y es bueno y es necesario, construye la sociedad y la da estabilidad y progreso. Pero el corazón del hombre es más hondo, su alma, su espíritu, ha sido creado para algo más grande. Y el alma reclama lo que le es propio de una forma u otra. Ahora, en esta edad hace brotar, desde lo más hondo, la amargura de haber dejado pasar la mayor parte de la vida sin alcanzar lo que necesitaba.

El ejemplo que os he puesto del varón que intenta una segunda oportunidad buscando una mujer joven con la que empezar de nuevo, es sólo un engaño. Es el espejismo de que con una mujer joven uno está aún en esa edad en la que su vida no está ya determinada y en la que aún puede construir. Pero no es verdad, no está en esa edad. Y, además, vuelve a los errores de la juventud, creyendo que acallará su alma con la nueva situación.

Desgraciadamente serán pocos los que en esta situación, miren al fondo de su alma y recuerden la voz que les habló en la niñez y el deseo que brotó en la juventud. Sin embargo algunos ante el amargor y la zozobra de su espíritu, recapacitarán y volverán su oído a Dios. Y escucharán como Abraham: “Sal de tu tierra y de tu patria a la tierra que yo te mostraré”.

En fin, Dios tendrá mil formas de darse a conocer en el alma, pero he querido referirme a estas tres para esquematizar un poco y para haceros ver que Abraham conocía a Dios y que tú conoces a Dios. Y sabes que has de obedecerlo, porque has salido de sus manos amorosas y porque Dios es tu fin, tu único y posible descanso, tu única y posible felicidad, tu amor verdadero que no muere, ni mengua ni constriñe el alma. Tal como tantas veces se ha repetido desde que lo formuló san Agustín: *“me hiciste, Señor par ti; y mi corazón anda inquieto hasta que descanse en ti”*. No hay cosa más razonable en esta vida, no hay cosa más racional que obedecer a Dios. No hay cosa más útil que seguir la voz de su llamada. Nada más ventajoso que venderlo o arriesgarlo todo para ganarle a él.

Y para que veáis que no nos inventamos las cosas os traigo el comentario de un obispo de la Iglesia del siglo II. Es san Ireneo de Lión, que habla así de la vocación de Abraham: ***Cuando siguiendo el ardiente deseo de su corazón, peregrinaba por el mundo preguntándose dónde estaba Dios y comenzó a flaquear y estaba a punto de desistir de su búsqueda, Dios tuvo piedad de aquel que, solo, le buscaba en el silencio***⁹.

Un ardiente deseo consumía el corazón de Abraham, el deseo de encontrarse con Aquel que hablaba en su corazón. Y peregrinaba por el mundo, porque este mundo y esta vida consisten en buscar a quien nos creó y para quien hemos sido creados, y porque el corazón del hombre no puede descansar en ninguna cosa o persona de esta vida sin experimentar el cansancio y el hastío. Y se preguntaba dónde estaba Dios, porque no se le encuentra en este mundo y es necesario ir más allá, ¿pero cómo ascender más allá del cielo? ¿Cómo puede el hombre ir más allá

⁹ *Demostración de la Predicación Apostólica*. 24. Fuentes Patrísticas 2. Ed. Ciudad Nueva; Madrid 1992

del hombre? Por eso comenzó a flaquear, en su búsqueda, pensando que no lo encontraría, pensando que era un deseo absurdo. Pero entonces Dios le salió al paso y le habló.

También a ti, Dios te ha salido al paso, de una forma visible en su Iglesia, y te ha llamado. Reconoce su voz, obedece su llamada.

El Catecismo de la Iglesia Católica también enseña sobre este deseo de Dios en el hombre lo que sigue:

“El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer el hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar...”

De múltiples maneras, en su historia, y hasta el día de hoy, los hombres han expresado su búsqueda de Dios por medio de sus creencias y comportamientos religiosos (oraciones, sacrificios, cultos, meditaciones, etc.)...(C.C.E.: 27-28)

Y en un documento posterior, para que lo entendáis una especie de resumen del Catecismo, en el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, que os entregamos el día del rito de Admisión, también lo podéis encontrar, en el número 2, con la cita de san Agustín que traíamos antes.

Hoy leeremos y comentaremos brevemente los primeros números del Compendio.

A partir de aquí se trata sencillamente de ir leyendo

y comentando el número 1,2 y los números que van del 6 al 24.

Los números que han de ser leídos con mayor atención y más ampliamente comentados son el 1,2,6 y 9; 11, 12, 13 y 17; 18,19, 21, 22, 23 y 24.

Hemos hecho esta larga introducción para que entendáis por qué hablamos de Dios y por qué escuchamos su Palabra y por qué os enseñaremos a obedecerla.

Ahora escuchad a Dios que os habla de nuevo con esta lectura que ya conocéis.

Ahora se proclama la lectura del libro del Génesis. El lector, uno de los catequistas, lo hace de pie, desde el ambón, con solemnidad pero con sencillez. Encabeza su lectura diciendo como se acostumbra en la misa: “Lectura del libro...”. Y la finaliza con la aclamación habitual: “Palabra de Dios”. Y si es necesario se enseña a los catecúmenos a responder: “Te alabamos, Señor”.

E) Lectura y Exhortación

Gn 12,1-5

Después de la lectura, que el sacerdote invite a los catecúmenos a expresar, si lo desean, su experiencia espiritual y personal, pero cuidando de que no hagan interpretaciones doctrinales, sino que hablen tan solo de sí mismos y de su experiencia con Dios. Cuando el sacerdote vea necesario comente las cosas que él crea han quedado oscuras, exhorte, anime, corrija...

F) Súplicas

Todos en pie, el sacerdote invite a elevar súplicas a Dios. Uno de los catequistas o el mismo sacerdote haga unas peticiones y anime a los catecúmenos a pedir también a Dios en voz alta. Al final de las peticiones rezamos el Padre Nuestro. (Las oraciones que los catecúmenos irán aprendiendo de memoria están en el apéndice del Compendio)

G) Bendición

Tras las peticiones, la celebración siempre terminará con las bendiciones. Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición de Dios. Y el sacerdote, el diácono o el catequista, extendiendo sus manos sobre los catecúmenos, pronuncia una de las fórmulas ofrecidas en el ritual (RICA 121-124; 374). Tras pronunciar la oración de bendición, cada uno de los catecúmenos se acerca al que preside la celebración para que le imponga la mano orando sobre él en silencio (Cf. RICA 119)

H) Despedida

Hágase la despedida como se acostumbra en la liturgia habitual de la Iglesia católica. Y entréguese a los catecúmenos el texto de la catequesis para que reflexionen sobre él.

Catequesis 4: Un solo Dios

Esta catequesis tiene como objeto hacer ver que el Dios, que hemos identificado en las dos catequesis precedentes es uno sólo. Eso implica que ninguna otra cosa es Dios y que nosotros no podemos adorar ni servir de forma absoluta nada que no sea a Dios vivo y verdadero.

Se puede partir en dos sesiones. La primera puede dedicarse a lo que propiamente es el contenido, incluyendo una primera lectura de los textos bíblicos.

Después de la lectura del Evangelio se puede dar a los catecúmenos el contenido de la catequesis y las preguntas para la reflexión. Y acabar con las peticiones, el Padrenuestro y las bendiciones.

La segunda puede ser una Liturgia de la Palabra, como una monición que recuerde la anterior, la invocación al Espíritu Santo y los exorcismos. Luego la lectura de los cuatro textos bíblicos. Y si se ve oportuna alguna pequeña monición entre ellos. Tras el Evangelio, es un buen momento para que los catecúmenos compartan lo que han rezado o reflexionado o lo que en aquel mismo momento quieran decir.

Pero siempre, en estas intervenciones en medio de la Liturgia de la Palabra, que no se dediquen a polemizar o a dialogar entre ellos, contestándose o algo similar, sino que cada uno comunique con libertad lo que él ha visto.

Tras las intervenciones de los catecúmenos, que hablen el sacerdote, o el catequista en su defecto, si quiere iluminar alguna de las cosas que han dicho los catecúmenos. Por último el sacerdote exhorte a los catecúmenos, siguiendo el contenido de la exhortación que ofrecemos aquí al final.

Finalícese como siempre: peticiones, Padrenuestro y bendiciones.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Como en la primera catequesis. *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*. Página 221

B) Exorcismos Menores

Como en la primera catequesis. Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 33-43

C) Catequesis

En la primera catequesis hablamos de Abraham, o mejor, del Dios que habló a Abraham y al que Abraham obedeció. Es el mismo Dios que han buscado sin saberlo los hombres de todos los tiempos. El Dios que a todos habla en el fondo del alma, el Dios que habla también en vuestro espíritu y que en vuestra alma puso el deseo de encontrarlo.

Hoy nos vamos a detener en varios momentos de la Historia de la salvación. Primero en un momento de la vida de Abraham. Después nos fijaremos en el momento en que por mano de Moisés, Dios libró al pueblo judío de la esclavitud del Faraón y de cómo se proclamó a sí mismo único Dios. Y luego daremos un gran salto y nos plantaremos ante Jesús.

Ya dijimos que Abraham pertenecía a una cultura politeísta, que adoraba varios dioses. Pero Abraham se dio cuenta enseguida de que quien le hablaba no era como los otros dioses. A

lo largo de su vida, Abraham tuvo experiencia de que realmente Dios estaba vivo y obraba. Los otros dioses, en cambio, sólo eran estatuillas fabricadas por mano del hombre.

Cuando Dios llamó a Abraham y le mandó salir de su tierra y de su casa para ir a la tierra que le indicaría, también le hizo una promesa. Dios le dijo: **“De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra”** (Gn 12,2-3).

Dios le hace a Abraham la promesa de sacar de él una “nación grande”, es decir, de darle una gran descendencia. Ahora bien, cuando Dios llamó a Abraham, él y su mujer, Sara, eran ya mayores y aún no tenían ningún hijo. Y peregrinó por la tierra de Palestina durante años sin tener hijos. En un momento de su vida Abraham le pide a Dios cuenta de su promesa, porque no llega la descendencia esperada. Dios renueva su promesa: **“Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas... Así será tu descendencia”** (Cf. Gn 15,1-20). Pero el tiempo pasaba y Sara no concebía. Tanto es así que, de mutuo acuerdo, deciden que Abraham intente tener un hijo con la esclava, Agar. Y, en efecto, Agar concibe de Abraham un niño, al que llama Ismael. Pero no es ese el hijo que Dios había prometido a Abraham.

Abraham, sin embargo, a pesar de que pasan los años, sigue esperando en la promesa de Dios. Hasta que llega el momento en que Abraham verá cómo Dios actúa y obra con poder, no como los otros dioses. Abraham tendrá desde entonces la experiencia de que Dios, el Dios que le habla es el único Dios verdadero, al que el servirá siempre.

Escuchad ahora a Dios que os habla en este episodio de la vida de Abraham, como le habló a él

-Gn 18,1-15; 21,1-7

Es por medio de estos hechos en los que Dios actúa, como en Abraham se asienta una certeza: que el Dios que le habla es el Dios verdadero y es el único Dios. Que no hay más Dios que aquel que le ha hablado a él, que le ha mandado salir de su casa y que le ha prometido una descendencia numerosa, incontable, como las estrellas del cielo. Que no hay más Dios que aquel que le ha dado a Isaac, el hijo prometido cuando él era ya viejo y hacía mucho que Sara no tenía le regla.

Pero Dios no sólo le dio un hijo, sino una descendencia mayor que las estrellas del cielo y las arenas de las playas marinas. Isaac, tuvo dos hijos: Esaú y Jacob. Y Jacob tuvo doce hijos. De estos doce hijos nacieron las doce tribus que formaban el Pueblo de Dios, Israel. Y de una de ellas, de la tribu de Judá, nació Jesús, el Cristo. Y del costado de Cristo en la cruz, de su costado abierto nació la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, que se extiende por el universo y por el tiempo. Esta es la descendencia de Abraham, el cumplimiento de aquella primera promesa: **Sal de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra.**

El cumplimiento de las promesas muestra que el Dios que le llamó a Abraham es verdadero y único Dios.

Vayamos al segundo momento.

Hemos dicho que Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob y Jacob a sus doce hijos. Bien, en un momento de su vida, Jacob y sus hijos se ven obligados a emigrar a Egipto a causa de la sequía y del hambre. Jacob muere en Egipto y también sus hijos. Y sus descendientes son esclavizados por el poder del Faraón que gobierna en Egipto. Es aquí cuando surge Moisés.

Para que os hagáis una idea aproximada de los años, diremos que Abraham había llegado a la tierra de Canaán, lo que hoy llamamos Palestina, donde se asienta el estado de Israel, alrededor del año 1850 a. C. Y sobre el 1750 a. C. Jacob y sus hijos están ya en Egipto. Y la figura de Moisés no aparecerá hasta el 1300 a. C. aproximadamente.

No podemos contar ahora la vida de Moisés. Tan sólo diremos que Dios lo manda ir hasta el Faraón, el rey de Egipto, y pedirle que deje marchar a su pueblo. Como podéis imaginar, el Faraón no está dispuesto a dejar marchar a sus esclavos. Es entonces cuando se desatan las 10 plagas sobre Egipto. Tras la última plaga, el Faraón deja marchar a Israel. Pero, una vez que Israel ya se ha puesto en camino, Faraón se arrepiente, es mucho lo que pierde, y manda a su poderoso ejército tras los esclavos, que avanzan lentamente con mujeres, niños, ancianos y animales. Israel se encuentra en una situación desesperada: a su espalda, los carros del Faraón; delante, las aguas del Mar Rojo. Entonces Dios abre el mar para que ellos pasen. Los judíos atraviesan el mar que se ha abierto ante ellos. Detrás vienen los egipcios en sus carros y caballos. Ven el mar abierto y se lanzan por él persiguiendo a los cautivos. Pero una vez que ha pasado Israel el mar se cierra y sepulta en las aguas a todo el ejército del Faraón.

Y ¿qué entiende el pueblo salido de Abraham al ver estos hechos? –Que su Dios es el Dios verdadero. Entiende que sólo existe un Dios, dueño de todo, por encima del cual no hay nada, y que ese Dios es el Dios que habló a Abraham, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Ellos sólo eran un grupo de esclavos, un grupo insignificante y débil. Los egipcios, por el contrario, un pueblo numeroso, con un ejército imponente. Era imposible hacer frente al poder del Faraón. Sin embargo Dios, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se había mostrado más poderoso que todos ellos. No sólo eso, sino también se había mostrado dueño de las fuerzas de la naturaleza, por medio de las cuales había derrotado al Faraón y los había dado la libertad.

También los egipcios tenían sus dioses, pero los judíos se dan cuenta de que los dioses de los egipcios son sólo imágenes hechas por las manos de los artesanos: tienen ojos y no ven, tienen pies y no andan. No son nada, sólo imágenes hechas por la mano del hombre. Se dan cuenta también que el mar, el sol, el viento y todas las demás elementos de la naturaleza, que muchos pueblos consideraban dioses, no eran tales, porque estaban al servicio del Dios de Abraham.

Al ver actuar a su Dios, como Señor de todas las cosas, de hombres, de animales, del sol, de los astros y de todo lo demás, entienden que nada ni nadie hay por encima de su Dios.

Así es como Dios muestra que no hay otro Dios fuera de él. Él es el único Dios.

Escuchad ahora el relato final de la liberación de Egipto:

-Ex 14,5-31

Después de este hecho Dios conducirá a su pueblo durante cuarenta años por el desierto y luego los introducirá en la tierra de Palestina, la tierra que había prometido a Abraham. En medio del camino, después de haber mostrado a su pueblo que él es el único Dios, les propondrá un pacto, una alianza, en la que se incluyen los diez mandamientos, sobre los que volveremos en otra ocasión. En el marco de esta alianza y de los diez mandamientos, hay que entender la palabra

de Dios que escucharemos a continuación. Escuchad como hay que escuchar siempre la Palabra de Dios, como la palabra de quien vive y se dirige a vosotros:

-Dt 5,32-33; 6,1-25

Porque Dios es el único Dios y porque ha mostrado su amor incondicional, misericordioso y fiel, su bondad y su poder, pide también un amor y una obediencia sin condiciones. Ahora, si Dios podía dirigirse con esta exigencia absoluta a Israel, mucho más a nosotros. Veamos por qué.

Dios llamó a Abraham y le mostró su grandeza, su poder y su bondad dándole aquel hijo que tanto deseaba, a Isaac. El deseo de Abraham resume el deseo de todo hombre, el deseo de vida verdadera, el deseo de eternidad, el deseo de Dios. Ahora Isaac era sólo el anticipo del verdadero cumplimiento de las promesas de Dios. Isaac, el hijo dado a Abraham, es el anticipo de Jesucristo, el Hijo de Dios, que Dios nos ha dado, el que nos da la vida de Dios y satisface todo deseo justo del hombre.

Dios llamó a su pueblo cuando andaba esclavo de Egipto, signo de una esclavitud más profunda y definitiva: la esclavitud del hombre al pecado. Una esclavitud de la que el mismo hombre no puede salir si Dios no lo libera. Y Dios lo ha liberado.

Por tanto, la respuesta definitiva al deseo del hombre de conocer a Dios, es decir en encontrar la vida dichosa, la verdad, el bien, es Cristo. El hombre no podía acercarse a Dios, pero Dios se ha acercado al hombre, se ha hecho hombre. Éste es Jesucristo, el Hijo de Dios que se ha hecho hombre. Y él es la respuesta al deseo del hombre, él es la respuesta definitiva a todos los que, como Abraham, buscan y esperan. Cristo es el deseo cumplido del hombre que busca a Dios, dado gratuitamente, sin haberlo merecido.

Y ¿cuál es la verdadera liberación de la esclavitud del pecado para el hombre? Aquella que Cristo consigue en la cruz y en la resurrección. La verdadera liberación es aquella por la cual Cristo rompe el cerco del pecado amando hasta el extremo y rompe el cerco de la muerte resucitando al tercer día. Jesucristo crucificado es nuestra redención, nuestra salvación, nuestra libertad, nuestra vida para siempre. Y lo es sin que hayamos hecho nada para merecerlo.

Ahora, si Cristo puede liberar al hombre del pecado, de la muerte y de todos sus límites y puede responder de forma absoluta al deseo de su espíritu es sólo porque se identifica con Dios, porque él mismo es Dios. “En Cristo habita corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2,9).

Cristo es la palabra definitiva de Dios, su amor incondicional, misericordioso y fiel, dado de una vez por todas. Cristo es el mismo Dios vaciándose por amor nuestro hasta el final. Él ha amado primero, él ha amado, cuando vivíamos en el pecado. Él ha amado con un amor total. Y por eso ahora pide de ti un amor y una obediencia sin condiciones.

Nosotros creemos en un único Dios, el que creó todo de la nada, el que nos habla en el alma, aquel que es el fin de nuestros deseos más hondos, el que llamó a Abraham y a Moisés, el que nos ha hablado definitivamente en Cristo. Y creemos que Cristo es Hijo de Dios, que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero cuando decimos “Creo en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo”, estamos diciendo que respondemos a su amor total por nosotros y que nos entregamos a él, dispuestos a amarlo y a obedecerlo. Escuchad a Cristo:

-Lc 9, 57-62

Es necesario, muy importante, que vosotros mismos os dejéis interpelar por Dios, que os habla realmente y que os llama a la conversión. Hasta la próxima catequesis debéis esforzaros por

reflexionar sobre lo que os hemos dicho y de escuchar a Dios, lo que él os dice. Para ayudaros en esta reflexión, que ha de ser personal, de tú a tú con Dios, os daremos algunas preguntas:

- 1ª. Dios habla a Abraham, le manda salir de su casa y Abraham obedece,
 ¿Qué le da a Abraham la certeza de que ha escuchado y obedecido al verdadero Dios?
 ¿Qué certeza tienes tú de que el Dios que te llama a abandonar tu vida presente y a comenzar una nueva vida es el Dios verdadero?

Quando los catecúmenos responden a esta pregunta suelen hacer referencia a todo tipo de cosas subjetivas (su salud, algo que les ha pasado...) Nosotros hemos de discernir entre todas esas respuestas para hacerles ver que todas esas cosas pueden, según los casos, haber sido instrumentos por los cuales Dios los ha ayudado o los ha atraído... Sin embargo hemos de hacerles ver que la única piedra sólida sobre la que construir la vida cristiana es la fe en la persona de Cristo. Isaac es tipo de Cristo. Y él, su persona, es la única roca sobre la que construir nuestra vida. No un sentimiento nuestro, o algo que nos ha salido bien... Todo puede cambiar, cambiar los sentimientos, que todo nos salga mal y perder la salud o perder a quien amamos y entonces...

Cristo es la roca que desecharon los arquitectos y que se ha convertido en piedra angular.

Para hacerles entender esta verdad, que es fundamental para que en el futuro su fe no sea tumbada por las dificultades de la vida, podemos traer el ejemplo de san Pablo. Él tiene muchos títulos de gloria, pero se olvida de todos ellos por Cristo, su único tesoro (Cf. Flp 3,5 ss). Pasa por múltiples circunstancias: éxito, fracaso, cárcel, persecuciones, naufragios, frío... pero nada “tira su vida cristiana”. ¿Por qué? ¿Cuál es la piedra firme que le hace mantenerse en pie? **“Mientras vivo en esta carne, vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí”** (Gal 2,20). San Pablo confiesa en esta frase, donde está el fundamento de su vida. Es Cristo que le amó y se entregó por él. Es decir, hace referencia a la cruz. La cruz del Hijo de Dios es el gran signo que Dios ha levantado sobre la tierra para dar vida al hombre, es el gran signo del amor de Dios, es el gran signo de la compañía de Dios. La fe en que él me amó y se entregó por mí, es la única seguridad que en medio de las circunstancias mudables, da firmeza a la vida cristiana. De ahí también la predicación de Pablo: **“Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles...”** (1Cor 1,23ss)

- 2ª. Egipto representa la idolatría (=adorar falsos dioses). Los hebreos vivían esclavos de aquellos falsos dioses,
 ¿Quién los llamó a salir de la esclavitud para adorar al único Dios vivo y verdadero?
 ¿Cómo les abrió el camino?
 ¿Quién te ha llamado a ti? ¿Cómo te ha abierto el camino?
 Hasta conocer a Cristo, ¿qué falsos dioses te han tenido o te tienen esclavizado?
- 3ª. Contra la esclavitud del pecado, los mandamientos aseguran el camino a la libertad (Ver página 155 del *Compendio*). Podemos distinguir entre aquellos que mandan algo (1 y el 3) y los que prohíben algo (todos los demás). Pues bien, cada prohibición protege contra un pecado que supone la “adoración” a algún ídolo, algún falso dios: bien **el dinero** (dinero, bienes, riquezas, seguridad material); bien **el sexo** (sexo, placer, vida cómoda); o bien **el poder** (poder, fama, influencia, orgullo, prestigio).
 Hay que decir que ninguna de esas cosas son dioses en sí, ni el dinero, ni el sexo ni el poder; sino que nosotros mismos los convertimos en nuestros dioses. Bien usados, cada

uno de ellos, son bienes, dados y queridos por Dios. Pero se convierten en ídolos que nos oprimen y esclavizan, cuando les damos una importancia que no tienen o los usamos mal.

Según eso, ¿a qué falsos dioses adoras?

Leemos en el *Compendio de la Iglesia Católica* los números del **33 al 43**.



D) Exhortación

Se trata de que reconozcáis que también vosotros habéis sido llamados por Dios para salir de la esclavitud del pecado y llevaros a la maravillosa tierra de la libertad, la libertad del amor verdadero. Hasta ahora vosotros habéis vivido en el mundo como los judíos en Egipto, es decir, esclavos, esclavos del pecado. Y un nuevo Moisés os ha llamado para que salgáis de la esclavitud. Ese nuevo Moisés es Jesucristo que se ha enfrentado al Faraón, que es la imagen del diablo, y ha abierto en el mar, esto es en la muerte, un camino de salvación, un camino que conduce a la vida. Y este camino es el Bautismo. Moisés abrió el camino en las aguas con su llamado. Cristo ha abierto un camino de vida en la muerte con su Cruz.

Ahora, ¿estáis vosotros dispuestos a abandonar Egipto para adentraros tras el nuevo Moisés, tras Jesucristo en un largo camino de lucha contra el pecado? O dicho de otra forma, ¿estáis dispuestos a abandonar el pecado para vivir una vida de virtud?

¿Qué pecados es necesario abandonar? El que mira el fondo de su alma con sinceridad, no tardará en descubrir sus pecados, a no ser que la prolongada falta de luz haya cegado los ojos de su alma. Pero por si esto es así Dios habla. Cuando sacó a su pueblo de Egipto, hizo Alianza con él y le dio los mandamientos que habrían de conseguirle la vida dichosa, la vida feliz. Ante ellos podemos descubrir nuestros pecados.

Al decir “Creo en Dios” estamos afirmando la existencia de un único Dios que nos ha creado, que nos ha hablado, que ha actuado por nosotros. E implica un movimiento del alma que se entrega a él y que se traduce en la obediencia a su palabra. Ahora te llama a salir de Egipto, del modo de vida del mundo y a entrar en la Tierra de la Promesa, el modo de vida propio de su Hijo. La fe es la respuesta positiva a esta invitación.

Quizá os hayáis dado cuenta de que en la lectura del libro del Génesis se expresaba una tentación del pueblo judío. Cuando ven que se encuentran entre el mar, por un lado, y el ejército del Faraón, por otro, tienen la tentación de la desconfianza. Le dicen a Moisés: **“¿Acaso no había sepulturas en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto?”**. También vosotros podéis experimentar esta tentación. Y esta tentación va acompañada de otra anterior aún más peligrosa, que no es sino el no tener deseos de ir tras de Dios, porque nos hallamos acostumbrado a nuestra pobre vida y a la esclavitud de nuestros pecados. Por eso los judíos dicen también a Moisés: **“¿Qué has hecho con nosotros sacándonos de Egipto? ¿No te dijimos claramente en Egipto: Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios?”**. Salir de Egipto, supone dejar los pecados a los que estamos acostumbrados. Quizá creamos que no sobreviviremos sin ellos, que seremos desgraciados sin ellos. Es mentira. Dios que nos conoce y nos ama, nos muestra el camino del amor verdadero, el camino de la virtud, que expresan los Diez Mandamientos. Es el camino de la vida y de la felicidad verdadera.

Nosotros tenemos una gran ventaja sobre los judíos. Los judíos tenían a Moisés. A través de él Dios les indicaba el camino con los Mandamientos de vida. Nosotros tenemos al nuevo Moisés que es Dios con nosotros, que no sólo nos muestra el camino de la vida, sino que lo anda con nosotros.

Reflexionad en casa sobre los mandamientos y examinad vuestra vida pasada y presente a su luz.

E) Súplicas

Al final de las peticiones rezamos el Padre Nuestro.

F) Bendición y despedida

Como en la primera catequesis. Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. (RICA 121-124; 374).

Catequesis 5:

Creo

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 25-32

A) Introducción

Durante estas catequesis iremos desgranando el contenido de la fe cristiana. Ya dijimos que la fe es, ante todo un movimiento del alma hacia Dios, que previamente ha creado esa misma alma y la ha hablado. Nos ha hablado de forma definitiva y total por medio de su Hijo hecho hombre. La fe es una respuesta a la Palabra de Dios, que se ha manifestado desde la creación del mundo, que ha hablado por medio de los profetas y que en la plenitud de los tiempos se hizo carne, se hizo hombre y llevó a la perfección esta humanidad nuestra, murió en la cruz y resucitó al tercer día y envió sobre los suyos el Espíritu Santo, el Espíritu que nos hace hijos de Dios. La fe es una respuesta a esta donación que Dios ha hecho de sí y es una respuesta de todo el hombre a Dios, porque Dios se ha implicado del todo cuando él mismo se nos dio en la persona de su Hijo.

Por eso la fe parte de las palabras dichas por Dios y de los hechos históricos a través de los cuales nos ha salvado. Por tanto, el origen de la fe es Dios. Pero como la fe es un movimiento de respuesta a Dios, Dios es también el fin de la fe, el objeto de nuestra fe, el fin hacia el que se mueve nuestro propio espíritu.

Por eso, las primeras catequesis las hemos dedicado a identificar quién es este Dios, origen y fin de nuestra fe; quién es para nosotros antes incluso que nos dirigiese su palabra o nos entregara a su Hijo. Es el que escuchamos en el fondo del alma, aquel al que de forma natural tiende el más hondo deseo de nuestro amor. Aquel sin cuya posesión el hombre es semejante a un aborto, un ser malogrado.

Pues bien, este movimiento del espíritu que tiene en Dios su origen y su fin, ha sido expresado en los “símbolos de la fe”, lo que quizá alguno conozca como “el credo”, dado que comienzan así “Creo en Dios...” En estos símbolos la Iglesia ha expresado y transmitido su fe. Los más importantes los tenéis en el Compendio (Pág. 35 y 36). Son el “Símbolo de los Apóstoles” y el “Símbolo Niceno-Constantinopolitano”.

Iremos desgranando las palabras de estos símbolos durante la catequesis. En realidad ya hemos comenzado a comentar estos dos símbolos en las catequesis anteriores. Primero hablamos de Dios y tratamos de identificar a Dios con aquel que nos habla desde siempre en el alma y con aquel hacia el que tiende nuestro corazón cuando busca la vida feliz, cuando busca la verdad o la belleza o el bien. Luego nos hemos centrado en la expresión “un sólo Dios”. Y en las consecuencias que tiene para nuestra vida confesar que sólo existe un Dios.

Quizá, igual que los israelitas cuando se encontraban entre el ejército del Faraón y el mar, alguno haya sentido la tentación de quedarse en Egipto. ¿Por qué adentrarnos en el camino de virtud y de lucha contra el pecado que nos marca Dios? ¿Por qué adentrarnos en el seguimiento de Cristo que nos va a suponer tener que dejar esto o aquello a lo que estoy tan acostumbrado y sin lo que no voy a poder vivir? –Ciertamente la fe supone fiarse de Dios, como se fío Abraham al salir de Ur, donde vivía arropado por su familia, como se fío después, cuando hasta su mujer se reía de él. **Y cada uno tiene que hacer el acto libre de fiarse o no.** Piensa bien si es razonable fiarse de Dios. Dios ha enviado a su Hijo al mundo y ha hecho que se haga hombre por ti, ¿merece tu confianza? Y este Hijo hecho hombre ha querido pasar como hombre verdadero por todo lo que hemos de pasar nosotros. Nadie le obligaba a ello, pero él ha querido parecerse en todo a sus hermanos, ¿merece eso confianza o no? Él libremente se ha entregado a la muerte humillante de la cruz, por amor a ti, ¿merece eso o no merece confianza? Él ha resucitado y ha vencido la muerte, ¿quién puede ofrecerte más confianza que aquel que te ama tanto como para morir por ti y que tiene poder sobre la vida y la muerte?

El acto de la fe, que se expresa en las palabras del símbolo, cuando decimos al principio “Creo en Dios” o “Creo en un solo Dios”, es un acto libre, de vuestra razón y de vuestra libertad.

Ahora bien, es también un don de Dios. La fe es un don de Dios. Quiero hoy insistir en esta verdad que proclama el Catecismo de la Iglesia Católica, para que no os sintáis como desamparados. Porque alguno puede pensar: “Estupendo, Abraham es un modelo de fe, pero yo soy débil”. Pero cuando piensas eso no tienes en cuenta que tú y Abraham estáis hechos del mismo barro, que tanto el uno como el otro sois hombres débiles, ambos sois débiles, ambos sois hombres. Y si Abraham muestra una fe poderosa y fuerte es porque la fe es también un don de Dios, un regalo que él da a quien la pide. Por eso el camino que has de emprender de obediencia a la Palabra de Dios, es un camino que puedes andar, cualquiera puede hacerlo, porque Dios concede su gracia a quien la quiere.

Os recuerdo que, justamente porque nos es necesaria la gracia de Dios, hacemos nuestras catequesis en medio de la liturgia e imploramos la ayuda de Dios en los exorcismos y bendiciones, por eso imploramos el auxilio del Espíritu Santo y por eso os invitamos a que pidáis a Dios las gracias que necesitéis cada uno.

B) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

C) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

D) Catequesis

Siguiendo lo que os decíamos al principio, hoy volveremos a Abraham para ver lo que es la fe, para ver en un ejemplo eso que tantas veces repetimos de que la fe no es una mera creencia, sino un movimiento del hombre entero que se entrega en manos de Dios, confiando en su bondad y en su amor. Iremos después a otro momento muy difícil de la historia del pueblo judío. Miraremos a Jesús, lo haremos volviendo a un salmo que ya escuchamos durante las catequesis de la etapa anterior. Luego escucharemos una exhortación a la fe de la carta a los Hebreos, que Dios nos hace remitiéndonos al modelo que tenemos en Cristo. Y por último escucharemos unas palabras de Jesús que nos invitan a apoyarnos en él.

La primera lectura es del libro del Génesis y es otro momento decisivo de la vida de Abraham. Dios le ha dado ya el hijo que tanto deseaba. Y ahora Dios va a probar la fe de Abraham. Dios prueba, purifica y fortalece la fe de Abraham.

-Gn 22,1-18

La segunda lectura nos sitúa en otro momento muy distinto de la historia del pueblo de Israel. Pero es también un momento de prueba y de purificación. Para que os hagáis una idea aproximada, situamos a Abraham alrededor del 1850 a. d C, y la historia de Moisés, con la liberación de la esclavitud de Egipto, alrededor del año 1300 a. d C.

Ahora damos un salto y nos situamos alrededor del año 597 a. C., en un momento dramático para el pueblo judío. Nabucodonosor, rey de Babilonia, pone cerco a Jerusalén, la capital de Judea, la toma y su población, con el rey a la cabeza, es deportada a Babilonia. Comienza así el exilio de Babilonia, que durará hasta el 538.



Es difícil hacerse a la idea de lo que eso supuso para el pueblo judío. No era sólo el hecho de haber sido vencidos, ni tampoco el hecho de haber sido deportados, con todos los sufrimientos materiales que ello llevaba. Aquel hecho ponía en cuestión los fundamentos de Israel. ¿Dónde estaba el Dios de Abraham? ¿Dónde estaba el Dios que los había librado de la esclavitud egipcia? Hasta ese momento, Israel tenía conciencia de que su Dios era el verdadero Dios, pero era el suyo, el Dios de Israel, un Dios que se circunscribía a los descendientes carnales de Abraham. Pero su derrota y su humillación parecían implicar que los dioses babilónicos eran más poderosos que su Dios. Incluso el Templo, expresión de la presencia y de la gloria de su Dios, del Dios que los había sacado de Egipto y los había llevado por el desierto y había conquistado para ellos la tierra de Canaan, había sido destruido. “Israel había perdido su país; había perdido su templo... Era algo inconcebible, pues ello significaba que el Dios de Israel había sido vencido, el Dios al que se le había podido arrebatarse su pueblo, su país y sus adoradores. Un dios incapaz de defender a sus adoradores y su adoración era entonces considerado como un Dios débil, mejor, un Dios inútil... Para Israel, el exilio de su tierra y el haber sido borrado del mapa de los pueblos provocó una terrible tentación para su fe. ¿Ha sido vencido nuestro Dios? ¿No queda ya nada de nuestra fe?”¹⁰

Volveremos, en unas pocas catequesis, sobre este mismo tema. Dios usa de esta aparente ausencia suya para purificar la fe de su pueblo y para corregir sus pecados. Pero lo cierto es que se

¹⁰ JOSEPH RATZINGER; *En el principio creó Dios. Consecuencias de la Fe en la Creación*. Edicep. Valencia 2001. Págs. 23-24

trata de un momento de oscuridad, en el que la fe no está iluminada por las grandes victorias que vieron sus antepasados al salir de Egipto, sino que más bien está oscurecida por la humillación y el sufrimiento. Sin embargo, en medio de la oscuridad, Dios reclama la fe de su pueblo. El que una vez sacó a sus padres de la esclavitud reclama la fe de su pueblo para mostrar de nuevo su gloria. Es una lectura larga, pero intentad prestar atención porque es Dios que os llama, quizá en la oscuridad de vuestra vida, en la oscuridad de no saber cómo es el camino que emprendéis, en la tentación de creer que es un camino que supera vuestras fuerzas. En medio de la oscuridad, Dios anuncia que va a actuar y pide la confianza de su pueblo.

-Is 40, 1-31

La tercera lectura es un salmo que ya conocéis. Los salmos se escribieron durante un arco muy amplio de años. Y es muy difícil señalar el momento preciso en que fue compuesto cada uno de ellos. Pero a nosotros nos interesa este salmo porque la tradición cristiana posterior siempre lo identificó con la oración de Cristo en la Cruz. De hecho, san Mateo, nos muestra a Jesús crucificado pronunciando las primeras palabras del salmo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Cf. Mt 27,46).

Con la lectura del salmo queremos que contempléis a Cristo. Como hombre verdadero, Jesucristo también pasó por la prueba. También fue probado en la oscuridad, en el dolor y en el sufrimiento. Sin embargo, si comparamos la prueba de Abraham y de su hijo Isaac con la de Cristo, veremos que a Isaac, el hijo amado de Abraham, el amigo de Dios, no se le exige la vida. A Cristo, el Hijo Amado del Padre, sí se le exige la vida. En el caso de Cristo, la prueba llega hasta el final.

Con esto queremos daros a entender otra cosa: que en toda prueba que vosotros paséis ahora, la pasáis acompañados por Jesucristo el Hijo de Dios.

Justamente porque Cristo camina con nosotros y hace con nosotros nuestro camino de la fe, el mismo Dios nos exhorta y nos anima a seguirlo hasta el final: es la lectura que leeremos inmediatamente después, de la carta a los hebreos, ya del Nuevo Testamento.

-Sal 22, 2-32

-Hb 12,1-4: Cristo ejemplo para nosotros.

- Sacudamos el pecado que nos asedia y corramos la carrera con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consuma la fe.
- Cristo nos llama a apoyarnos en él para no desfallecer por el camino. Cristo hace con nosotros el camino y nos pide confianza en él.
- Vemos como aparece la exhortación a la fe en la carta a los hebreos, en la que Dios nos remite al modelo de Cristo. Se nos invita a poner los ojos en Jesús que es el que inicia y consuma la fe y que por la grandeza de lo que se le proponía soportó la cruz. Se nos invita a llegar a la sangre en la lucha contra el pecado que esclaviza, siguiendo el modelo de Cristo en la cruz.

Por último escucharéis ahora al mismo Cristo que os llama a apoyaros en él, a no separaros de él, para no desfallecer en el camino. Él sabe de dolores, sabe de sufrimientos, sabe de debilidades, no le es ajena nuestra condición humana, ni siquiera la tentación.

-Mt 11,25-30 El evangelio se revela a los sencillos.

Pero Jesús, además de modelo es maestro, nos llama para dar descanso a nuestras fatigas. Aprended de mí, dice el Señor, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque la carga que nos impone para seguirle es suave y ligera. Él es el que nos llama para no separarnos de él y apoyarnos en su manera de afrontar las dificultades, para no desfallecer en el camino. El maestro de los dolores, los sufrimientos, las debilidades, nos enseña a superarlas desde nuestra misma condición humana.



Leemos el *Compendio de la Iglesia Católica*, números del 25 al 32.

E) **Súplicas y Padre nuestro**

Al final de las peticiones rezamos el Padre Nuestro.

F) **Bendición**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. (*RICA 121-124; 374*).

G) **Despedida**

Como en la primera catequesis.

Después de esta catequesis hay que pedir a los catecúmenos que además de buscar un rato largo (Una hora o más, en alguno de los días de la semana para rezar con la catequesis dada en la última sesión, busque cada día un rato, que puede ser de 15 o 20 minutos para meditar la Pasión (de lunes a sábado) y la resurrección (los domingos). Para eso les bastará la lectura continuada de los relatos evangélicos.

Catequesis 6: Creo en Dios Padre... en Jesucristo, su Hijo,... en el Espíritu Santo.

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 44-49

A) Introducción

Quiero que caigáis en la cuenta de por qué a estas oraciones o “actos de fe” les damos el nombre de símbolos. Dice así el Catecismo de la Iglesia Católica (n° 188):

La Palabra griega symbolon significaba la mitad de un objeto partido (por ejemplo, un sello) que se presentaba como una señal para darse a conocer. Las partes rotas se ponían juntas para verificar la identidad del portador. El “símbolo de la fe” es, pues, un signo de identificación y de comunión entre los creyentes.

Pero quiero que caigáis en la cuenta de que lo que los cristianos de todos los tiempos han considerado como su señal de identidad, aquello que les hace propiamente cristianos, no son cosas externas, gestos, obras, adornos... sino la fe, este movimiento unánime del alma que nace de la respuesta a Dios y que tiende a Dios. Y esta fe es una. Es un movimiento personal, porque cada uno es el que ha de responder a Dios y cada uno es el que ha de dirigirse a Dios. Pero, al tiempo, es una respuesta que nos congrega en una unidad, que es la Iglesia.

Pero lo que quiero ahora subrayar es que al daros y explicaros el símbolo, la iglesia os da lo que os hará y os identificará como cristianos y miembros suyos, lo que os abrirá las puertas del bautismo.

Quiero recordaros también algo que ya dijimos: los exorcismos y las bendiciones que hacemos al principio y al final de cada catequesis son gracia de Dios, fuerza de Dios, para vencer poco a poco nuestros pecados y afianzarnos también poco a poco en la virtud.

B) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

C) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

D) Catequesis

Retomamos lo dicho en las últimas catequesis leyendo ahora dos números del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Los números 37 y 43. En resumen: nosotros damos nuestra fe al único Dios que existe, que se nos ha revelado, que nos ha hablado y nos ha dado a su Hijo. Y ese dar la fe significa también la confianza y la obediencia a sus mandamientos. De esto hablamos dos catequesis atrás.

Dar fe implica, pues, obediencia. Y esto puede causarnos cierto miedo, puede que alguno se pregunte si Dios no pedirá algo tremendo o terrible para nosotros. Lo primero que hemos de hacer es alejar los miedos, porque no hay razón para temer dar nuestra obediencia a un Dios que se ha mostrado Bueno para con nosotros, hasta el extremo de entregar a su Hijo por nosotros. ¿Quién puede dudar del amor y de la bondad de Dios para con nosotros mirando la cruz? Dios es, por tanto, digno de crédito, digno de confianza.

Un también puede sentir temor al creer que quizá Dios nos mande algo que esté por encima de nuestras fuerzas. También ese temor hay que expulsarlo de nuestro corazón. ¿Creéis que va a mandarnos algo que nos aplaste aquel que dijo: **“Venid a mí, vosotros todos que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera”**? ¿Creéis acaso que Dios puede ser injusto? -En absoluto. Cuando Dios manda algo al hombre, le da la gracia para hacerlo. De tal forma, que no son nuestras pobres fuerzas las que actúan, sino su gracia y su poder en nosotros. Ciertamente que si no fuese porque Dios acompaña con su gracia, el hombre no podría andar el camino de la obediencia, pero él acompaña. Cristo está con nosotros y su amor y su compañía hace fácil lo difícil. Él lleva nuestras cargas. Os recomiendo una sencilla oración de san Agustín, que le decía a Dios: *“Pídemelo lo que quieras y dame lo que me pides”*¹¹.

Pero ahora quiero que caigáis en la cuenta de otro elemento propio del símbolo de la fe. Después de afirmar que hay un solo Dios. Y de que nosotros sólo nos entregamos a este único Dios, mirad que habla de Dios como Padre, Hijo y Espíritu. Mirad el símbolo de los Apóstoles en la página 35 y daos cuenta de que hay una triple profesión de fe: **“Creo en Dios, Padre...; Creo en Jesucristo, su único Hijo...; Creo en el Espíritu Santo...”**.

Confesamos que Dios es Uno: “Creo en un sólo Dios”. Dios es uno y es, además una unidad indivisible. No hay partes en Dios.

Y al tiempo confesamos que este Dios uno y único es Padre, Hijo y Espíritu Santo y damos fe, por igual al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Llegamos así al misterio central de la fe cristiana, que es el misterio de la Santísima Trinidad, misterio de Dios en el que seréis bautizados. (“... yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, os dirá el obispo en la Vigilia Pascual, mientras derrama por tres veces agua sobre vuestra cabeza).

Ahora, ¿por qué los cristianos nos empeñamos en afirmar que Dios es Uno y Trino, un sólo ser y tres personas distintas? ¿Por qué nos empeñamos en afirmar algo que parece tan complicado? -No porque nos guste complicar las cosas, sino porque así nos lo ha mostrado el mismo Dios en su Hijo.

Por las catequesis del período anterior ya sabéis que Jesucristo se manifestó a sí mismo como Hijo de Dios, luego hay un Hijo; llamó a Dios su Padre, luego hay un Padre; y prometió que él y el Padre enviarían al Espíritu Santo, luego hay un Espíritu Santo. Es decir afirmó la existencia de tres personas. Pero al mismo tiempo habló identificando a estas tres personas. Por ejemplo, cuando antes de ser prendido le dice Felipe: **“Muéstranos al Padre y nos basta”**, Jesús responde: **“Quién me ha visto a mí, ha visto al Padre”** (Jn 14,9). Y también dirá: **“El Padre y yo somos Uno”** (Jn 10,30). Y lo mismo con el Espíritu Santo: “Santo” es uno de los atributos de Dios, así que al hablar Jesús de Espíritu Santo habla del Espíritu de Dios, igual que habla del Hijo de Dios, y al decir que él y el Padre lo enviarán, está haciendo referencia a una diferencia personal. Por tanto, los cristianos damos fe a Dios Uno y Trino, no porque nos guste complicar las cosas, ni porque tengamos un exceso de imaginación, sino porque el Dios que se nos ha revelado hablando y actuando, se nos ha mostrado así: Un sólo Dios, un sólo ser, que es, al tiempo, tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Esta es nuestra confesión principal de fe. La fe es una respuesta a Dios, Dios ha querido que después de crearnos y hacerlo a su imagen y semejanza, llegáramos a ser sus hijos, por eso nos ha enviado a su Hijo Único y nos ha dado su Espíritu, el Espíritu Santo. Y así en el Bautismo seréis hechos un solo ser con Cristo, miembros de su cuerpo, miembros de Cristo; seréis ungidos por su Espíritu, que vendrá sobre vosotros para hacerlos su templo, templos del Espíritu Santo; y, por tanto, llegaréis a ser hijos de Dios. Unidos al Hijo Único y ungidos por su Espíritu, llegáis a ser hijos del Padre. Así también vosotros seréis sumergidos (bautizar, significa literalmente en

¹¹ Cf. *Confesiones. Libro 10, capítulo 29.*

griego “sumergir”) en el misterio de Dios, en el misterio de la Santísima Trinidad. También vosotros entraréis como hijos adoptivos en el misterio de la Trinidad. Y así, por la fe, nos entregamos libremente a este misterio de amor.

Quiero que caigáis en la cuenta de algo que hacemos al inicio de cada catequesis; y que también hacemos los cristianos al iniciar la oración o cualquier celebración litúrgica. ¿Qué hacemos? –Hacemos sobre nosotros la señal de la cruz e invocamos a la Trinidad: **“En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”**, decimos. Ya comentamos que esta cruz que hacemos sobre nosotros es recuerdo de la señal de la cruz con la que fuisteis marcados el día en que el obispo os admitió en la Iglesia como catecúmenos, ese día, por mano del obispo, Dios marcó vuestra alma con la cruz de su Hijo, para indicar que sois suyos. Pero no es sólo eso. También, cada vez que hacemos sobre nosotros la señal de la cruz, invocamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, haciendo una breve confesión de fe. Es como si resumiésemos en un gesto y en unas pocas palabras la confesión de fe que hacemos al rezar el símbolo¹².

Terminaremos esta parte leyendo en el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, los números del 44 al 49. En la próxima catequesis seguiremos comentando el misterio trinitario.

E) Lecturas

Ahora escucharemos a Dios. Cada vez que escuchamos la Escritura hemos de saber que siempre, de una forma u otra, nos encontramos con el Hijo de Dios. Él es su palabra. Toda la Escritura habla de él. En la primera lectura, del libro de los proverbios, oiremos hablar de la Sabiduría, de su relación con Dios, de su papel en la creación y de cómo llama al hombre. Esta Sabiduría es Cristo. No habla, pues, de una sabiduría abstracta, ni de una cualidad o ideal. No habla de la sabiduría como de aquella cualidad que buscan o alcanzan los hombres sabios. No habla de la Sabiduría como de un ser personal. Esa Sabiduría es el Hijo de Dios.

Prv 8, 1-11; 17-36

¿No está llamando la Sabiduría? y la Prudencia, ¿no alza su voz? En la cumbre de las colinas que hay sobre el camino, en los cruces de sendas se detiene; junto a las puertas, a la salida de la ciudad, a la entrada de los portales, da sus voces: «A vosotros, hombres, os llamo, para los hijos de hombre es mi voz. Entended, simples, la prudencia y vosotros, necios, sed razonables. Escuchad: voy a decir cosas sagradas y es recto cuanto sale de mis labios.

Porque verdad es el susurro de mi boca y mis labios abominan la mentira. Justos son todos los dichos de mi boca, nada hay en ellos astuto ni tortuoso. Todos están abiertos para el inteligente y rectos para los que han encontrado la ciencia. Recibid mi instrucción y no la plata, la ciencia más que el oro puro. Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas, ninguna cosa apetecible se le puede igualar...

Yo amo a los que me aman y los que me buscan me encontrarán. Conmigo están la riqueza y la gloria, la fortuna sólida y la justicia. Mejor es mi fruto que el oro, que el oro puro, y mi renta mejor que la plata acrisolada. Yo camino por la senda de la justicia, por los senderos de la equidad, para repartir hacienda a los que me aman y así llenar sus arcas.»

«Yahveh me creó, primicia de su camino, antes que sus obras más antiguas. Desde la eternidad fui fundada, desde el principio, antes que la tierra. Cuando no existían los abismos fui engendrada, cuando no había fuentes cargadas de agua.

¹² Cf. H. de Lubac. *La Fe Cristiana*. Ediciones Fax, Madrid, 1970. Pág. 84: *Aunque es verdad que este símbolo contiene así, en resumen, "todo el conjunto del dogma", cuya unidad profunda hay que hacer resaltar, sin embargo, podemos decir también que el símbolo mismo se resume en la entrañable fórmula de la señal de la cruz: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".*

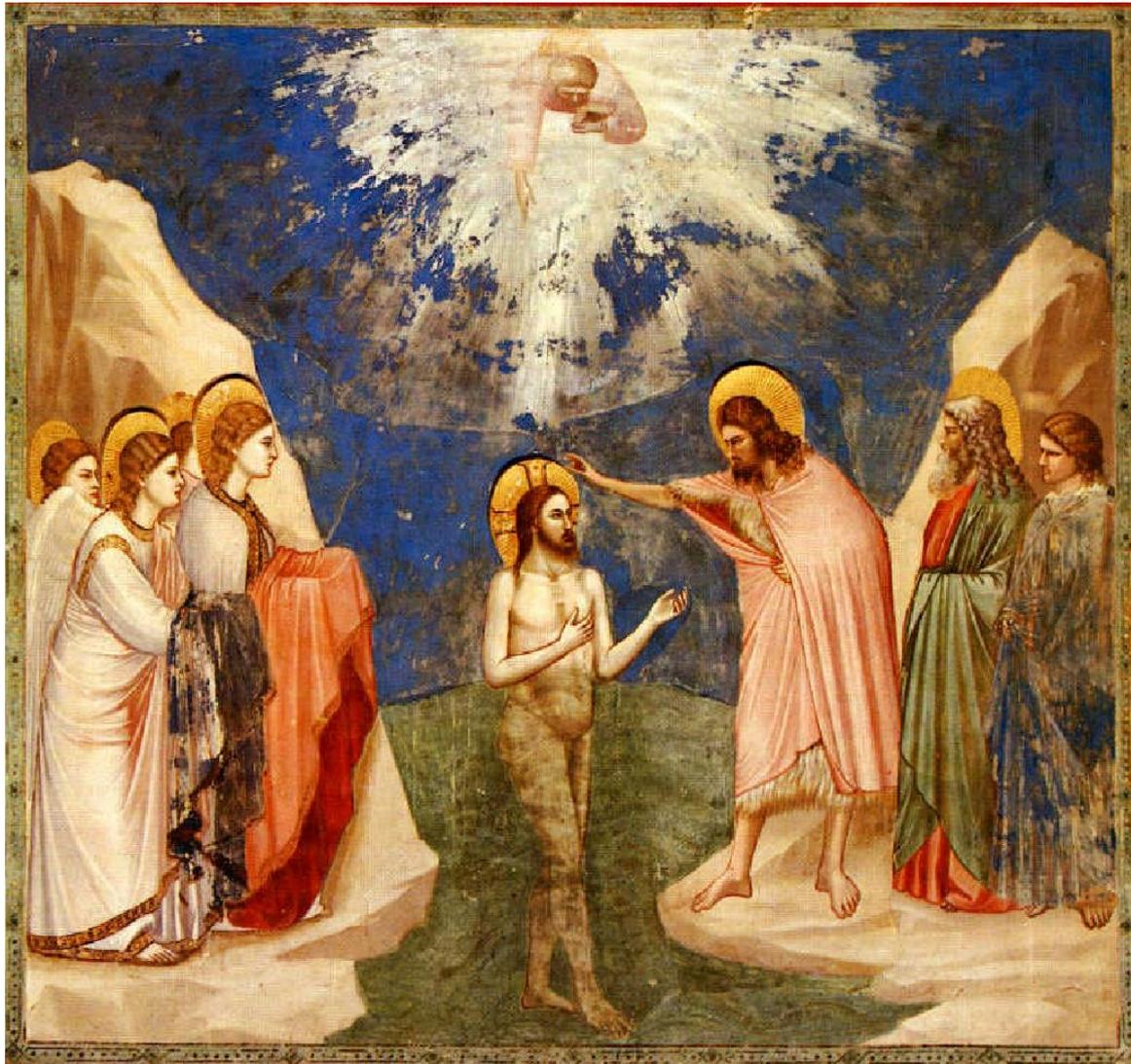
Antes que los montes fuesen asentados, antes que las colinas, fui engendrada. No había hecho aún la tierra ni los campos, ni el polvo primordial del orbe. Cuando asentó los cielos, allí estaba yo, cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo, cuando arriba condensó las nubes, cuando afianzó las fuentes del abismo, cuando al mar dio su precepto - y las aguas no rebasarán su orilla - cuando asentó los cimientos de la tierra, yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, *y me gozaba en su presencia en todo tiempo, cuando Él se alegraba por el orbe ya consumado y por los hijos de los hombres*”.

«Ahora pues, hijos, escuchadme, dichosos los que guardan mis caminos. Escuchad la instrucción y haceos sabios, no la despreciéis. Dichoso el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día, guardando las jambas de mi entrada. Porque el que me halla, ha hallado la vida, ha logrado el favor de Yahvé. Pero el que me ofende, hace daño a su alma; todos los que me *aborrecen*, aman la muerte.»¹³

Gal 4, 1-9

Pues yo digo: Mientras el heredero es menor de edad, en nada se diferencia de un esclavo, con ser dueño de todo; sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo fijado por el padre. De igual manera, también nosotros, cuando éramos menores de edad, vivíamos como esclavos bajo los elementos del mundo. Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios. Pero en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, servíais a los que en realidad no son dioses. Mas, ahora que habéis conocido a Dios, o mejor, que él os ha conocido, ¿cómo retornáis a esos elementos sin fuerza ni valor, a los cuales queréis volver a servir de nuevo?

¹³ Hemos sustituido algunas partes traducidas del texto hebreo por su correspondiente en los LXX, porque nos parece que aclara el sentido cristocéntrico y trinitario. Son las palabras que aparecen en cursiva.



Mt 3, 1-17 Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos.» Este es aquél de quien habla el profeta Isaías cuando dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran langostas y miel silvestre. Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. Pero viendo él venir muchos fariseos y saduceos al bautismo, les dijo: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente? Dad, pues, fruto digno de conversión, y no creáis que basta con decir en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abraham"; porque os digo que puede Dios de estas piedras dar hijos a Abraham. Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo os bautizo en agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego. En su mano tiene el biello y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga.» Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan trataba de impedirle diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» Jesús le respondió: «Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia.» Entonces le dejó. Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.»

F) Exhortación

Como veis el misterio de la Santísima Trinidad es un misterio de amor. El Dios que nos llama y al que nos entregamos por la fe, es un Dios único, es un sólo ser, pero no es un ser solitario, sino Trinidad de personas, una comunión de amor. Y a esa comunión de amor eterno somos llamados. Participaréis de esta comunión como hijos el día que seáis bautizados. Y disfrutaréis de ella plenamente el día en que tras la muerte seáis sumergidos en el seno de Dios. Empezad a vivir como corresponde a los hijos de Dios, para ser dignos de un don tan grande.

Me gustaría que cayeseis en la cuenta de la gracia que supone para nosotros que Dios sea Trinidad de personas. Afirmer que Dios es Trinidad de personas es afirmar que Dios es amor. Seguramente todos habéis escuchado esta afirmación: **“Dios es amor”** formulada por el apóstol san Juan en una de sus cartas (1Jn 4,8). Pero esta afirmación significa no sólo que Dios que Dios ame lo que él ha creado y que ame al hombre. Significa algo más profundo: que en sí mismo Dios es amor. Es decir, una relación de Personas que se dan y se acogen recíprocamente en un movimiento de amor eterno y perfecto. Sólo por eso puede ser verdad también que Dios ame al hombre, que nosotros seamos amados por Dios.

Es este Dios el que nos creó, no una fría máquina perfecta. Es este Dios el que nos creó y lo hizo a su imagen, por eso nuestra alma añora el amor. Es este Dios el que nos creó para que llegáramos a ser semejantes a él, por eso añoramos sin saberlo el amor propio de la vida íntima de Dios. Es este Dios el que envió a su Hijo hecho hombre para unirse a todo hombre, el que reclama nuestra fe para desposar nuestra carne con la suya. Este es el Dios que en la cruz murió llevando nuestros pecados, el que resucitó arrastrando nuestra humanidad con la suya hasta el seno de la Trinidad. Este es el Dios, Padre e Hijo, que derramaron su Espíritu sobre la Iglesia. Este es el Espíritu Santo que nos enseña a amar a Dios como a nuestro padre y a llamarlo con las palabras que escuchamos en los labios de su Hijo Único: “abba”, “Padre”. Este es el Espíritu del Padre y del Hijo que guía nuestros pasos hasta que se cumpla el tiempo y alcancemos la meta: vivir con Cristo en el seno de la Trinidad¹⁴.

Por eso, ahora, antes de las peticiones, vamos a rezar otra oración que tenéis en el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Es un himno de alabanza a la Trinidad y a su obra, el “Te Deum” (Pág. 218).

G) Súplicas y Padre nuestro

Antes de las peticiones rezamos el Te Deum (Cf. Compendio, Pág. 218), para glorificar a Dios Trino y su obra por nosotros. Al final de las peticiones rezamos el Padre Nuestro.

H) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. **(RICA 121-124; 374).**

I) Despedida

Como en la primera catequesis.

¹⁴ Cf. CCE 260

Catequesis 7: Dios Padre

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 46

C) Catequesis

Dedicamos una catequesis a afirmar que Dios es sólo Uno, y que a este único Dios que existe le debemos obediencia. Al único Dios va dirigida nuestra gratitud, nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor, tal como se nos impone desde el fondo del alma: “Buscad mi rostro”.

Hemos también dedicado otra catequesis, la del último día a afirmar que el único Dios que existe es Padre, Hijo y Espíritu Santo, una Trinidad de personas, una Comunión de amor interpersonal. Y que a la vida de este Dios Trino somos llamados, para participar en su eternidad y en su felicidad, en su amor, como hijos de Dios, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo. Esa participación de la vida trinitaria es el mayor don del Bautismo hacia el que nos encaminamos.

Y damos gloria a este Dios que no es un ser aislado y solitario, sino una comunión de personas. Dios es amor, conforme a las palabras de la primera carta de san Juan. Y eso no sólo significa que Dios ame hacia fuera: que ame el mundo creado por él o que ame al hombre. Eso significa, fundamentalmente, que Dios, en sí mismo, es amor. Damos gloria a Dios por eso y nos alegramos porque nos ha creado a nosotros, los hombres, a su imagen, para la vida de comunión, para el amor. Y damos gloria a Dios porque su Hijo, hecho hombre, nos ha desposado para hacernos una cosa con él e introducirnos así en la vida del amor y de la comunión trinitaria. Para eso fuimos creados, por este amor suspira nuestra alma, para ello se hizo hombre el Hijo de Dios y murió en la cruz y resucitó de entre los muertos.

Hoy hemos de fijarnos en lo que queremos decir cuando llamamos a Dios “Padre” y lo que supone eso para nosotros y para nuestra fe.

Lo primero es distinguir dos usos distintos de la palabra “padre” cuando nos referimos a Dios: 1) como sinónimo de “creador bondadoso y providente”; 2) como “padre” que ha engendrado un hijo.

1) “Padre” como creador bondadoso y providente.

Es cuando usamos la palabra “padre” referida a Dios con el primero de los significados y decimos: “Dios es el padre de todos los hombres” o “Dios es el padre de todo”. Estamos diciendo que el origen de todas las cosas hay que buscarlo en Dios. Y estamos además queriendo añadir a esa afirmación el matiz de la bondad, benignidad y cuidado propio de un padre por su hijo. Como conclusión, al decir: “Dios es el padre de todos los hombres” queremos significar que Dios ha creado al hombre y que lo mira con bondad y cuida de él, como un padre hace con su hijo. Cuando decimos de Dios que es el padre de todo o de todos los hombres, estamos utilizando la palabra “padre” de forma figurada, no literal.

Si utilizásemos la palabra en sentido propio, en sentido literal, para decir que es padre de todas las cosas o de todos los hombres, estaríamos diciendo que todas las cosas son de naturaleza divina. Un padre, en sentido propio, al engendrar a su hijo, le otorga la naturaleza de la que él

mismo participa. Así, la naturaleza divina sería otorgada a todas las cosas y a todos los hombres por el hecho de haber sido creados por él. Todo sería divino. Y esto entra en contradicción con la primera lección que Dios da a su pueblo: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios es el único Dios” (Dt 6,4). Con Dios no puede compararse ningún otro ser. Esto es lo que afirmamos cuando decimos en el credo niceno-constantinopolitano: “creo en sólo Dios”.

Por tanto, al hablar de Dios como padre de los hombres o padre del universo, utilizamos la palabra padre solamente en sentido figurado, expresando que todo tiene en Dios su origen. Y además que no es producto del azar o de la necesidad, sino producto de la bondad de Dios. Y también que Dios, como un padre bueno, cuida de todo lo que él ha creado.

2) “Padre”, como el que engendra a un hijo.

También podemos llamar “Padre” a Dios, dándole a la palabra “padre” su sentido propio, es decir, entendiendo a Dios como aquel que engendra a un hijo. De hecho ese es el significado que queremos aplicar cuando decimos en el credo: “Creo de Dios Padre”; o cuando nos signamos “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Pero, cuando hablamos así, nos referimos a Dios como padre de Jesucristo. Dios sólo tiene un Hijo: Jesús.

Los hombres, propiamente hablando, son criaturas de Dios, pero Jesús es su Hijo. Un Hijo que fue engendrado antes del tiempo, desde toda la eternidad, un Hijo coeterno con el Padre. Los hombres son sólo criaturas, que hemos venido a la existencia en el tiempo. Dios, por tanto, es Padre de su Hijo, Jesús.

Ahora bien, lo que ha ocurrido es que Dios, desde toda la eternidad ha tenido el designio, lleno de bondad, de hacer al hombre partícipe de la vida y de la dignidad de su Hijo Único. Y conforme a este designio ha obrado maravillas a lo largo de la historia. Y así, conforme a este designio, cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios ***“envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva”*** tal como leíamos el último día en la carta de san Pablo a los Gálatas (Gal 4,4).

Las maravillas que Dios ha obrado en favor nuestro se resumen en que él ha hecho que su Unigénito se hiciese hijo del hombre, hijo de María, para que los hijos de los hombres pudiésemos llegar a ser hijos de Dios. Los hombres no son hijos de Dios por naturaleza. Por naturaleza, sólo el Unigénito es Hijo. Pero somos hijos por “vocación”; es decir, hemos sido llamados a ser “hijos de Dios”. Y Dios, que es poderoso, por medio de los misterios de la vida, muerte y resurrección de su Hijo verdadero y eterno, ha hecho posible que nosotros lleguemos a ser hijos de verdad. Cristo es el Hijo por naturaleza, nosotros lo somos por vocación y por gracia; es decir, porque nos ha llamado a ser lo que no éramos y nos ha dado el ser que no teníamos. A vosotros se os dará en vuestro bautismo.

Esta diferencia es fundamental para entender la grandeza de Cristo, que no es un hombre cualquiera, sino el Hijo de Dios, eterno con su Padre, Dios verdadero. Esta diferencia es fundamental para entender la grandeza a la que hemos sido llamados; y también para entender la grandeza de la bondad de Dios para con nosotros.

Si repasáis las lecturas del otro día veréis en ellas la relación que el Verbo, la Sabiduría de Dios, el Hijo eterno tiene con su Padre, y cómo nosotros hemos sido llamados a esta relación de hijos, por la fe y el Bautismo.

Como conclusión:

Dios es Padre porque tiene un Hijo, que hace algo más de 2000 años, en un momento de la historia se hizo hombre. No decimos “Creo en Dios Padre” porque pensemos que él es padre de todas las cosas o padre de los hombres, no, sino porque tiene un Hijo: Jesús.

De todas las cosas y de los hombres Dios es creador. De Jesús Dios es Padre. Creador y Padre son cosas distintas. Ambas indican un origen: El Hijo tiene su origen en el Padre. Y las cosas, y el mismo hombre, y hasta los ángeles, tienen su origen en el Creador. Engendrar como

hijo indica la donación a otra persona de la misma naturaleza. Crear indica la donación del ser, pero no de la misma naturaleza. Entendemos esto también con relación al hombre: un hombre puede fabricar una mesa y engendrar a un hijo: es el fabricante de una mesa y el padre de un hijo. No es, ni mucho menos, lo mismo.

Cuando decimos que Dios es Padre, decimos que es el Padre del Hijo Único.

Muchas veces en otras religiones y en el mismo cristianismo se habla de Dios como el padre de todos los hombres o como el padre del universo, pero cuando decimos eso no estamos dando a la palabra “padre” todo el significado que tiene, la utilizamos de forma que equivale a “creador”. Pero nosotros al confesar nuestra fe en Dios Padre hemos de saber que hablamos del Padre de Jesucristo. A este respecto podemos leer el número 46 del *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*

Ahora bien, el milagro está en que a nosotros, pobres criaturas, nos ha llamado para que lleguemos a ser sus hijos y hacernos partícipes de su naturaleza divina y amarnos con el amor eterno con que ama a su Unigénito.

A vosotros Dios, vuestro creador, os ha llamado para que por la fe y el bautismo lleguéis a ser sus hijos. Ni siquiera los ángeles pueden presumir de algo semejante.

Por eso, vosotros, llegará un momento, el día de vuestro bautizo, en que llamaréis a Dios “padre”, de igual manera que Jesús. A partir de hoy rezaremos el Padre nuestro con otra conciencia. Llamad a Dios “padre” con el deseo de que llegue a serlo de veras y empezad a vivir como es propio de un hijo, imitando a su padre. Deseando que llegue el momento en que podáis tener a Dios por padre verdadero, imitad ya su bondad, su amor, su misericordia con los que sufren.

Cuando se acerque el momento de vuestro bautismo tendremos una celebración especial que hará referencia al Padre Nuestro, la oración del Hijo de Dios, la oración de los hijos de Dios. Pero hasta que llegue ese día y hasta el día de vuestro bautismo, rezad la oración del Padre Nuestro, como el que ya ha sido engendrado como “hijo” por la fe y espera el día de su nacimiento en el Bautismo.

D) Lecturas y Exhortación

Jn 1, 1-18

En esta primera lectura ved cómo el Unigénito, que aquí es llamado Palabra, es designado como el verdadero Hijo de Dios. Pero ved también cómo afirma que se ha abierto a los hombres la posibilidad de llegar a ser “hijos de Dios”

Lc 11, 1-13

Mirad como el Hijo verdadero y eterno, a los que ha unido a él por la fe, es decir, a los discípulos, les enseña a llamar a Dios “Padre”, porque serán de veras “hijos”. Aprended también vosotros de quién os ha llamado a seguirle para haceros partícipes de sus bienes

Sal 138 (137), 1-8

Os hemos traído este salmo para que os ayude a entender la gran gracia que os ha hecho Dios al llamaros a la fe. Por la fe y el bautismo llegaréis a ser hijos, algo que ni siquiera los ángeles son, ni serán nunca. Gozaos y llenaos de santo orgullo repitiendo una y otra vez: **“Delante de los ángeles para ti yo cantaré, Señor”**. Porque ciertamente, si sois fieles a los dones de Dios, llegaréis a estar delante de los ángeles, en el lugar que le es propio sólo al Hijo. Ellos estarán en el lugar propio de los que sirven a Dios. Vosotros en el lugar del Hijo único, como hijos verdaderos.

Esta oración es propia del Hijo, que ante el sufrimiento que se le avecina hace un acto de fe y dice: Todo esto pasará y cuando pase estaré ante ti, Padre mío, y cantaré y daré gracias por tu amor: **“Delante de los ángeles, para ti cantaré, Señor”**. Haced vuestra esta oración de Cristo y durante el tiempo que dura el Catecumenado, hasta que llegue el día grande de vuestro Bautismo decid: **“Delante de los ángeles, para ti yo cantaré, Señor”**.

Será muy útil para vuestra vida espiritual que una vez que conocéis su verdadero significado retengáis en vuestra memoria estas pequeñas frases de los salmos y las repitáis dirigiéndoos frecuentemente a Dios. Estas palabras, inspiradas por el Espíritu Santo, tienen el poder de encender en nosotros el fuego del amor.

E) **Te Deum**

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Pág. 218

F) **Súplicas y Padre Nuestro**

G) **Bendición**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374)*.

H) **Despedida**

Como en la primera catequesis.

Catequesis 8:

Vocación a ser “hijos” (I)

(Mandamientos 1º, 2º y 3º)

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 434-454

C) Catequesis

Ahora intentaremos comprender las consecuencias prácticas que tiene lo que hemos venido diciendo en las últimas catequesis. Ya hemos comprendido que Dios es Uno, pero que es también Trinidad de personas. Es decir, que es comunión, que es un misterio de amor. Y si a nosotros nos importa es porque hemos sido llamados a participar de ese misterio de amor, como hijos adoptivos. El horizonte de nuestra vida es, por tanto, participar de la vida de la Trinidad, como hijos de Dios. ¡No es poca cosa!

También hemos visto lo que significa que confesemos a Dios como Padre. Es Padre de Jesucristo. Es nuestro creador. Y quiere que llegemos a ser, en verdad, hijos suyos, unidos a su Hijo Único.

Así pues, lo primero que hemos de hacer es dar gracias a Dios por el plan que tiene para nosotros. Un plan que nosotros no hubiésemos podido imaginar, ni soñar; un plan que no nos habríamos atrevido a pedir. Ahora, ¿qué significa dar gracias a Dios? ¿Pronunciar unas palabras y olvidarnos? Eso lo hacemos cuando damos gracias de algo que, en realidad no tiene importancia. Vamos a entrar en un edificio, alguien nos cede el paso y decimos: “gracias”, pero al minuto nos olvidamos, porque el gesto que agradecemos no tiene gran importancia.

La acción de gracias que nosotros le debemos a Dios no puede ser de este tipo. Porque la llamada de Dios a participar de su vida trinitaria, a ser sus hijos, sí tiene importancia. Piensa cuál era el horizonte de tu vida hace unos años, cuando aún no conocías a Dios. Piénsalo y concrévalo: ¿Hasta donde se podía extender tu vida? ¿Qué es lo máximo que podías esperar de tu vida? ¿Cuál era el fin previsible de tu vida? Pero espero que ahora te hayas dado cuenta de que el horizonte que Dios ha abierto ante tus ojos es realmente grande: la vida de un amor perfecto en el seno mismo de Dios. ¿Y has hecho tú algo para ser llamado a esta vida? –Claro que no. Más aún, piensa en la diferencia que hay entre tú y Dios, ¿crees que alguno de nosotros nos podemos comparar en algo a Dios? ¿Eres tú eterno como Dios, que abarca en su seno como en un solo instante todo el tiempo del mundo? ¿Eres infinito como Dios, que abarca en su seno la extensión inabarcable del Universo como si se tratase de un solo grano de arena? ¿Eres tú la Belleza suma, ante la que palidece, la belleza de cualquier cosa creada? ¿Eres tú el sumo Bien, el bien de todas las criaturas, la compañía que desearían todos los hombres y todos los seres del universo, si te conociesen? Tan sólo para comparar un poco y que entiendas la diferencia entre Dios y tú, pregúntate: ¿Cuánta gente, si te conociese, querría no separarse ni un minuto de ti? ¿Eres tú la Verdad que ordena el Universo, la inteligencia y el poder que lo ha creado todo y lo ha ordenado y le ha dado leyes inteligibles? ¿Eres tú santo, como Dios es santo? Piensa qué eres tú comparado con Dios. Y luego llénate de alegría y di a tu propia alma: “¡Alégrate, porque Dios ha mirado tu pequeñez y te ha elegido!”

Por tanto, al decir que hemos de dar gracias a Dios, quiero decir, que nuestra vida entera ha de transformarse en un acto de acción de gracias a Dios. Nuestra vida entera ha de convertirse en un acto de adoración. Quedaos con esto: vuestra vida entera ha de convertirse en un acto de adoración al Creador que os ha llamado a ser sus hijos. Y la adoración implica, al menos, tres cosas: primero, una búsqueda sincera. Sólo puede adorar quien busca, quien desea, quien hace que su alma tienda y busque y espere y ame a Dios. Segundo, implica sometimiento a Dios, es el sometimiento de quien reconoce la grandeza y la bondad infinitas de Dios y su propia pequeñez y mediocridad y se entrega a él libremente, se somete a quien reconoce como su Dios y su Creador. Y tercero, implica, amor. Un amor lleno de afecto que nace del corazón y que desea como abrazar al ser amado.

Este convertir la vida en una acción de gracias, en un acto de adoración, es el culto agradable a Dios. Mirad los cultos de los falsos dioses: consisten en un rito externo. Muchos cristianos adoran al Dios verdadero como si fuese uno de estos falsos dioses. Creen que basta un rito: "ir" a misa los domingos, o "hacer" unas oraciones y luego olvidarse. Acordaos de la escena de la Samaritana que se encuentra con Jesús junto al pozo de Jacob. Le pregunta a Jesús: ¿Dónde hemos de adorar, en este monte o en Jerusalén? Piensa en un culto externo, asociado a un lugar. ¿Cuál es la respuesta de Jesús? –“Llega la hora, ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad”. El culto verdadero a Dios, al único Dios, creador de todo, dueño de todo, que nos ha llamado graciosamente a ser sus hijos, no puede limitarse a unos pequeños ritos, a un lugar, a unos gestos, a un pequeño tiempo. El culto verdadero es el de la vida entera que se convierte en acción de gracias y en adoración a Dios.

Demos el segundo paso. Dios nos llama a ser sus hijos, pero ¿cómo podemos llegar a serlo y a vivir como tales? Hemos dicho que lo primero es el agradecimiento, una vida de acción de gracias y de adoración. Y hemos concluido también que la adoración implica el amor. Pues bien, escuchad ahora con mucha atención e intentad retener en la memoria estas palabras de Jesús que aparecen en el evangelio de san Juan, cuando Jesús está ya despidiéndose de los suyos. Dice así: **“Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él”** (Jn 14,23) El amor es un vínculo que ya nos hace estar unidos a Dios y más aún, que hace que Dios more en nuestra alma. Y esto no es una forma de hablar, no es una figura, es real: Quien ama a Dios atrae a Dios a su alma y hace que la habite como su templo propio y verdadero. Queridos hijos, para que esto ocurra no hace falta que esperéis al Bautismo. Basta que améis a Dios, que os llama a ser sus hijos, y que os hará sus hijos en el Bautismo. Si lo amáis él habitará en vosotros.

Pero hemos de dar el tercer paso. Y para ello es preciso que nos fijemos mejor en las palabras de Jesús. Dice “Si alguno me ama”. Lo dice así “si alguno”, porque es relativamente fácil que un hombre crea que ama. Muchos hombres creen, cuando se acercan hasta el matrimonio, que aman a sus mujeres, pero les dura poco. Eso significa que nunca han amado de verdad, porque el verdadero amor es inamovible. Cuando decían “te quiero” eran sinceros, pero ignorantes, creían amar, pero no amaban en realidad. Con Dios nos pasa eso. Pocos hay que digan que no aman a Dios, pero hay muy pocos que lo amen de verdad. Y no mienten, no es su intención mentir, simplemente viven engañados, viven ignorantes de a quién aman en realidad.

Bien, es hora de despertaros de la ignorancia sobre vuestro propio amor. En estas pocas palabras de Jesús está el criterio de verdad del amor a él: **“Si alguno me ama, guardará mi Palabra”**. Y guardar significa obedecer, obedecer con el corazón.

He aquí diez "palabras": (Compendio, entre los números 434 y 454)

Y he aquí una palabra nueva. Dice Jesús: **“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros”** (Jn 13,34) La palabra nueva no significa que la otra ya no valga, sino que al mandato antiguo, que nunca fue ni será derogado, se añade el mandato nuevo. Y es que la presencia antigua del Verbo de Dios entre nosotros, ahora ha encontrado una novedad: “se ha hecho

carne”, ha manifestado un amor más perfecto por nosotros. Y de ahí nace una nueva exigencia de amor, más perfecto: “como yo os he amado”. Antes había manifestado un amor grande, pero ahora el amor grande ha dejado que lo aten, que lo flagelen y que lo crucifiquen. Y de ahí se sigue una exigencia nueva en el amor a Dios y a los hombres.

Bien, hay que examinar si el amor de uno es verdadero. Hay que examinarse a la luz de los mandamientos y del mandamiento nuevo. Hay que examinarse sin miedo y hasta el fondo. Porque el amor verdadero y que Dios haga de nosotros su morada, lo exige. No hay amor a Dios si no se guarda su Ley. Y no hay posibilidad de que Dios habite en el alma, si el alma es morada de pecados. Por eso hemos de luchar por que nuestra alma esté libre de toda culpa, de toda maldad y de todo pecado. Recordad una de la Bienaventuranzas: “Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”.

Volvamos a las palabras de Jesús que comentábamos antes: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra”. Antes hemos dicho que “guardar” significa “obedecer”, obedecer con el corazón. Pero también hay que decir que la obediencia perfecta no se logra de la noche a la mañana. Lo importante es ponerse en camino: Cambiar la dirección de nuestra mirada, de nuestros deseos más profundos y de nuestra voluntad, y empezar a caminar por este camino de obediencia al amor de Dios. Todo en nosotros necesita ser curado y sanado, y luego fortalecido progresivamente. Pero hay que decidir si uno quiere empezar a andar por este camino de obediencia al amor de Dios. Escucha atentamente:

D) Lecturas y Exhortación

Dt 30,15-20

Por lo tanto, tienes delante el camino de la vida y el camino de la muerte. El camino significa progreso. No se llega a la meta en un día. Israel siguió el camino impuesto por Dios, que le llevó a la tierra de la promesa, durante cuarenta años. El camino de la obediencia al amor de Dios no se logra en unos pocos días, ni siquiera en unos pocos años. Pero, ¡atención! no se puede andar por dos caminos a la vez.

Así pues, es hora de que empecéis a examinaros a la luz de los mandatos de Dios, y del mandato de Cristo, que muestra la auténtica exigencia y plenitud de los primeros. Lo primero es reconocer cuáles son los propios pecados a la luz de estas palabras de vida: los Diez Mandamientos y el Mandamiento Nuevo del Amor.

Se trata de leer y comentar la exposición que el **Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica** hace de los Mandamientos (434-533)
Utilizaremos para ello varias sesiones.

En ésta expondremos “la primera tabla” de la Ley de Dios, los tres primeros mandamientos. Lo haremos de una forma sencilla, leyendo y comentando el Compendio (442-454).

E) Te Deum

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Pág. 218

F) Súplicas y Padre Nuestro

G) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. **(RICA 121-124; 374).**

H) Despedida

Como en la primera catequesis.

Catequesis 9: Vocación a ser “hijos” (II) (Mandamientos 4ª y 5ª).

Después del saludo, la invocación al Espíritu Santo y el exorcismo, partimos con la lectura de **Jn 13,1-15; y Jn 13, 34-35** y recordamos lo dicho en la última catequesis

A continuación, leemos y comentamos los mandamientos cuarto y quinto.
Compendio del Catecismo (455-486)

Es necesario comentar que los mandamientos de “la segunda tabla”, que hoy comenzamos, son todos exigencias del amor al prójimo. También por qué es nuevo el mandato de Cristo. Y lo que tiene de nuevo es la imitación y el seguimiento del amor de Cristo: “como Yo os he amado”.

Por eso, llevar a perfección este amor, obedeciendo hasta sus últimas consecuencias estos mandamientos, implica la cruz, a veces, la muerte física.

Es muy probable que la exposición de estos mandamientos provoque resistencia en los catecúmenos. Es normal. Hemos de mostrarnos pacientes, pero firmes. La mejor forma de vencerla es mostrando la belleza del amor cumplido, el que imita el amor de Cristo. Y para eso en las catequesis siguientes traeremos dos ejemplos: el martirio de san Maximiliano María Kolbe y el de santa Giana Beretta Molla.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Lecturas y exhortación

-Jn 13,1-15

-Jn 13, 34-35

A continuación, leemos y comentamos los Mandamientos cuarto y quinto.
Compendio del Catecismo (455-486)

D) Te Deum

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Pág. 218

E) Súplicas y Padre Nuestro

F) Bendición y despedida

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. (RICA 121-124; 374).

Catequesis 10: Vocación a ser “hijos” (III) (Camino de perfección. Testimonio de santa Gianna Beretta Molla y san Maximiliano Kolbe).

Hacemos una pequeña pausa en la exposición del Compendio del Catecismo para exponer que el camino de la vida cristiana es el camino de la perfección humana, que es la perfección del amor que Cristo ha mostrado en la cruz: *“habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, lo amó hasta el extremo”*(Jn 13,1).

Para poner “carne” a la perfección cristiana y para presentar de forma positiva este camino, es decir para mostrar su belleza, relatamos la vida de Santa Gianna Beretta y de San Maximiliano Kolbe. No se trata de leer todo este largo texto, sino de preparar bien una narración oral.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Catequesis

Queridos hijos; es posible que alguno de vosotros esté experimentando el dolor propio de quien está siendo sometido a una cirugía rigurosa de su alma. Es posible que ante la exigencia de la ley de Dios, de la exigencia del amor a Dios y al prójimo, no con cualquier medida, sino con la medida que ha alcanzado Jesús en la cruz, vuestras almas se resientan y se duelan como si estuviesen sacudidas por un cruel médico. Es normal. Y con todo hay que advertir del peligro que comporta el que, asustados, huyamos. Porque ¿dónde huiremos después de haber conocido el amor verdadero, el amor inmortal de Cristo?

Es normal experimentar grandes resistencias. Lo que hemos de decidir es a quién seguiremos: si a Cristo, para poseerle a él y con él todo; o si nos cerraremos en nosotros mismos, para poseer nuestro propia nada. Vamos ahora a escuchar el Evangelio. Se trata de un momento muy importante. Un momento en el que Simón, movido por el Espíritu Santo hace una confesión solemne de su fe en Cristo. Tan importante es esta confesión de Simón, que Jesús le cambia el nombre por el de “Pedro”, indicando que llegaría a ser la piedra sobre la que se construiría la Iglesia. Esto es mucho decir porque Cristo es el verdadero fundamento de la Iglesia, la verdadera piedra. Eso significa que Jesús identifica la persona de Pedro con la suya propia. Cristo identifica a Pedro consigo mismo, lo constituye en “piedra”, sobre la que construye su Iglesia y le da su propio poder, el de otorgar el perdón de Dios y el gobierno de su pueblo, de la Iglesia. Es, por tanto, un momento muy importante, y muy importante para Pedro, que es puesto “por delante” de los demás discípulos y apóstoles. Sin embargo Jesús indicará algo que cogerá a Simón Pedro por sorpresa. Jesús va a indicar que la verdad de su propia persona, el ser el Mesías

y el Hijo de Dios, se identifica con un plan que incluye la propia muerte, la cruz. Y ante el camino de la cruz, Simón Pedro se revela. Y luego Cristo dice la última palabra. Escuchad:

D) Lecturas y Exhortación

Mt 16, 13-25

Es necesario que sepamos que el camino para alcanzar la unidad con Cristo, el crucificado y resucitado, el que nos ha amado hasta la muerte y está vivo, es un camino en el que Dios debe ir dando forma en nosotros la imagen acabada que nosotros vemos en la imagen de su Hijo crucificado. Este ir dándonos forma es doloroso, por lo que hemos dicho: implica renuncia, obediencia, fiarse de otro, dejar de ser uno dueño de su vida y entregar la propia vida en manos de Dios, dejarle a él que la lleve. Entregar a Dios la propia voluntad (“aquí estoy para hacer tu voluntad”) y el propio juicio sobre lo que conviene y no, sobre lo bueno y lo malo es más doloroso que si se diese forma a nuestra carne a golpe de cincel. Pero este es el único camino de la vida cristiana. Y hemos de tener siempre presente, si queremos seguir a aquel que murió por nosotros y nos ha llamado a la vida bienaventurada o si preferimos volver sobre nosotros mismo y abandonarnos a la soledad, a la lejanía de Dios.

El papa Juan Pablo II decía que preguntar a alguien si quiere recibir el bautismo es lo mismo que preguntarle si quiere ser santo. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”¹⁵.

No nos debe dar miedo en este camino nuestra debilidad, porque es Dios el que se encarga de darnos forma, la de su Hijo, no hemos de temer siquiera caer por nuestra debilidad, porque Dios es misericordioso y fiel. Entrar en la Iglesia, guiados por la Cruz, en el catecumenado es entrar en la fraternidad de aquellos que son débiles como yo pero que han sido llamados por Dios y son sanados y sostenidos por él, es entrar en la compañía de aquellos que son curados conmigo de pecados y debilidades. También Simón Pedro opuso resistencia y también él era débil y cayó, pero llevado por el amor de Cristo, llegó hasta el final.

Sólo hay una cosa que nos debe hacer temer: que nosotros mismos renunciemos al médico y a su medicina, que nosotros mismos renunciemos a esta compañía de hermanos, todos enfermos, que caminan hacia la salud. Que nosotros mismos digamos: “estaba más a gusto en Egipto”. Y decidamos volver a la esclavitud pacífica de nuestros pecados, por no afrontar la guerra que nos lleva a la verdadera libertad. (El Reino de los Cielos es de los violentos).

Es cierto que este camino es costoso. Pero queremos que contempléis que el “producto” de este camino es una humanidad más perfecta, más hermosa, más bella. Vamos a presentaros la vida de una mujer que imitó a Cristo en el amor y que terminó este camino que vosotros no habéis hecho más que empezar, que es el camino que lleva a la perfección del amor, a la cruz, al hombre perfecto. Si miráis la cruz con la mirada de la fe, a pesar de la fealdad de lo que allí se representa, a pesar de la maldad de lo que allí sucede, a pesar de la mentira (la mentira de la cruz consiste en decir que este hombre es un impío y un blasfemo; o mejor, que el destino del hombre, por esforzado o virtuoso que halla sido, es la muerte), encontraréis cómo el amor lo transforma todo y muestra la verdad, la belleza y la bondad del hombre que ama de veras.

Eso mismo es lo que vais a ver en la vida de Juana Beretta Molla, que obedeció la ley de Dios, prefiriendo morir ella a matar al hijo que había engendrado, amando así a Dios y a su niño, más que a ella misma.

¹⁵ N.M.I. 31

Santa Gianna Beretta Molla (1922-1962)



De su marido Pietro:

«Mirad a las madres que verdaderamente aman a sus niños. ¡Cuántos sacrificios hacen! Para todo están preparadas, incluso para dar la propia sangre para que sus hijos crezcan buenos, sanos y robustos.

¿Acaso no ha muerto Jesús en la cruz por amor a nosotros? Y con la sangre del sacrificio con la que se afirma y se confirma el amor».

Era una mujer espléndida, pero absolutamente normal. Era guapa. Inteligente. Buena. Le gustaba sonreír. Era además, una mujer moderna, elegante. Conducía su coche. Amaba la montaña y esquiaba muy bien. Le gustaban las flores y la música. Le gustaba viajar. Yo tenía de desplazarme frecuente-mente al extranjero a causa de mi trabajo, y cuando me era posible, la llevaba conmigo. Fuimos a Holanda, a Alemania, a Suecia. Un poco por todas partes de Europa. Era, sin duda alguna, una mujer normal. Una mujer como tantas otras. Pero tenía algo singular, quizá: una gran religiosidad, una confianza absoluta en la Providencia divina. Y no dejó de confiar nunca en ella, ni siquiera en los últimos meses de vida... Gianna no era uno de esos tipos místicos que piensan sólo en el Cielo y que viven en esta tierra creyendo que es sobre todo un valle de lágrimas. Gianna era una mujer que sabía disfrutar, en el buen sentido de la palabra, de las pequeñas y grandes cosas que Dios nos concede también en este mundo. Sin embargo, cuando se dio cuenta de la terrible coincidencia de su embarazo y el desarrollo de un grueso fibroma su primera reacción, razonada, fue la de pedir que el niño que llevaba en el seno se salvase. No fue un suicidio. Gianna confiaba en la Providencia. La decisión de mi mujer fue el resultado coherente de toda una vida. Una decisión cuyas raíces se encuentran en los años de infancia. En su familia de origen. En la atmósfera profundamente religiosa que le habían proporcionado

siempre a ella y a sus hermanos. No lo hizo porque esperase nada a cambio, ni ‘para irse al Cielo’. Lo hizo porque se sabía madre»

Gianna Beretta nació el 4 de octubre de 1922 en Magenta, en el norte de Italia, la décima de las hijas de Alberto Beretta y María de Michelis. Era una de las típicas familias burguesas acomodadas del norte de Italia de esa época, con una característica importante: era una familia profundamente cristiana. A pesar de su posición económica cómoda, los hijos fueron educados en un clima de sobriedad y desprendimiento. Alberto y María habían enseñado a sus hijos a preocuparse por los más necesitados. Gianna comenzó en 1929 sus estudios elementales, y en 1933 se matriculó en el Liceo Paolo Sarpi. Sus calificaciones escolares fueron normales, con abundancia de suficientes y alguna convocatoria para septiembre de italiano y latín. Tras la muerte de Amalia, la hermana mayor, a los 26 años, la familia se trasladó a Génova Quinto al Mare, en la Riviera italiana de Levante. Allí se veía a la familia en Misa de ocho de la mañana, acompañados de algunos de sus hijos. Unos marchaban luego a la Universidad; otros, como Gianna, al colegio. Era buena deportista, amante de salidas al campo. Alberto y María murieron en 1942, con 4 meses de diferencia. La familia se trasladó entonces a la casa paterna de Magenta. Gianna se matriculó en 1942 en la Facultad de Medicina de Milán. Fueron años los años difíciles del fascismo y de la guerra mundial. En 1945 se traslada a la Universidad de Pavía. Sus compañeros la recuerdan como una chica estudiosa, alegre, serena, amante de la naturaleza, con muchas aficiones: le gustaba pintar, la música, tocaba el piano y disfrutaba subiéndose a las montañas cantando a pleno pulmón. Durante aquellos años no se dedicó sólo a estudiar. En 1943 fue nombrada secretaria de un grupo estudiantil de Acción Católica. Ocupó varios cargos en la Acción Católica hasta 1956. Daba charlas, asistía a diversas reuniones de carácter apostólico. Participó en las Conferencias de San Vicente, y muchos sábados iba a visitar con algunas amigas familias necesitadas.

Organizó varias tandas de Ejercicios Espirituales para sus amigas. Les insistía en la necesidad de fomentar las virtudes humanas (para ser personas «de una pieza») y las espirituales (las animaba a la práctica de la oración diaria, las alentaba a acudir a la Santa Misa y a la Comunión, a ser posible todos los días, y si no, al menos, cada semana). Decía: «Sólo si poseemos la riqueza de la gracia podremos darla a nuestro alrededor; porque el que no tiene, no puede dar nada».

«Meditación, al menos diez minutos. Visita al Santísimo, Santo Rosario, devoción a la Virgen. Y sobre todo, vida de oración».

El 16 de junio de 1946 su hermano Giuseppe se ordenó sacerdote. El 30 de noviembre de 1949 Gianna obtuvo la licenciatura en Medicina por la universidad de Milán, y el 27 de enero de 1950 le dieron el certificado que la habilitaba para ejercer la Medicina en la especialidad de Pediatría. Abrió un ambulatorio en un pueblo de 2.000 habitantes, Mesero, junto con su hermano Ferdinando. Mientras tanto, otro hermano suyo, Enrico, se había ordenado también sacerdote y había marchado a Brasil. Por aquellos años se planteó su vocación. A ella le parecía que Dios le pedía ejercer su profesión de médico, pero ¿dónde? Se planteó la posibilidad de marchar a Brasil, con su hermano Enrico, a trabajar en su hospital. Pero nunca acababa de tomar la decisión. En 1954 tomó la resolución de ir a Lourdes a pedir luz a Dios. A la vuelta, en Magenta, se encontró la respuesta de Dios en la persona de Pietro Molla, que sería su futuro marido. Pietro era hijo de unos vecinos.

Persuadida de la importancia del apostolado, durante algunos años alimentó el deseo de ser misionera laica consagrándose a Dios en el servicio de la Evangelización. Vivió un tiempo en la incertidumbre del camino a elegir. Para decidir bien, rezaba mucho, pedía oraciones y consejos, pero también pasó por una gran perturbación interior con respecto a su proyecto de vida. En vez de ofuscarse, intensificó las oraciones para conocer mejor la voluntad del Creador. Cuando

comprendió que la voluntad de Dios era que constituyera una familia, se orientó decididamente hacia el matrimonio consciente que “nuestra felicidad terrena y la eterna depende de vivir bien nuestra vocación”.

Tenía un concepto preciso y sublime de esta profesión. Más que un trabajo, la medicina era para ella una misión: “No olvidemos que en el cuerpo de nuestro paciente existe un alma inmortal. Seamos honestos y médicos de fe”. A sus pacientes, la Dra. Gianna daba no solamente asistencia médica, sino también una verdadera ayuda espiritual, y muchas veces les auxiliaba para que recibieran el sacramento de la Confesión. Alentó a muchas madres próximas al parto transmitiéndoles la alegría de recibir al hijo como un don de Dios y a rechazar o desistir del aborto.

Tras varias coincidencias, Pietro la invitó a ir a la Scala de Milán en Nochevieja. Gianna aceptó, y al volver, estuvieron celebrando el año nuevo en casa de Pietro. El 20 de febrero de 1955 le propuso que se casara con él. Gianna aceptó. Durante su noviazgo, Pietro tuvo que hacer varios viajes profesionales. Su comunicación más frecuente fue por carta. En ellas Gianna y Pietro se comunicaban sus sentimientos como cualquier pareja de enamorados. Los dos eran personas profundamente religiosas, y prepararon su matrimonio poniendo su futuro a los pies de la Virgen.

Un encuentro no casual, bendecido por Dios En la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1954, se celebraba en Mesero la fiesta de la ordenación sacerdotal de Fray Lino Gara-vaglia, hoy obispo de las diócesis de Cesena e Sarsina (Italia). Tanto Pedro, el futuro novio, como Gianna fueron invitados a la Misa y el almuerzo. Al día siguiente, Pedro Molla escribía a Gianna “Me acuerdo de ti cuando, con tu sonrisa larga y gentil, saludabas a Fray Lino y a sus parientes. Me acuerdo de ti cuando hacías devotamente la Señal de la Cruz antes del café. Me acuerdo de ti todavía cuando estabas en oración durante la bendición del Santísimo Sacramento”. Gianna, que también tenía la certeza de haber tenido ese día un “óptimo encuentro”, le respondió “deseo hacerte feliz y ser la buena esposa que tu desees: comprensiva y dispuesta a los sacrificios que la vida nos pedirá. Pienso en darme totalmente para formar una familia verdaderamente cristiana. Es verdad que tendremos que enfrentar dolores y sacrificios, pero si deseamos siempre uno el bien al otro, con la ayuda de Dios venceremos todos los obstáculos”.

El 24 de septiembre de 1955 se casaron en la basílica de san Martín de Magenta. Al poco iniciar su vida matrimonial, volvió a trabajar como especialista en Pediatría. En 1956 nació su primer hijo, Pierluigi, y en 1957 María Zita. En 1959, después de un embarazo un poco difícil, nació el tercer hijo del matrimonio, Laura.

En 1961 esperaban el cuarto hijo. En agosto le escribe a su amiga Mariuccia, que cuidaba a sus hijos en Courmayeur: «Te voy a contar lo que me ha sucedido. El martes, cuando Nando me estaba reconociendo médicamente, advirtió que además del embarazo había un tumor bastante voluminoso. Pensamos que era un quiste ovárico. Fui al profesor Vitali, y aunque él nos confirmó en nuestras sospechas, nos dijo que era mejor esperar quince días (...) Aquel día por la mañana comencé a notar hemorragias. Me acosté rápidamente, me pusieron inyecciones, bolsas de hielo y cesó la hemorragia (...) Sin embargo, persistían los vómitos, y aunque el profesor me dijo que podía haber sido una amenaza de aborto, proseguí embarazada. Pero, más que esperar; es mejor que me operen enseguida: lo han decidido para la semana que viene».

Aquello le preocupaba, más que por su vida, por la de su futuro hijo. Y antes de la intervención le dijo a su marido, al profesor Vitali y a su hermano Ferdinando, su decisión: deseaba, antes que nada, que durante la operación se protegiera la vida del niño; si era preciso, por encima de la suya. Y le recordó al cirujano muy claramente este deseo suyo antes de la

operación. Antes de entrar en el quirófano quiso confesar y comulgar. Durante la operación, el médico encontró una masa de fibroma seroso uterino. Extirpó la masa del fibroma, sin dañar la cavidad uterina, para hacer posible el embarazo, en contra de la práctica normal, que procede a la extirpación total, por los graves riesgos que reserva a la madre. Gianna sabía, como buen médico, que una sutura practicada en los primeros meses de embarazo, provoca con frecuencia una rotura del útero, con un peligro mortal inmediato para la paciente en el cuarto y quinto mes de embarazo.

Poco después de la operación, el doctor le dijo a Gianna:

«Hemos salvado al niño». Volvió a su casa, y reemprendió la vida habitual, perfectamente consciente de la gravedad de la situación en que se encontraba. Sabía que esa operación podía costarle la vida a medida que fuera avanzando el embarazo. Savina, la chica que le ayudaba en las tareas de la casa, comentaba: «Era una gran persona. Siempre contenta. A pesar de la confianza que nos teníamos, no me quiso decir nada del drama que estaba viviendo. Recuerdo que antes de entrar en la clínica puso en orden, de forma meticulosa, todo lo que tenía. Ordenó los cajones de los armarios. Hizo conmigo una limpieza general que no estaba prevista. Y yo me preguntaba qué estaría pensando». A mediados de marzo, un día en el que Pietro se dirigía a la fábrica, Gianna lo retuvo durante unos instantes antes de salir de casa: «Parece que la estoy viendo ahora. Estaba apoyada en el mueble del vestíbulo de nuestra casa.

Se me acercó y casi me susurró: Pedro... te ruego... que si debes decidir entre mí y el niño, que te decidas por el niño. No por mí ¡Te lo ruego! Así. Nada más. Me sentí incapaz de decirle nada. Conocía muy bien a mi mujer; su generosidad, su espíritu de sacrificio. Me fui de casa sin decir una palabra». El 21 de abril nació su hija Gianna Emmanuela. «Cuando tuvo entre los brazos a nuestra criaturita –recuerda Pietro-, la miró cariñosamente, con una mirada que muestra su indecible sufrimiento por no poder gozar de ella, por no poder abrazarla y verla más». Una religiosa del hospital la confortaba. Gianna le agradecía sus palabras, pero le hacía ver la hondura de su sufrimiento: «Es que usted, hermana, no sabe lo que supone ser madre.

Le diagnosticaron una peritonitis. Intentaron antibióticos, drenajes. Todo inútil. Gianna se encontraba cada vez peor, pero no se lamentaba. Comenzaron los días largos de su agonía. Pietro estaba siempre a su lado. «A mediodía del Viernes Santo –cuenta Pietro- comenzó su Calvario y su martirio. El Sábado Santo tuvo, y todos nosotros con ella, la alegría de una nueva criatura. El día de Pascua soportó unos sufrimientos terribles, al igual que el Lunes y el martes después de Pascua. La noche del martes fue la de su primera agonía, que superó milagrosamente gracias a los cuidados de Nando y de Sor Virginia». Su unión con Dios se iba haciendo más y más intensa. Su gran dolor era dejar huérfanos a sus hijos. Sus familiares decidieron que sus hijos no fueran a verla en ese estado. Además Gianna reconoció:

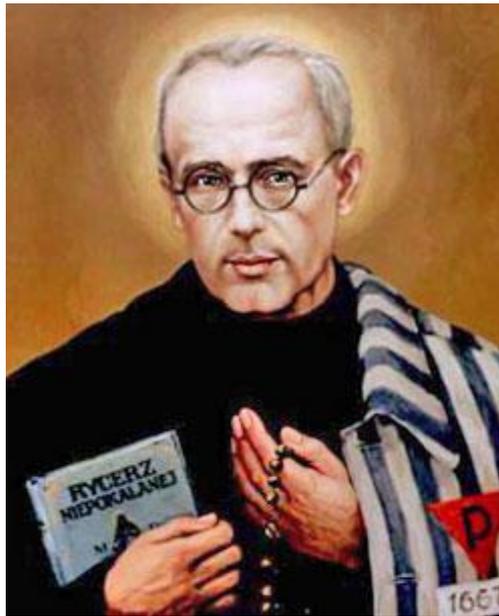
«Me faltan fuerzas y ánimos para volver a verles». Los dolores abdominales se volvieron cada vez más fuertes y terribles. Todos los remedios fueron en vano. En un momento sufrió un colapso, que parecía definitivo. El capellán no pudo ir, porque estaba llevando la Comunión a unos enfermos. Su hermana Virginia le dio a besar un crucifijo. Gianna lo apretó entre sus manos y lo besó. «Estoy seguro –dice Pietro- que desde ese momento Gianna no interrumpió su coloquio con el Señor. Pidió recibir al Señor en la Eucaristía, al menos sobre los labios, incluso el jueves y el viernes, cuando no podía tragar la Sagrada forma. Y repetía muchas veces: ¡Jesús te amo, Jesús te amo!».

El viernes, después de una semana debatiéndose entre la vida y la muerte, entró de nuevo en coma. Era el final. Decidieron llevarla a su casa el sábado a las cuatro de la mañana. En las habitaciones contiguas dormían sus hijos: Pierluigi, Mariolina y Laureta. La pequeña Gianna

Emmanuela permanecía en la sala de Maternidad del Hospital. Nunca sabremos si, a pesar de su situación, Gianna pudo oír las voces de sus hijos al levantarse y el ruido del motor del coche en el que se los llevaron hasta la casa de unos familiares.

Mientras tanto, Pietro permanecía a su lado. Falleció sin un gemido. Eran las ocho de la mañana del sábado 28 de abril de 1962. El 24 de abril de 1994, el papa Juan Pablo II la beatificó y fue canonizada el 16 de mayo de 2004.

SAN MAXIMILIANO KOLBE



SUS INICIOS

San Maximiliano María Kolbe fue hijo de María Dabrowska y de Julio Kolbe, pertenecientes a la Tercera Orden Franciscana, y los cuales tenían en su casa un taller y un pequeño altar con la imagen milagrosa de Nuestra Señora de Czestochowa, veneradísima patrona de Polonia.

Nació en Polonia el 8 de enero de 1894 en la ciudad de Zdunska Wola, que en ese entonces se hallaba ocupada por Rusia. Fue bautizado con el nombre de Raimundo en la iglesia parroquial. Sus hermanos fueron Francisco, José, Valentín y Antonio. Los dos últimos murieron prematuramente.

Aproximadamente en el año 1906, un suceso marca la vida de Maximiliano, y preocupa y desconcierta a su madre. Ella misma relata el suceso a los pocos meses del martirio de Maximiliano. Dice ella: "Sabía yo de antemano, en base a un caso extraordinario que le sucedió en los años de la infancia, que Maximiliano moriría mártir. Solo no recuerdo si sucedió antes o después de su primera confesión. Una vez no me gustó nada una travesura, y se la reproche: Niño mío, ¡quién sabe lo que será de ti! Después, yo no pensé más, pero observe que el muchacho había cambiado tan radicalmente, que no se le podía reconocer. Teníamos un pequeño altar escondido ente dos roperos, ante el cual él a menudo se retiraba sin hacerse notar y rezaba llorando. En general, tenía una conducta superior a la de su edad. Siempre recogido y serio, y cuando rezaba, estallaba en lágrimas. Estuve preocupada, pensando en alguna enfermedad, y le pregunté: ¿te pasa algo? ¡Has de contar todo a tu madre!

Temblando de emoción y con los ojos anegados en lágrimas, me contó: "Mamá, cuando me reprochaste, pedí mucho a la Virgen me dijera lo que sería de mí. Lo mismo en la iglesia, le volví a rogar. Entonces se me apareció la Virgen, teniendo en las manos dos coronas: una blanca y otra roja. Me miró con cariño y me preguntó si quería esas dos coronas. La blanca significaba que perseveraría en la pureza y la roja que sería mártir. Contesté que las aceptaba... (Las dos). Entonces la Virgen me miró con dulzura y desapareció".

El cambio extraordinario en la conducta del muchacho, atestiguaba la verdad de las cosas. El tenía plena conciencia, y al hablarme, con el rostro radiante señalaba la deseada muerte de mártir. Este fascinante encuentro de Maximiliano con su "Madrecita" celestial es algo más que un episodio pasajero. Es la raíz de todo su futuro; es el motor de sus amplios planes; es la fuerza para los vuelos más audaces; es el manantial de su santidad y de su apostolado".

VOCACIÓN FRANCISCANA

A los 13 años ingresó en el Seminario de los padres franciscanos en la ciudad polaca de Lvov, la cual a su vez estaba ocupada por Austria. Fue en el seminario donde adoptó el nombre de Maximiliano María.

El padre Wilk lo describe así: "era diligente en el cumplimiento de sus deberes, dotado por las matemáticas, obediente a los profesores, servicial con los compañeros, alegre y equilibrado. Rezaba con recogimiento. Un episodio se me grabó por siempre. Entrando en una sala, vi a Maximiliano de rodillas ante una gran cruz, absorto en oración."

Pero de pronto entró la crisis en ambos hermanos. Maximiliano se convenció y convenció a su hermano de abandonar el seminario. Cuando estaban a punto de hablar con el superior, les visita la madre llena de alegría. Orgullosa les cuenta que José, el hermano menor, también entraría en la orden. ¡Además ella y su esposo también tienen vocación religiosa de manera que sería toda la familia Franciscana!

Aquella visita disipó todas las dudas en los corazones de los hermanos. Nueve años más tarde, desde Roma, recuerda aquella visita en una carta a su madre y la considera "salvador, providencial y regalo de la Inmaculada".

El 4 de septiembre de 1910 ciñó a su cintura el cordón de San Francisco, y de esa manera comenzó su año de noviciado. ¡Apenas dieciséis años!

En el otoño de 1912, el P. Provincial teniendo en cuenta las excelentes cualidades intelectuales de Fray Maximiliano, dispuso que, junto a otros, siguiera sus estudios de filosofía y teología en Roma, donde los finalizó. Los años romanos serán fecundísimos y decisivos en la vida de Maximiliano. La Virgen lo espera para inspirarle la fundación de La Milicia de la Inmaculada.

En 1918 es ordenado sacerdote.

SU MISIÓN

Maximiliano siempre fue muy devoto de la Inmaculada Concepción, por lo que pensaba que la Iglesia tenía que ser militante en su colaboración con la Gracia Divina para el avance de la fe católica. Es por eso que movido por su devoción, funda en el año 1917 un movimiento llamado "La Milicia de la Inmaculada", el cual se consagraría a la Virgen María y lucharía con todos los medios moralmente válidos, por la construcción del Reino de Dios en todo el mundo. En palabras del propio San Maximiliano, el movimiento tendría:

"una visión global de la vida católica bajo una nueva forma, que consiste en la unión con la Inmaculada."

Inició la publicación de una revista mensual llamada "Caballero de la Inmaculada", ésta era orientada a promover el conocimiento, el amor y el servicio a la Virgen María. Comenzó con un tiraje de sólo 500 ejemplares en 1922, y para el año 1939 alcanzaría cerca de un millón de ejemplares publicados.

La primera "Ciudad de la Inmaculada" se funda en el año 1929 en el convento franciscano situado en Niepokalanów a 40 kilómetros de Varsovia, que luego de algunos años se convertiría en una ciudad consagrada a la Virgen y, en palabras de San Maximiliano, dedicada a: "conquistar todo el mundo, todas las almas, para Cristo, para la Inmaculada, usando todos los medios lícitos, todos los descubrimientos tecnológicos, especialmente en el ámbito de las comunicaciones."

Luego de que el papa solicitara sacerdotes para ir de misiones, en el año 1931 se ofrece como voluntario y viaja a Japón donde funda una nueva ciudad de la Inmaculada ("Mugenzai No Sono") y publica la revista "Caballero de la Inmaculada" en idioma japonés ("Seibo No Kishi").

SU TESTIMONIO

Regresó a Polonia en el año 1936, siendo director espiritual de Niepokalanów, y luego de 3 años, mientras se daba la Guerra Mundial, fue apresado junto a otros frailes y enviado a campos de concentración en Alemania y Polonia. Poco tiempo después, el día de la Inmaculada Concepción, es liberado.

En 1941 es nuevamente hecho prisionero y ésta vez es enviado a la prisión de Pawiak, y luego llevado al campo de concentración de Auschwitz, donde prosiguió su ministerio a pesar de las terribles condiciones de vida.

Al día siguiente, a las 18 horas, Fritsch, el comandante del campo, se planta de brazos cruzados ante sus víctimas. Un silencio de tumba sobre la inmensa explanada, atestada de presos sucios y macilentos. "El fugitivo no ha sido hallado... Diez de ustedes serán condenados al bunker de la muerte... La próxima vez serán veinte".

Con total desprecio a la vida humana, los condenados son escogidos al azar. ¡Este!... ¡Aquell!... grita el comandante. El ayudante Palitsch marca los números de los condenados en su agenda. Aterrorizado, cada condenado sale de las filas, sabiendo que es el final.

¡Adiós, adiós, mi pobre esposa!.. ¡Adiós, mis hijitos, hijitos huérfanos! dice sollozando el sargento Francisco Gajowniczek.

Las palabras del sargento sin duda tocan el corazón de muchos presos, pero en el corazón del padre Kolbe hacen más. Mientras los diez condenados responden al grito: "¡Quítense los zapatos!", porque deben ir descalzos al lugar del suplicio; de improviso ocurre lo que nadie podía imaginarse.

He aquí los testimonios de los que estaban presentes:

"Después de la selección de los diez presos atestigua el Dr. Niceto F. Wlodarski, el P. Maximiliano salió de las filas y quitándose la gorra, se puso en actitud de ¡firme! ante el comandante. Este sorprendido, dirigiéndose al Padre, dijo: "Que quiere este cerdo polaco?". "El P. Maximiliano, apuntando la mano hacia F. Gajowniczek, ya seleccionado para la muerte, contesto: "Soy sacerdote católico polaco; soy anciano; quiero tomar su lugar, porque el tiene esposa e hijos..."".

"El comandante maravillado, pareció no hallar fuerza de hablar. Después de un momento, con un gesto de la mano, pronunciando la palabra ¡Raus! ¡Fuera!..., ordeno a Gajowniczek que regresara a su fila. De este modo, el P. Maximiliano María Kolbe tomo el lugar del condenado".

"Parece increíble que el comandante Frisch haya borrado de la lista al sargento, y haya aceptado el ofrecimiento del P.Kolbe, y que más bien no haya condenado a los dos al bunker de la muerte. Con un monstruo como ese, todo era posible"

"Los diez pasaron ante nuestras filas", declara Fray Ladislao Swies, palotino, "y entonces observe que el Padre Kolbe seguía por último, y sostenía a tientas a otro de los condenados, más débil que él, que no era capaz de caminar con sus propias fuerzas".

A la Virgen dirige su oración: "Reina mía, Señora mía, has mantenido tu palabra. ¡Es para esto que yo he nacido!".

"El sacrificio del P. Kolbe, mientras provocó la consternación entre las autoridades del campo, provocó la admiración y el respeto de los presos", (Sobolewski). "En el campo casi no se notaban manifestaciones de amor al prójimo. Un preso rehusaba a otro un mendrugo de pan. En cambio, él había dado su vida por un desconocido" (Dr. Stemler)

El sol se estaba hundiendo en el horizonte detrás de las tétricas alambradas. El cielo estaba tomando los colores rojos de los mártires. "Fue una magnífica puesta del sol, una puesta nunca vista", relatan los pocos supervivientes de esa tarde de fines de julio de 1941. Entre el odio brilló más fuerte el amor que la Virgen nos concede. "No hay amor más grande que dar la vida por un amigo" (San Jn 15:13).

Los diez condenados al hambre y la sed bajan al sótano de la muerte del que solo salen cadáveres directamente al crematorio.

Bruno Borgowiec, un polaco encargado de retirar los cadáveres, dio su testimonio: "Después de haber ordenado a los pobres presos que se desnudaran completamente, los empujaron en una celda. En otras celdas vecinas ya se hallaban otros veinte de anteriores procesos. Cerrando la puerta, los guardias sarcásticamente decían: "Ahí se van a secar como cascarras". Desde ese día los infelices no tuvieron ni alimentos ni bebidas"

"Diariamente, los guardias inspeccionaban y ordenaban retirar los cadáveres de las celdas. Durante estas visitas estuve siempre presente, porque debía escribir los nombres-números de los muertos, o traducir del polaco al alemán las conversaciones y los pedidos de los presos.

"Desde las celdas donde estaban los infelices, se oían diariamente las oraciones recitadas en voz alta, el rosario y los cantos religiosos, a los que se asociaban los presos de las otras celdas. En los momentos de ausencia de los guardias yo bajaba al sótano para conversar y consolar a los compañeros. Las fervorosas oraciones y cantos a la Virgen se difundían por todo el sótano. Me parecía estar en una iglesia. Comenzaba el P. Maximiliano y todos los otros respondían. A veces estaban tan sumergidos en las oraciones, que no se daban cuenta de la llegada de los guardias para la acostumbrada visita. Sólo a los gritos de estos, las voces se apagaban.

"Al abrir las celdas, los pobres infelices, llorando a lágrima viva, imploraban un trozo de pan y agua, pero les era negado. Si alguno de entre los más fuertes se acercaba a la puerta, en seguida recibía de los guardias patadas al vientre, tanto que cayendo atrás sobre el cemento, moría en el acto o era fusilado.

"Del martirio que han debido padecer los pobres condenados a una muerte tan atroz, da testimonio el hecho de que los cubos estaban siempre vacíos y secos. De lo cual hay que concluir que los desgraciados, a causa de la sed, tomaban la propia orina".

"El P. Maximiliano se comportaba heroicamente. Nada pedía y de nada se quejaba. Daba ánimo a los demás. Persuadía a los presos a esperar que el fugitivo fuera hallado y ellos serían liberados.

"Por su debilidad recitaba las oraciones en voz baja. Durante toda visita, cuando ya casi todos estaban echados sobre el pavimento, se veía al P. Maximiliano de pie o de rodillas en el centro, mirando con ojos serenos a los llegados. Los guardias conocían su sacrificio, sabían también que todos los que estaban con él morían inocentemente. Por esto, manifestando respeto por el P. Kolbe, decían entre sí: "Este sacerdote es todo un caballero. ¡Hasta ahora no hemos visto nada semejante!".

Así pasaron dos semanas, mientras tanto los presos morían uno tras otro. Al término de la tercera semana, solo quedaban cuatro, el P. Kolbe entre ellos.

A las autoridades pareció que las cosas se alargaban demasiado. La celda era necesaria para otras víctimas. "Por esto, un día, el 14 de agosto, condujeron al director de la sala de enfermos, el criminal Boch, el cual propino a cada uno una inyección endovenosa de ácido fénico. El P. Kolbe, con la plegaria en los labios, el mismo ofreció el brazo al verdugo.

"Partidos los guardias con el verdugo, volví a la celda donde encontré al P. Kolbe sentado", narra Borgowiec, "recostado en la pared, con los ojos abiertos y concentrados en un punto y la cabeza reclinada hacia la izquierda (era su posición habitual). Su cuerpo limpio y

luminoso. Su rostro lucía sereno y bello, radiante, mientras los demás muertos estaban tendidos sobre el pavimento, sucios y con los signos de la agonía en el rostro.

"En el campo por meses se recordó el heroico acto del sacerdote. Durante cada ejecución se recordaba el nombre de Maximiliano Kolbe.

"La impresión del hecho se me grabó eternamente en la memoria".

La Inmaculada se lo llevó la víspera de su gran fiesta: La Asunción. Moría un santo sacerdote en Auschwitz, mártir por Dios, de la Virgen y por un padre de familia. El padre Kolbe venció al mal con el poder del amor. Murió tranquilo, rezando hasta el último momento. Según el certificado de defunción del campo, P. Maximiliano María Kolbe falleció a las 12:50 del 14 de agosto de 1941. Tenía 47 años."

El día siguiente, 15 de agosto, el cadáver del P. Kolbe fue llevado al horno crematorio. Cinco meses antes en la misma mañana del arresto, el P. Maximiliano María Kolbe así escribía en su agenda personal (02-17-1941):

"La Inmaculada, que había sido todo el poema de su vida, la luz de su inteligencia y de su genio, el latido de su corazón, la llama de su apostolado, el éxtasis de su plegaria, su inspiradora y guía, su fortaleza y su sonrisa, la Reina de sus "ciudades" y la Dama de sus caballeros, en breve la vida de su vida; Ella quiso, arrebatárselo en luz de gloria entre los ángeles que festejaban su supremo triunfo".

Cumplió su deseo máximo: "Concédeme alabarte, Virgen Santa, concédeme alabarte con mi sacrificio. Concédeme por ti, solo por ti, vivir, trabajar, sufrir, gastarme, morir..."

San Maximiliano se encontró en medio de un gran choque espiritual en la batalla que se libra en el mundo entre la Inmaculada Virgen María y Satanás. El supo dar la talla y vencer con las armas del amor. Como respuesta a la brutalidad del trato de los guardias de la prisión, San Maximiliano era siempre obediente, manso y lleno de perdón. Aconsejaba a todos sus compañeros de prisión a confiar en la Inmaculada: "¡Perdonen!", "Amen a sus enemigos y oren por los que os persiguen". . Es una batalla que ahora, con su ejemplo e intercesión debemos nosotros luchar.

Decidme, al final de este relato, si no es más bello, más verdadero y más bueno este amor que el amor a sí mismo. Si uno no preferiría tener una madre así, a tener una madre que abortase cuando corriese peligro su vida. Decidme si uno, en realidad y en el fondo del alma, no preferiría ser como Juana, que como tantas otras pobres que ante el temor a morir deciden dar muerte a sus propias criaturas.

Les daremos la vida de santa Gianna escrita para que la lean en casa y nosotros retomarla, al comienzo de la catequesis siguiente, haciendo hincapié en belleza de un amor como el que muestra esta mujer.

E) **Te Deum**

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Pág. 218

F) **Súplicas y Padre Nuestro**

G) **Bendición y despedida**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

Catequesis 11: Vocación a ser “hijos” (IV) (Mandamiento 6º y 9º)

Dedicamos esta catequesis al sexto mandamiento
Compendio n.º: 487 – 502 y 527-530

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual
(RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Catequesis

Antes de volver a la exposición de los Mandamientos, quiero insistir en que es normal que encontréis resistencia dentro de vosotros para obedecer estos mandatos. Resistencia y verdadera dificultad interior. Es normal que los ojos acostumbrados a la oscuridad se duelan cuando salen a la luz. Es normal que la herida sienta el escozor cuando es desinfectada.

Pero es bueno que nos percatemos de qué es lo que se remueve por dentro cuando nos exponemos a esta luz de la Ley de Dios: ¿Es la razón? –No. Porque todas estas cosas son razonables. El que las cumple sabe que es dichoso al guardarlas. Y el que no lo hace ha de reconocer que vivir conforme a ellas es más hermoso, más santo y más verdadero que no hacerlo. El que aún no las cumple ha de reconocer que la vida de Juana Beretta Molla, por ejemplo, como la del mismo Cristo, es más hermosa, brilla más que la de otros muchos. Esta ley es una ley de perfección del hombre. Es un camino por el que el hombre alcanza su máxima estatura. Es la perfección del amor. Perfección a la que nos llama Cristo desde la cruz. La razón que no se empecina entenderá esto. No hay mayor perfección en la humanidad que la de Cristo en la cruz. Y si no lo reconoce, los hechos dan testimonio en contra de su cerrazón. ¿Qué hechos? –Que el crucificado resucitó. Que este amor hasta el extremo ha alcanzado la vida eterna, la vida divina. Uno puede empecinarse en que el camino que hace verdaderamente humano al hombre es otro. Pero la realidad golpea con rotundidad: el único resucitado de entre los muertos es éste, que ha amado hasta el extremo. Éste, Jesús, que olvidado de sí, del gozo que se le proponía y de cualquier otro interés personal, se ha entregado voluntariamente y se ha donado a sí mismo, sin reservarse nada. Éste ha alcanzado la resurrección. Si conocéis a otro, quizá podáis seguirlo. Grandes han sido otros muchos hombres: filósofos, como Platón; reyes, como Carlos I; literatos, como Cervantes; músicos, como Mozart; o pintores, como Velázquez; científicos, como Einstein. Y tanto otros. Pero ninguno ha alcanzado un amor como el que brilla en la cruz, ninguno ha conseguido burlar la muerte.

Por tanto, no es la razón lo que se resiente y hasta se rebela ante el camino de salvación que Dios nos propone con los mandamientos. Lo que realmente se resiente es nuestra “sensibilidad”. Es ese “gusto” o ese “disgusto”, que hemos desarrollado en ciertas cosas y en ciertas acciones. Eso que nos hace decir: “No me gusta este médico”, aunque sea el único que sepa curarnos. Lo que nos hace inclinarnos por costumbres y hábitos de vida contrarias a la ley de Dios, a la ley que marca nuestra propia naturaleza, creada por el mismo Dios, no es ni nuestra naturaleza, ni nuestra razón, sino nuestra “sensibilidad” mal educada.

Es necesario que, cuando sintamos rechazo o repugnancia hacia algunas de las cosas que se contienen en estos mandatos de vida verdadera, nos demos cuenta de que no es la razón lo

que nos echa para atrás, sino nuestra sensibilidad, durante tanto tiempo acostumbrada a cosas inferiores. Pero si queremos crecer, hemos de vencer a nuestra propia sensibilidad y dejarnos guiar por la verdadera razón, que escucha a Dios y comprende lo que la conviene, sobre todo, comprende la belleza y la hermosura de un amor como el de Cristo. Que comprende el poder de un amor que lleva en sí la promesa de la vida eterna y dichosa.

La ley de Dios, la ley del amor, es como un horno donde nuestra humanidad ha de ser purificada y perfeccionada, como es purificado el oro y como es perfeccionada una vasija de barro. Doloroso le fue a Cristo, también su sensibilidad humana sentía repulsa ante la cruz (“Padre, si es posible pase de mí este cáliz”), pero la razón le atestiguaba que era preferible abandonarse en manos de su Padre y esperar de él la salvación (“Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”). El amor, la fe y la esperanza en su Padre, actos que son todos de la razón, vencieron el disgusto de su sensibilidad.

También vosotros debéis vencer vuestra propia sensibilidad para avanzar por el camino de la ley del amor.

Puede que surjan preguntas que se puedan contestar y resolver en la próxima catequesis en la que se hablará del sacramento del matrimonio.

Vamos a escuchar ahora, de nuevo, la lectura del libro del Eclesiástico:

D) Lectura y Exhortación

- Si 2

Durante la semana, estará bien que meditéis en estas palabras.

Dios se dirige a su Hijo. Debes saber si también tú quieres unírte al Hijo Único para ser considerado “hijo” y escuchar como dirigidas a ti estas palabras. Tú, que eres catecúmeno, debes renovar en ti, cada día, la voluntad de llegar a ser hijo de Dios, junto al Hijo Único. La Iglesia no va a exigir de vosotros que de repente os convirtáis en modelos intachables de vida cristiana, sin pecado, falta ni defecto alguno. Pero sí os exige que os pongáis en camino, como lo estamos todos nosotros, llamando virtud a lo que es virtud y pecado a lo que es pecado. Con deseo de vivir en la verdad, sin engañarse a sí mismo, sin excusar los propios pecados, como si no lo fuesen. Basta reconocer en la ley de Dios, el camino de la vida verdadera y tener el deseo y la voluntad de caminar progresivamente en su cumplimiento, dando gracias a Dios por las cosas que ya vivimos bien y pidiendo perdón con humildad por los pecados que aún nos esclavizan. La misma confianza hemos de tener para aceptar la ley de Dios como buena para nosotros, que para esperar su perdón por los pecados que cada día cometemos. La misma confianza en que él, misericordioso y todopoderoso, abrirá ante nosotros el mar que nos parece que no podemos atravesar.

Vayamos ya al sexto y noveno mandamiento: *Compendio del Catecismo 487-502 y 527-530*

Puede que en esta catequesis surjan algunas dudas, que se podrán contestar en la siguiente catequesis, (nº 12), dedicada al Sacramento del Matrimonio.

E) Te Deum

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Pág. 218

F) Súplicas y Padre Nuestro

G) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

H) Despedida

Como en la primera catequesis.

Catequesis 12: Sacramento de matrimonio

Introducimos aquí una catequesis sobre el sacramento del matrimonio porque hay catecúmenos a los que durante el tiempo del catecumenado (antes del rito de elección) se les invita a casarse canónicamente. Por eso se este sacramento se explica ahora y no junto a los otros que se tratarán un poco más adelante.

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 337-350

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (*RICA 113-118*). Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Catequesis

EL MATRIMONIO EN LOS DESIGNIOS DE DIOS

Toda la sagrada escritura está impregnada de los planes amorosos de Dios sobre le hombre y la mujer: nos habla del matrimonio y su “misterio”, de su institución, del sentido que dios le dio, de su origen y de su fin, de las dificultades nacidas del pecado y de su renovación “en el Señor”. Y como telón de fondo para comprender el matrimonio... la nueva alianza entre Cristo y la Iglesia

Dios mismo es el autor del matrimonio: una comunidad de vida y amor establecida sobre una alianza, un vínculo sagrado.

En la misma naturaleza del hombre y la mujer se halla inscrita su vocación al matrimonio. Así salieron de las manos de Dios, proyectados el uno hacia el otro. Y así aparece el matrimonio en las diversas culturas, a pesar de las variaciones que el correr de los tiempos haya podido sufrir.

En todas las culturas existe un cierto sentido de la grandeza de a unión matrimonial. “La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar”

Dios, que es amor y ha creado al hombre a su imagen y semejanza, lo ha creado para el amor: esa es la vocación fundamental e innata de todo ser humano. Y al haberlos creado “hombre y mujer”, el amor mutuo entre ellos se convierte en imagen del amor absoluto e indefectible con que dios ama al hombre. El amor del hombre y la mujer es bueno, muy bueno, a los ojos de Dios. Destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación: “creced y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla”

Creado el uno para el otro. Unión definitiva de sus dos vidas: “ya no son dos, sino una sola carne”

EL MATRIMONIO BAJO LA ESCLAVITUD DEL PECADO

Todo hombre, en su entorno y dentro de su corazón, vive la experiencia del mal. Esta experiencia se hace sentir también en las relaciones del hombre y de la mujer. Esta unión del hombre y la mujer está permanentemente amenazada por la discordia, el espíritu de

dominio, la infidelidad, los celos, conflictos...; todo ello de forma más o menos aguda y ciertamente superable, pero que aparece siempre como algo de carácter universal.

Según nos dice la fe, este desorden no se origina en la naturaleza del hombre y la mujer, sin en el pecado. El primer pecado, ruptura con Dios, tiene como consecuencia la ruptura de la comunión original entre el hombre y la mujer. Sus relaciones quedan distorsionadas por agravios recíprocos. Su atractivo mutuo, don del Creador, se cambia en relaciones de dominio y concupiscencia. Su hermosa vocación ser fecundos y someter la tierra queda sometida a los dolores del parto y al sudor para ganar el pan.

Sin embargo, aunque gravemente perturbado, el orden de la creación subsiste. Para sanar las heridas del pecado, el hombre y la mujer necesitan la ayuda de la gracia de Dios, que jamás se les ha negado. Sin esta ayuda, el hombre y la mujer no podrían llegar a realizar la unión de sus vidas según los designios de Dios.

A través de la historia del pueblo de Israel, Dios ha ido purificando la noción del matrimonio y restableciéndolo a su dignidad original, que el pecado había distorsionado, la alianza de Dios con los hombres la presentan los profetas bajo la imagen del amor conyugal exclusivo y fiel: y así van preparando al pueblo escogido para una comprensión más profunda de la unidad e indisolubilidad del matrimonio. Todo un libro de la Sagrada Escritura, el Cantar de los Cantares, es como la expresión única del amor humano, puro reflejo del amor de Dios, amor “más fuerte que la muerte”, que “las grandes aguas no pueden anegarlo”

EL MATRIMONIO EN EL SEÑOR

Esta alianza de Dios con el pueblo de Israel preparaba la nueva y eterna Alianza. Cuando el Hijo de Dios, Jesucristo, se encarna en el seno de María y se hace hombre y da su vida, se une en cierta manera con toda la humanidad salvada por El, preparando así lo que el Apocalipsis llama “las bodas del Cordero”. He aquí la definitiva Alianza, el auténtico matrimonio, el amor de Cristo y la Iglesia.

El amor de los esposos será una expresión privilegiada del amor de Cristo y la Iglesia. Y este amor exclusivo, total y definitivo entre Cristo y la Iglesia será el modelo del amor de los esposos, el que les manifestara las profundas exigencias de su amor mutuo y les capacitara para vivirlas en plenitud.

A este respecto es significativo que el primer milagro de Jesús se realice en el marco de unas bodas, en Cana de Galilea. La iglesia ve en ello la confirmación de la bondad y hermosura del matrimonio y el anuncio de que, en adelante, el matrimonio será un signo de la presencia de Cristo.

En su predicación, Jesús enseñará sin ambigüedad el sentido original del al unión del hombre y la mujer, unión indisoluble: “lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”

Esta insistencia inequívoca de Jesús en la indisolubilidad del matrimonio, que a nuestra naturaleza perturbada por el pecado podría parecer carga imposible de llevar, tiene el “contrapeso” de la fuerza y la gracia “sobreabundante, prometida por Dios a los esposos. Gracia que es fruto de la Cruz de Cristo, fuente de toda la vida cristiana.

Vida cristiana, que está toda ella marcada por el amor esponsal de Cristo y de la Iglesia. Ya el bautismo tiene un sentido nupcial, es como el “baño de bodas”, que precede al “banquete de bodas”, la Eucaristía. El matrimonio, verdadero sacramento, es signo eficaz de la alianza de Cristo y la Iglesia.

En esta misma perspectiva de la alianza de Cristo y la Iglesia hay que colocar el estado de virginidad. Cristo es para todos el centro. El vínculo con Cristo ocupa el primer lugar entre todos los vínculos, familiares y sociales. Desde los comienzos de la Iglesia ha habido hombre y mujeres que han renunciado al gran bien del matrimonio para seguir directamente a Cristo, para ocuparse de las cosas del Señor, para ir al encuentro del

esposo que viene. Cristo mismo invitó a algunos a seguirle en este modo de vida del que Él es modelo. La virginidad escogida “por el Reino de los Cielos” es un desarrollo de la gracia bautismal, un signo poderoso de la preeminencia del vínculo con Cristo, de la ardiente espera de su retorno, un signo que recuerda también que el matrimonio es una realidad que manifiesta el carácter pasajero del mundo. Matrimonio y virginidad son dos realidades que vienen del Señor. El les da sentido y les concede la gracia para ser vividos conforme a su voluntad. Son indispensables la estima de la virginidad y la estima del matrimonio: mutuamente se apoyan.

LA CELEBRACION DEL MATRIMONIO.

Ordinariamente se celebra dentro de la Santa Misa. La Eucaristía e la renovación del sacrificio de la cruz, en el que Cristo se entrega totalmente a la Iglesia, su Esposa. Es lógico, pues, que los esposos sellen su ofrenda mutua uniéndose a la ofrenda de Cristo por su Iglesia y reciban la Eucaristía para que “formen un solo cuerpo” en Cristo. Para que la celebración sea digna y fructuosa, es conveniente que los esposos se preparen mediante el sacramento de la penitencia.

En el matrimonio, son los mismos esposos los ministros que se confieren mutuamente el sacramento. En la celebración se pide para ellos la efusión del Espíritu Santo, que es el Señor de su Alianza, la fuente siempre generosa de su amor, la fuerza para ser fieles a su promesa.

EL CONSENTIMIENTO MATRIMONIAL

El consentimiento de un hombre y una mujer, libres para contraer matrimonio y que no obran por coacción es el elemento e indispensable que “hace” el matrimonio. Si falta este consentimiento, no hay matrimonio. Si falta la libertad no hay matrimonio. Ningún poder humano puede remplazar este consentimiento libre.

El sacerdote (o diácono) que asiste a la celebración recibe este consentimiento de los esposos en nombre de la Iglesia y les da la bendición de la Iglesia. Esta presencia del ministro (y de los testigos) expresa visiblemente que el matrimonio es una unidad eclesial. Por eso el matrimonio entre cristianos requiere esta forma eclesiástica: porque es un acto litúrgico, un sacramento; un acto que crea derechos y deberes entre los esposos y con los hijos; porque el matrimonio es un estado de vida en la Iglesia es preciso que exista certeza sobre él (por eso los testigos). Este mismo carácter público protege “EL SI” dado una vez y ayuda a permanecer fieles a él.

Para que este SI de los esposos sea libre y responsable, para que la alianza matrimonial tenga fundamentos humanos y cristianos, sólidos y estables, es de primera importancia la preparación para el matrimonio. La principal preparación será siempre el ejemplo recibido de los padres y familias cristianas. Indispensable también, hoy más que nunca, el de los pastores y de la comunidad cristiana como “familia de Dios” para la transmisión de los valores del matrimonio y de la familia.

Los jóvenes deben ser instruidos adecuadamente sobre la dignidad, tareas y ejercicio del amor conyugal, sobre todo en el seno de la propia familia, para que, educados en el cultivo de la castidad puedan a la edad conveniente, pasar de un noviazgo vivido honestamente al matrimonio.

LOS EFECTOS DEL SACARMENTEO DEL MATRIMONIO

El matrimonio válido origina entre los esposos un vínculo perpetuo y exclusivo y fortalece a los cónyuges con una gracia peculiar para cumplir sus deberes y vivir según la dignidad de su estado.

EL VÍNCULO

Su consentimiento ha sido sellado por el mismo Dios: y así nace una institución divina y estable, también ante la sociedad. La alianza de los esposos ha sido integrada en la alianza de Dios con los hombres. Por eso el vínculo originado por el matrimonio celebrado y consumado entre cristianos no puede ser disuelto jamás. Es una realidad irrevocable, garantizada por la fidelidad de Dios. La Iglesia no tiene poder para pronunciarse contra esta disposición de la sabiduría divina.

LA GRACIA

Los esposos reciben en el sacramento del matrimonio una gracia especial destinada a perfeccionar su amor conyugal, a fortalecer su unidad indisoluble, a ayudarse mutuamente a la propia santificación y a la acogida y educación de los hijos. Cristo es la fuente de esta gracia. Él es quien sale al encuentro de los esposos cristianos, permanece con ellos, les da fuerza para tomar la cruz y seguirle, para levantarse después de las caídas, para perdonarse mutuamente y llevar los unos las cargas de los otros, para amarse con un amor sobrenatural, delicado y fecundo. Cristo hace que los esposos gusten anticipadamente las alegrías del cielo, mediante las alegrías del amor y la vida familiar.

LAS EXIGENCIAS DEL AMOR CONYUGAL

El amor entre los esposos es un amor total. En él entran los elementos de la persona: reclamo del cuerpo y del instinto, la fuerza del sentimiento y la afectividad, la aspiración del espíritu y la voluntad. Su unidad va más allá de la unión de una sola carne, conduce a no tener más que un corazón y un alma. Es un amor indisoluble, un amor fiel, un amor abierto a la fecundidad.

INDISOLUBLE

La unidad del matrimonio viene exigida por la igual dignidad personal de la mujer y el varón. La poligamia es contraria a esta igual dignidad y al amor conyugal que es único y exclusivo. Los esposos están llamados a crecer continuamente en esta comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa que se hicieron de entrega total. La comunión en Jesucristo, dada por el sacramento del matrimonio, confirma, purifica y perfecciona esta comunión personal de los esposos, que se ve profundizada por la fe común y por la Eucaristía recibida en comunión.

FIEL

El amor conyugal exige una fidelidad inviolable. El amor tiende por sí mismo a ser algo definitivo, no algo pasajero. Es una consecuencia del don de sí mismos que se hacen mutuamente los esposos. El motivo más profundo de esta fidelidad está en la fidelidad de Dios a su alianza, en la fidelidad de Cristo a la Iglesia. Por este sacramento los esposos son capacitados para testimoniar esta fidelidad. Puede parecer difícil, incluso imposible, atarse a un ser humano para toda la vida. Pero Dios, que nos ama con un amor definitivo, irrevocable, da a los esposos una participación de este amor, que les conforta y les mantiene en esta fidelidad y la proclaman ante el mundo. Toda la Iglesia agradece a los esposos cristianos el ser testigos de la fidelidad de Dios.

ABIERTO A LA FECUNDIDAD

El amor conyugal está ordenado por su misma naturaleza a la procreación y educación de los hijos. Estos son el don más excelente del matrimonio y contribuyen al bien de sus mismos padres. Los esposos cristianos están dispuestos con fortaleza de ánimo a colaborar con Dios Creador y Salvador, que por medio de ellos aumenta y enriquece su propia familia cada día más. El fruto de la fecundidad de esos padres no es solo la vida

física, sino también moral, espiritual y sobrenatural. Ellos son los primeros y principales educadores de sus hijos. En este sentido, la tarea fundamental del matrimonio es estar al servicio de la vida. Esta fecundidad de caridad, acogida, y sacrificio, la pueden irradiar también los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos. Por eso su vida conyugal continúa siendo plena de sentido y fecunda, humana y cristianamente.

LA IGLESIA DOMÉSTICA

Cristo quiso nacer en el seno de una familia, la SAGRADA FAMILIA DE NAZARET. La Iglesia no es otra cosa que “la familia de Dios”. En los orígenes del cristianismo el núcleo de la Iglesia estaba formado por aquellos que habían creído “con toda su casa” y deseaban la salvación “para toda la casa”. Estas familias eran como islotes de vida cristiana en un mundo no creyente. También hoy, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes son como faros de esa fe viva e irradiadora. Por eso en Vaticano II les llama “Iglesia doméstica”.

En esta familia, “Iglesia doméstica”, los padres, con su palabra y ejemplo, son para sus hijos los primeros anunciadores de la fe, y debe fomentar la vocación personal de cada uno de sus hijos, y con especial cuidado la vocación a la vida consagrada.

En esta familia de bautizados, todos y cada uno, padres e hijos, ejercitan el sacerdocio común en la recepción de los sacramentos, en la oración, con el testimonio de una vida santa, con el espíritu de renuncia que se traduce en obras.

Este hogar es la primera escuela de vida cristiana y del más rico humanismo. Aquí se aprende la paciencia, el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, e incluso reiterado y, sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de su vida. También las personas que, por diversas circunstancias, han permanecido solteras se encuentran particularmente cercanas al corazón de Jesús y merecen afecto y solicitud por parte de la iglesia y sus pastores. Algunas de ellas viven su situación según el espíritu de las bienaventuranzas, sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. Para ella deben estar abiertas las puertas de los hogares “Iglesias domésticas” y las puertas de la Iglesia la gran familia de Dios, casa y familia de todos, especialmente de los que se sienten “fatigados y agobiados”.

D) Lectura y exhortación

-Mt 19, 3-11

Vemos aquí la remisión que Jesús hace al principio, a cómo y con qué sentido ha hecho Dios las cosas. Desde el principio pesó Dios en la unidad indisoluble entre el hombre y la mujer.

-Gn 2,24

En este texto del Génesis, observamos las dos propiedades esenciales del matrimonio, a saber, la unidad e indisolubilidad.

-Ef 5,22-32

Gran misterio es éste, dice San Pablo, hablando de la unión sponsal del hombre y la mujer, al mismo tiempo que lo refiere a la unión de Cristo con la Iglesia, unión donde el matrimonio encuentra su fuente y fundamento

E) **Súplicas y Padre Nuestro**

F) **Bendición y despedida**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

G) **Salve Regina**

*Hoy introducimos otra oración nueva.
Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.*

Catequesis 13: Vocación a ser “hijos” (V) (Mandamiento 7º)

Lo dedicamos al séptimo mandamiento.
Compendio del Catecismo, 503- 520 y 411-414.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual
(RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Catequesis

Hoy vamos a centrar la catequesis en el séptimo mandamiento: “no robarás”. Es un mandamiento muy importante, porque él define la relación que un hombre ha de tener con los bienes de la creación, dentro de la comunidad humana. Nos relacionamos con las cosas, pero no como individuos aislados, sino en el ámbito de la familia, de los amigos y de toda la gente que tenemos alrededor... La relación que establecemos con las cosas implica a los “otros”, a la sociedad”. A todos los otros individuos los recogemos bajo el concepto de “prójimo”. Pues bien, la relación que establecemos con los bienes de la creación implica siempre a nuestro prójimo, todos son afectados por la relación que nosotros establecemos con las cosas. Y si hemos recibido el mandato del amor al prójimo y nuestra relación con las cosas de la creación les afecta hemos de prestar atención a este hecho. No sea que, de una forma u otra “robemos a nuestro prójimo”, desobedeciendo así el mandato del amor.

Lo primero que hemos de entender es esta relación nuestra con el prójimo. Y para ello hemos de atender al ser de Dios. ¿Qué es Dios? ¿Es un individuo solitario? –No, es Comunión de personas. Dios es amor. El amor hace que las tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, sean una verdadera unidad, Un solo Dios. Dios es una comunión de personas, Dios es amor.

¿Y nosotros qué somos? Somos personas, individuales y libres, cada uno de nosotros es responsable de sí mismo y ha de responder de sus propias acciones. Pero tampoco somos individuos aislados. Vayamos primero a nuestro origen. Tenemos nuestro origen en Dios, como todas las cosas creadas. Pero a nosotros Dios nos hizo a su imagen. Esto significa que nos hizo libres, capaces para el amor, capaces para amar y ser amados. ¿Y para qué nos hizo así? –Para que pudiésemos conocer el amor de Dios y libremente, porque no puede ser de otro modo, responder a su amor con el nuestro y llegar a participar de la vida de amor de las personas trinitarias. Para esto el Hijo de Dios se hizo hombre, para “tomarnos” a nosotros y unirnos a él, de tal forma que unidos a Él, el Hijo Único, por la fe y el bautismo, podamos participar de su ser de Hijo y llegar al seno de Dios. Es decir que nuestro origen es la comunión de las personas

divinas y nuestro destino es también la comunión de estas personas divinas. Por eso somos un ser “social”. Ciertamente que somos individuos, pero no aislados, sino “sociales”. Y necesitamos de las diversas relaciones con los otros para sobrevivir, para aprender a amar, para conocer a Dios y para llegar hasta él.

Vayamos a otro punto fundamental. Hemos dicho qué es Dios y también qué somos nosotros. Ahora, ¿Qué son las cosas creadas? Todo lo creado, ha sido creado para nosotros. El hombre es el único ser que Dios ha creado por sí mismo. Todos los demás seres han sido creados para el hombre. Todo absolutamente todo. Todo para nuestra utilidad, todo para nuestro disfrute, todo para nuestro bien material y espiritual. No sólo para nuestro bien y utilidad material, para alimento o vestido; no sólo para disfrute de nuestra sensibilidad o de nuestra inteligencia, como la belleza o el orden del cosmos; sino también para utilidad y bien de nuestra alma, porque todo lo creado, con su utilidad, con su belleza, con su orden... nos habla de la grandeza y del poder de Dios, de su amor y cuidado por nosotros.

Ahora bien, hay que advertir dos cosas: primero, que Dios creó todo bueno. Todo es bueno en la creación de Dios. Pero no sólo es bueno porque lo sea para nosotros, porque de una u otra forma nos sirva a nosotros. Todo lo que Dios creó es bueno en sí mismo, porque, de una u otra forma participa del ser de Dios. Y eso significa que aunque podemos disponer de toda la creación para nuestro bien y disfrute, no podemos disponer de ella a capricho nuestro, es decir, que hemos de usarla y, al tiempo, respetarla, preservarla, cuidarla... La segunda cosa, es que aunque todo lo ha creado para bien y disfrute del hombre, lo ha hecho para bien y disfrute de “todos” los hombres, para que todos los hombres puedan disfrutar de los bienes de la creación y así encuentren bienestar y puedan reconocer el amor de Dios. Todo ha sido creado por Dios para el bien del hombre, de todos los hombres. Es lo que la doctrina católica llama “el destino universal de los bienes”.

Volvamos un momento al hombre para comentar otros dos aspectos fundamentales. El primero: si hemos dicho que todo ha sido creado en función del hombre y para su bien, resulta que para cada hombre el mayor bien de la creación se encuentra en los otros hombres. Padre, madre, amigos, esposo, esposa, hijos, conciudadanos... se convierten cada uno en su lugar y en su momento en el mayor bien de los creados por Dios para el hombre. Sin embargo, el hombre no puede relacionarse con los otros hombres igual que se relaciona con los otros seres creados, porque no son cosas creadas para su uso y disfrute, sino que cada hombre ha sido querido y amado por Dios por sí mismo para que llegue a participar de su amor. Así pues, hay una esencial solidaridad de origen y de destino de todos los hombres. Este hecho y que todo haya sido creado para todos significa que hemos de preocuparnos por el bien espiritual y material de todos los hombres, creados por el mismo Dios y destinados a la misma vida divina. Pero al tiempo, ni el destino universal de los bienes ni la esencial solidaridad que se da en el origen y en el destino para el que Dios nos crea a todos, no debe hacernos olvidar que Dios nos ha creado a todos libres y, por tanto, responsables de nuestros actos. Todos nuestros actos, y nuestra misma forma de afrontar la vida, tienen consecuencias reales, tanto materiales como espirituales. Así cada hombre se hace meritorio de una u otra vida, de alcanzar o no unos determinados bienes materiales y espirituales. Es lógico que el hombre que sea vago no pueda disfrutar de los mismos bienes que el que se afana por progresar en el trabajo. Igual que es normal que el hombre que se desvive por sus amigos, tenga quien le ayude cuando pase dificultades, mientras que el hombre huraño, termine sólo sus días.

Así pues, el disfrute de los bienes de la creación ha de estar regulado por estos principios: la esencial solidaridad de todos los hombres, en su origen creado, en su vocación y en la dependencia mutua que existe para poder alcanzar este fin; el destino universal de los bienes; el

respeto a la creación; y el mérito o demérito personal o comunitario.

D) Lectura y Exhortación

Gn 2, 18-24

El hombre pone nombre a todo. Esto indica que Dios lo ha puesto todo a su disposición. Se indica el fin “comunitario” del hombre: “no está bien que el hombre esté solo”.

En Eva reconoce un bien de otra índole: “esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. Pero este es un bien del que no puede “disponer”; justamente por eso es “hueso de mis huesos y carne de mi carne”, porque sexualmente es complementaria a mí y porque, igual que yo, es libre: capaz de mi amor y capaz de amarme.

Vayamos ya al séptimo mandamiento: ***Compendio de la Iglesia Católica 503-520 y 411-414***

La libertad individual y la solidaridad fundamental son como dos aspectos de la realidad humana que se compensan y se equilibran mutuamente. Estos dos aspectos de la realidad humana son el fundamento de dos principios que deben regir las relaciones sociales (matrimonio, familia, amigos, nación...) Esos principios son la **justicia** y la **caridad**. La libertad individual da cabida al principio de la justicia, por el cual se da a cada uno lo que se merece. El hombre ha de obrar con justicia. Pero la igual dignidad, el origen común y la idéntica vocación hace que el principio de la justicia deba ser moldeado y guiado por el de la caridad, que es superior. Y la caridad es un principio de valoración, de afecto, de donación y de atención “gratuita”. Esta ley de la Caridad está inscrita en la creación, en las relaciones del matrimonio, de los padres y los hijos, de los amigos y también de la sociedad en general. Pero el Verbo encarnado ha hecho brillar la caridad en su máxima realización, al olvidarse de sí para afirmar a cada hombre. En la cruz Cristo se ha olvidado por completo de sí para afirmar a cada hombre. Y este gesto no está llevado por lo que los hombres merecían (justicia), sino por el puro amor gratuito. El olvido de sí le ha llevado a identificarse con cada hombre: ha hecho del bien de cada hombre su propio bien.

Así se entienden sus palabras:

Mt 25,31-46

La justicia, pues, ha de ser guiada y gobernada por el amor de Cristo a cada hombre. Porque este amor a cada hombre, con el que Cristo se ha identificado, se convierte en criterio de comunión o de separación definitiva de él.



San Martín de Tours. Nació en el 316. Murió en el 397. Siendo militar y también catecúmeno, encuentra un mendigo helado por el frío. No tiene nada que darle, así que divide su capa en dos con la espada y le da una mitad. Esa noche, en sueños, ve a Cristo abrigado con su capa. Enseguida se hace bautizar y se despide del ejército. Aquí empezará una vida de servicio a Cristo.

E) Súplicas y Padre Nuestro

F) Bendición y despedida

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

G) Salve Regina

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 14:

Vocación a ser “hijos” (VI)

(Mandamientos 8ª y 10ª).

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

C) Catequesis

Seguimos con la lectura y explicación del *Compendio del Catecismo (nº 521-526 y 531-533)*

El último número leído del Compendio, el número 533, nos debe servir para volver la atención del corazón a Aquel a quien debe dirigirse: a Dios. Frente a los “bienes ajenos”, bienes sólo aparentes, que no nos corresponden, nosotros tenemos un bien, que es un “Bien Propio”, y que no es otro que el mismo Dios, para el que hemos sido creados. Y los mandamientos son una guía para alcanzar este bien que nos es propio, el único bien en el que nuestra alma puede descansar. Por eso, aunque este mandamiento pertenece a la “segunda tabla”, según la división de san Agustín, es decir, se refiere al amor debido al prójimo, vuelve a remitirnos al primer mandamiento, que manda amar a Dios sobre todas las cosas.

A este bien nuestro, el bien que nos es propio, no sólo tiende nuestro deseo más profundo, si no lo ahogamos, no sólo es algo lejano que es difícil alcanzar después de una vida esforzada en el cumplimiento de los mandamientos. No, este bien, se ha hecho absolutamente cercano: se hecho hombre para andar con nosotros el camino, para empujarnos, para tirar de nosotros. Este bien es Cristo. Pero ciertamente nosotros hemos de reconocerlo, adherirnos a él y caminar con él.

D) Lectura y Exhortación

-Mt 19,16-22



E) Súplicas y Padre Nuestro

F) Bendición y despedida

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

H) Salve Regina

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 15:

Creador del cielo y de la tierra

A: Todo ha sido creado por Dios

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Esta catequesis tiene un fuerte contenido doctrinal. Y para no hacerla excesivamente larga no habrá propiamente Liturgia de la Palabra. Por eso, aunque se empiece con la Señal de la Cruz y con la invocación al Espíritu Santo, no lo haremos con la solemnidad propia de la Liturgia, aunque sí haremos los exorcismos menores y las bendiciones. *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (*RICA 113-118*). Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 50 al 55 del 59 al 65

C) Catequesis

Centramos la catequesis del último día en explicar cómo a través de los hechos de la Historia Dios revela a su pueblo que él es el Creador de todo lo que existe. Y vimos el contexto histórico y espiritual en que surge con más claridad la fe creacionista.

Pero, dada la importancia que tiene la comprensión de este tema de la creación de Dios, en esta catequesis y en la siguiente nos vamos a centrar no ya en cómo aflora la confesión de Dios como creador de todo, sino en el contenido de esa confesión. En todo lo que implica esa confesión.

Y para ello vamos a seguir la explicación que da el *Catecismo de la Iglesia Católica*.

279 "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,1). Con estas palabras solemnes comienza la Sagrada Escritura. El Símbolo de la fe las recoge confesando a Dios Padre Todopoderoso como "el Creador del cielo y de la tierra", "del universo visible e invisible". Hablaremos, pues, primero del Creador, luego de su creación, finalmente de la caída del pecado de la que Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a levantarnos.

280 La creación es el fundamento de "todos los designios salvíficos de Dios", "el comienzo de la historia de la salvación" (DCG 51), que culmina en Cristo. Inversamente, el Misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el Misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, "al principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,1): desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rom 8,18-23).

Cf. *Compendio* n° 50 y 51.

 LA CREACIÓN: obra de la Santísima Trinidad

- 290** "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra": tres cosas se afirman en estas primeras palabras de la Escritura: el Dios eterno ha dado principio a todo lo que existe fuera de él. Él solo es creador (el verbo "crear" -en hebreo "bara"-tiene siempre por sujeto a Dios). La totalidad de lo que existe (expresada por la fórmula "el cielo y la tierra") depende de aquel que le da el ser.
- 291** "En el principio existía el Verbo... y el Verbo era Dios...Todo fue hecho por él y sin él nada ha sido hecho" (Jn 1,1-3). El Nuevo Testamento revela que Dios creó todo por el Verbo Eterno, su Hijo amado. "En el fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra...todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia" (Col 1, 16-17). La fe de la Iglesia afirma también la acción creadora del Espíritu Santo: él es el "dador de vida" (Símbolo de Nicea-Constantinopla), "el Espíritu Creador" ("Veni, Creator Spiritus"), la "Fuente de todo bien" (Liturgia bizantina, tropario de vísperas de Pentecostés).

Cf. *Compendio* n° 52 al 55

EL CIELO Y LA TIERRA

- 325** El Símbolo de los Apóstoles profesa que Dios es "el Creador del cielo y de la tierra", y el Símbolo de Nicea-Constantinopla explicita: "...de todo lo visible y lo invisible".
- 326** En la Sagrada Escritura, la expresión "cielo y tierra" significa: todo lo que existe, la creación entera. Indica también el vínculo que, en el interior de la creación, a la vez une y distingue cielo y tierra: "La tierra", es el mundo de los hombres (cf Sal 115, 16). "El cielo" o "los cielos" puede designar el firmamento (cf Sal 19, 2), pero también el "lugar" propio de Dios: "nuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5, 16; cf Sal 115, 16), y por consiguiente también el "cielo", que es la gloria escatológica. Finalmente, la palabra "cielo" indica el "lugar" de las criaturas espirituales -los ángeles - que rodean a Dios.
- 327** La profesión de fe del IV Concilio de Letrán afirma que Dios, "al comienzo del tiempo, creó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana; luego, la criatura humana, que participa de las dos realidades, pues está compuesta de espíritu y de cuerpo" (DS 800; cf DS 3002 y SPF 8).

Cf. *Compendio* n° 59, 60 y 61.

- 337** Dios mismo es quien ha creado el mundo visible en toda su riqueza, su diversidad y su orden. La Escritura presenta la obra del Creador simbólicamente como una secuencia de seis días "de trabajo" divino que terminan en el "reposo" del día séptimo (Gn 1, 1-2,4). El texto sagrado enseña, a propósito de la creación, verdades reveladas por Dios para nuestra salvación (cf DV 11) que permiten "conocer la naturaleza íntima de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la alabanza divina" (LG 36).
- 338** Nada existe que no deba su existencia a Dios creador. El mundo comenzó cuando fue sacado de la nada por la palabra de Dios; todos los seres existentes, toda la naturaleza, toda la historia humana están enraizados en este acontecimiento primordial: es el origen gracias al cual el mundo es constituido, y el tiempo ha comenzado (cf S. Agustín, Gen. Man. 1, 2, 4).
- 339** Toda criatura posee su bondad y su perfección propias. Para cada una de las obras de los "seis días" se dice: "Y vio Dios que era bueno". "Por la condición misma de la creación, todas

las cosas están dotadas de firmeza, verdad y bondad propias y de un orden" (GS 36, 2). Las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad Infinitas de Dios. Por esto, el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas, que desprece al Creador y acarree consecuencias nefastas para los hombres y para su ambiente.

- 340** La interdependencia de las criaturas es querida por Dios. El sol y la luna, el cedro y la florecilla, el águila y el gorrión: las innumerables diversidades y desigualdades significan que ninguna criatura se basta a sí misma, que no existen sino en dependencia unas de otras, para complementarse y servirse mutuamente.
- 341** La belleza del universo: el orden y la armonía del mundo creado derivan de la diversidad de los seres y de las relaciones que entre ellos existen. El hombre las descubre progresivamente como leyes de la naturaleza que causan la admiración de los sabios. La belleza de la creación refleja la Infinita belleza del Creador. Debe inspirar el respeto y la sumisión de la inteligencia del hombre y de su voluntad.
- 342** La jerarquía de las criaturas está expresada por el orden de los "seis días", que va de lo menos perfecto a lo más perfecto. Dios ama todas sus criaturas (cf Sal 145, 9), cuida de cada una, incluso de los pajarillos. Pero Jesús dice: "Vosotros valéis más que muchos pajarillos" (Lc 12, 6-7), o también: "¡Cuánto más vale un hombre que una oveja!" (Mt 12, 12).
- 343** El hombre es la cumbre de la obra de la creación. El relato inspirado lo expresa distinguiendo netamente la creación del hombre y la de las otras criaturas (cf Gn 1, 26).
- 344** Existe una solidaridad entre todas las criaturas por el hecho de que todas tienen el mismo Creador, y que todas están ordenadas a su gloria:

Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano Sol,
que alumbrá, y abre el día, y es bello en su esplendor
y lleva por los cielos noticia de su autor.

Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!

Y por la hermana tierra que es toda bendición,
la hermana madre tierra, que da en toda ocasión
las hierbas y los frutos y flores de color,
y nos sustenta y rige: ¡loado mi Señor!

Servidle con ternura y humilde corazón,
agradeced sus dones, cantad su creación.
Las criaturas todas, load a mi Señor. Amén.

(S. Francisco de Asís, Cántico de las criaturas.)

- 345** El Sabbat, culminación de la obra de los "seis días". El texto sagrado dice que "Dios concluyó en el séptimo día la obra que había hecho" y que así "el cielo y la tierra fueron acabados"; Dios, en el séptimo día, "descansó", santificó y bendijo este día (Gn 2, 1-3). Estas palabras inspiradas son ricas en enseñanzas salvíficas:
- 346** En la creación Dios puso un fundamento y unas leyes que permanecen estables (cf Hb 4, 3-4), en los cuales el creyente podrá apoyarse con confianza, y que son para él el signo y garantía de la fidelidad inquebrantable de la Alianza de Dios (cf Jr 31, 35-37, 33, 19-26). Por

su parte el hombre deberá permanecer fiel a este fundamento y respetar las leyes que el Creador ha inscrito en la creación.

- 347** La creación está hecha con miras al Sabbat y, por tanto, al culto y a la adoración de Dios. El culto está inscrito en el orden de la creación (cf Gn 1, 14). "Operi Dei nihil praeponatur" ("Nada se anteponga a la dedicación a Dios"), dice la regla de S. Benito, indicando así el recto orden de las preocupaciones humanas.
- 348** El Sabbat pertenece al corazón de la ley de Israel. Guardar los mandamientos es corresponder a la sabiduría y a la voluntad de Dios, expresadas en su obra de creación.
- 349** El octavo día. Pero para nosotros ha surgido un nuevo día: el día de la Resurrección de Cristo. El séptimo día acaba la primera creación. Y el octavo día comienza la nueva creación. Así, la obra de la creación culmina en una obra todavía más grande: la Redención. La primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación en Cristo, cuyo esplendor sobrepasa el de la primera (cf MR, vigilia pascual 24, oración después de la primera lectura).

Cf. *Compendio* n^o 62, 63, 64 y 65.

Hoy hemos expuesto lo que significa que la Iglesia, y nosotros en ella, confesemos a Dios Creador. Concretamente hemos expuesto que significa la concepción de la creación, quién es el que crea y qué es lo que crea. Aunque sobre este último punto nos falta por exponer una de las obras de la creación: el hombre, de lo que trataremos ya el próximo día.

Pero antes de pasar a rezar el Te Deum leeremos el primer relato de la creación, que recibió su forma final en el momento del exilio de Israel en Babilonia, y subrayaremos algunos elementos ya aludidos en la lectura y explicación de los números del Catecismo.

-Gn 1,1 – 2,4

De este primer relato de la creación, subrayamos lo siguiente:

- a) La primera afirmación que subyace a todo el relato es que sólo existe un Dios. Y todo lo que existe proviene de él. Ni el sol, ni la luna ni los astros son dioses. Ellos han sido creadas por el único Dios para dar luz y servir al hombre en el cálculo del tiempo y en el orden de las estaciones.
- b) Todo tiene pues un sólo principio. No hay una realidad buena proveniente de un principio bueno y otra realidad mala, proveniente de un principio malo. No, no hay nada malo en las obras de la naturaleza, porque toda ella proviene del Único Dios Bueno. Y él todo lo ha hecho bueno. Podemos confiar, por tanto en la naturaleza dada por Dios, en las leyes internas que la rigen, en que la vida que se abre ante nosotros es positiva, que es positiva la vida que se abre a los ojos de nuestros hijos...
- c) Que por lo mismo, el mundo y el hombre, su historia y su vida, no son el producto sin sentido y sin dirección del azar. Es decir no somos el resultado de una ciega evolución de una materia o de una energía eternas, como si fuesen paralelas a la existencia de Dios, o rivales suyas o, en realidad, la única cosa que existía y que existe. No, todo, también la materia, también la energía... todo tiene como único principio a Dios. Antes del acto creador de Dios no existía nada: ni materia, ni energía, ni tiempo, ni espacio, ni espíritus... Dios crea de la nada. Y lo que crea es algo distinto de él mismo.

- d) Que las obras de la creación, la naturaleza, los ángeles y nosotros mismos no somos tampoco el producto de una necesidad también ciega. Es decir la naturaleza, con sus leyes intrínsecas, no es eterna, no es Dios. Si el verdadero dios fuese esta naturaleza en la que vivimos, con sus leyes físicas y biológicas, con las leyes que marcan la evolución y la supervivencia o desaparición de las especies, entonces esta naturaleza sería eterna, pero no siendo un ser personal, no podría dar dirección a la vida que ha producido movida por sus propias leyes. Si eso fuese así estaríamos como arrojados, como condenados a la existencia, pero sin un fin, sin una meta de plenitud. Seríamos tan solo un elemento insignificante en el engranaje inmenso de una Naturaleza que sería una especie de Dios impersonal, un dios sin rostro que se extiende y que cambia a lo largo del espacio y del tiempo. No, el mundo y el hombre tienen como origen la voluntad y el querer de Dios. Todo existe por que Dios ha querido que existiésemos y si eso es así es porque él tiene un plan. Ese plan, como hemos dicho se descubre en Cristo.
- e) Sólo una de las obras de la creación ha sido puesta en la existencia con una dignidad superior e inviolable: el hombre. En el texto la expresión: “Y dijo Dios: que existan... que existan... que bullan... ”; cuando llega el momento de la creación del hombre, deja paso, y sólo esta única vez a: “Y entonces dijo Dios: “hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra... Y creó Dios el hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó”
- f) Por ultimo diremos que toda esta creación, que tiene como centro al hombre, imagen de Dios, tiene una dirección y un fin: la adoración de Dios. La creación y la existencia creada es el lugar apropiado para que el hombre descubra a Dios y tienda hacia él en un movimiento de adoración. Que es un doble movimiento, el del reconocimiento de que él es el creador y el único Dios, por tanto de obediencia a la verdad que él manifiesta en la creación. Segundo, el de la alabanza, la acción de gracias y el amor a quién todo lo ha hecho bien, y a quien conduce su obra a su plenitud. Esos son los dos significados que la palabra ofrece en el sentido más literal en griego y en latín respectivamente. En griego, proskynesis “*significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir*” En latín, ad-oratio significa “*contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor*”¹⁶.

Que toda la creación tiende a la adoración de Dios es lo que se deja ver en el hecho de que Dios realice su obra creadora en seis días, que afirme que todo era bueno y que dedique el día séptimo al descanso. Este descanso es el tiempo del reconocimiento de Dios, de la adoración al creador y dador de vida.

La verdad de lo que realmente ha de ser esta adoración y culto a Dios se pondrá de manifiesto con Jesucristo. En él se muestra que Dios ha creado el mundo para hacerse hombre y para ofrecernos y darnos su amor, invitándonos a nosotros a responder con amor y a entrar así en un diálogo amoroso que es la vida misma de Dios. Pues bien, Cristo, “**habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los ha amado hasta el extremo**” (Jn 13,1), en la cruz, entregando su vida para recuperarla de nuevo en el día de la resurrección. Este es el día primero de la nueva creación. El día de culto para el nuevo pueblo de Dios y el centro de este día no es sino la celebración de la muerte y resurrección de Jesucristo, es decir de la Eucaristía. En ella, el mismo Cristo, muerto y resucitado se nos da por amor y nos pide que lo acojamos por amor.

¹⁶ Benedicto XVI. Homilía en la XX Jornada Mundial de la Juventud (Colonia - Explanada de Marienfeld). Domingo 21 de agosto de 2005

Por eso el domingo es el centro de la vida cristiana. Y la celebración de la Eucaristía es el centro del domingo. Aquí la adoración a Dios se convierte en reconocimiento de que el amor es la ley suprema que gobierna el mundo, desde sus orígenes hasta que llegue a su consumación y que conforme a esa ley hemos de gobernar nuestra propia vida en el uso responsable de la libertad que se nos ha concedido. Y sobre todo, la adoración se convierte, con la comunión eucarística, en pacto y unión de amor con el Verbo, que nos creó, y que se hizo hombre por nosotros.

Así el domingo cristiano recuerda que la vida del hombre tiene un sólo fin: alcanzar la vida de Dios, que se inicia aquí con la comunión de su cuerpo y de su sangre. Y que a ese fin ha de ordenar libre y responsablemente toda su vida. El culto a Dios es principio de vida moral, vida moral regida por la ley de verdad con que Dios creó y con que Dios amó.

D) **Súplicas y Padre Nuestro**

E) **Bendición y despedida**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

F) **Salve Regina**

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 16:

Creador del cielo y de la tierra

B: La creación del hombre

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 66-72

C) Catequesis

El último día leíamos el primer relato de la creación. Aparecía allí una expresión que se ha hecho fundamental en la comprensión del misterio del hombre: **“Hagamos al hombre a nuestra imagen”**.

Primero hemos de caer en la cuenta de que el hombre es un misterio para sí mismo. Mucho más desconocido que las leyes que rigen el universo, más desconocido que las selvas espesas, más que las simas del océano, más que el universo, más desconocido aún permanece el hombre para sí mismo, a pesar de que es objeto inmediato de su experiencia cotidiana.

No es fácil responder a la pregunta de qué es el hombre. Y es que el mismo hombre, cuando se observa a sí mismo encuentra tal cúmulo de paradojas, de complejidades, de riquezas y de miserias que no llega a entenderse a sí mismo.

Por un lado es un ser débil en su constitución corporal. Muchos animales son más poderosos, más fuertes, más ágiles, que él. Por otro lado su inteligencia prodigiosa lo hace dominador de todos los demás.

Por un lado, el hombre es un ser limitado, el límite forma parte de la experiencia cotidiana: no puede hacer todo lo que quisiera, sufre, enferma, muere. Sin embargo su espíritu tiende y busca lo que está más allá de toda limitación y de toda precariedad. En su pequeñez, en su insignificancia y en su límite, el hombre experimenta el deseo de permanecer más allá del límite de la muerte y de abarcarlo todo y de extender su espíritu en el infinito y en la eternidad.

Y sobre todo, el hombre se experimenta a sí mismo como un ser dotado para el amor. Pero paradójicamente posee una capacidad de amar limitada, al tiempo que la capacidad, más aún, la necesidad, de un amor infinito, eterno y perfecto.

Por eso, a lo largo de la historia de la humanidad ha permanecido y permanece la pregunta, siempre abordada de nuevo: ¿Qué es el hombre?

Además esta pregunta afecta a cada uno, porque no se trata sólo de formular una definición exhaustiva o de hacer una descripción exacta de lo que es la naturaleza humana, sino de saber quién es uno y de entenderse a sí mismo. Y es que cada hombre se sabe único. Cada hombre se sabe único. No es simplemente un individuo en el que la naturaleza humana se repite. Tiene conciencia de sí mismo.

Por eso cada uno de nosotros se pregunta antes o después no ya qué es el hombre, sino quién es él, y cuál es su origen, y qué quiere hacer con su vida y qué puede hacer con ella de hecho, hacia dónde encamina sus pasos y cuál es su fin. Y no hay nadie que en la práctica no responda a esta pregunta, porque la vida nos obliga a elegir, a tomar decisiones, a actuar. Y actuar sin criterio, sin saber dónde se dirige uno, ya es una forma de responder. En la vida práctica y real siempre hay una respuesta, aunque no se haya pensado. Y como la vida no se para, no podemos decir: responderé más adelante. La vida avanza y no responder es ya una respuesta que queda dada, con todas sus consecuencias.

El hombre es una tarea para sí mismo, no es un ser programado, como vemos que son los animales. El hombre se ve obligado a hacer uso de su libertad.

Pues bien, al confesar que Dios es el creador de todo y el creador también del hombre, que es nuestro creador estamos ya respondiendo al misterio de nuestro propio ser. Entender nuestro origen y nuestro fin es fundamental para entendernos. Y Dios ha hecho luz sobre ambas cosas por medio de su Palabra. La Palabra de Dios ha iluminado con su revelación nuestro origen al informarnos de que hemos sido creados a su imagen. Pero sobre todo nos ha mostrado la verdad de nosotros mismos al hacerse hombre. Cuando contemplamos a la Palabra que se ha hecho carne, cuando lo vemos en los misterios de su vida en la tierra, en su pasión y muerte y en su resurrección, contemplamos la verdad de lo que somos, y cuál es nuestro fin, el destino para el que hemos sido creados.

Vayamos por partes.

Hoy vamos a intentar aclarar lo que significa la afirmación fundamental que a propósito de la creación del hombre escuchábamos el último día al leer el relato de Génesis 1, 27: **“Creó Dios al hombre a imagen suya”**.

Pero lo haremos, comentando el segundo relato de la creación, el que encontramos en

Génesis 2, 4-25

En nuestra exposición no vamos a examinar cada palabra y cada expresión, sino que nos centraremos en lo más importante. Tampoco agotaremos todos los significados e implicaciones que se contienen en las expresiones escogidas, sólo abordaremos las cuestiones más decisivas¹⁷.

1. De la tierra

Que el hombre haya sido formado de la tierra es la indicación de su origen humilde. No es un dios, más bien comparte con el resto del Universo un único origen. Ni se ha creado a sí mismo, ni existe por sí mismo, ni siquiera, en su origen material se diferencia del resto del mundo que le rodea. Él, como todas las otras cosas, ha sido creado. La imagen de la tierra subraya su origen humilde. Su limitación está puesta desde el origen. Y esta limitación de origen es común a todos los hombres. Básicamente todos somos iguales, “sacados de una y de la misma tierra, y destinados a volver a una y la misma tierra”.

Es vano, pues, el hombre que se hincha ante otro. Y más vano aún el hombre que se hincha ante Dios. De ahí que la humildad sea una virtud humana básica. El humilde, simplemente, reconoce lo que es, que no es mayor que los otros, que es tierra y que morirá. Que no es nada ante Dios.

Ahora bien, la tierra humilde puede ser modelada por Dios hasta llegar a ser una obra digna de su creador. Mantenerse humilde ante Dios es la condición para que él termine la obra que dio comienzo cuando nos formó. En María, la Virgen, es la humildad, la que pone la base de su obediencia a Dios y de su fe. Y su humildad, su obediencia y su fe, hacen posible que Dios obre en ella la más absoluta de las maravillas. Por eso María tras haber sido visitada por Dios y haber concebido en su seno a su creador canta: **“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho en mí obras grandes”** (Lc 1,46-49).

Por el contrario, el orgulloso, el que se cree algo, el que mira a Dios con ojos altivos, ese es tierra seca que Dios no modelará. Ese no se conoce a sí mismo, se cree algo, cuando sólo es polvo, no entra dentro de sí, no conoce su propio corazón, donde Dios le llama, anda perdido

¹⁷ Nuestra exposición tiene como base fundamental: Joseph Ratzinger; *En el Principio Creó Dios. Consecuencias de la fe en la Creación*. Ed. Edicep. Valencia 2001. Págs.59-77

fuera de sí, en su orgullo, creyéndose algo. Y lejos de adquirir consistencia en las manos de Dios, se convierte en polvo, que el viento dispersa y mueve de un lugar a otro sin fin, hasta que se pierde (Cf. Sal 1,4 –septuaginta-).

La soberbia arroja al hombre fuera de su propio corazón: fuera del conocimiento de sí mismo y fuera del lugar donde resuena la voz de Dios.

2. Alentados por Dios

Si la tierra de origen es la realidad que nos obliga a la humildad, so pena de que nuestra vida se pierda como se dispersa el polvo por el viento, en nuestro origen hay otro elemento que nos invita a elevar desde el polvo nuestra mirada a lo más alto: ***“Inspiró en el rostro aliento de vida”***. Aliento, viento y espíritu se dicen con una misma palabra en hebreo, y también en griego. El aliento de Dios es el Espíritu Santo. Y es el Espíritu Santo el principio divino que late en el espíritu humano, y por el que nos diferenciamos de toda la creación. Por este acto de creación “la realidad divina entra en el mundo”. Por este acto, en el hombre “se encuentran el cielo y la tierra”. Por este acto el hombre “está en relación directa con Dios”. He aquí el fundamento de la superior e inviolable dignidad del hombre.

Todas las cosas creadas tienen su propia dignidad, son obra de un creador Bueno, Bello, Sabio. Pero el hombre ha recibido su aliento, su espíritu. Hay algo divino en él. Y por eso es inviolable. Los dos relatos de la creación describen todas las criaturas como puestas al servicio del hombre. Son creadas para el hombre. Pero el hombre es creado por sí mismo, no en referencia a otra criatura, sino en referencia sólo a su creador: imagen de Dios, tocado por el Espíritu de Dios.

Cuando el hombre se olvida de este origen divino, de esta referencia directa a su creador, también se olvida de quién es y se degrada a sí mismo hasta hacerse semejante a los animales, dominado sólo por el instinto.

Por el contrario, el que es fiel a su propio ser, al que recibió en la creación vive de cara a Dios y crece hasta poder entrar en la intimidad de Dios. Eso lo entendemos si entendemos qué quiere decir que Dios “inspirase” su aliento, su Espíritu en nosotros. Entenderemos que ya desde la creación Dios nos ha dado de su Espíritu como vínculo de unión con él. Y dándonos este vínculo ya estaba mostrando que estábamos destinados a ser sus hijos.

¿Quién es el Espíritu Santo? El Espíritu Santo es el vínculo de amor entre el Padre y el Hijo. Es el amor con el que el Padre engendra eternamente al Hijo; y es el amor con el Hijo recibe eternamente su ser Hijo y con el que eternamente ama a su Padre. El Espíritu Santo es el Espíritu que procede del Padre y del Hijo, es el amor recíproco de ambos.

Por eso al “tocarnos” con su Espíritu Dios ha establecido un vínculo de relación directa entre el hombre y él. Y como el Espíritu es el amor con el que el Padre engendra al Hijo, al “tocarnos” con él, ha dispuesto nuestra naturaleza para que un día alcancemos la vida propia de aquel que es Hijo Único desde toda la eternidad.

Este Espíritu con el que el hombre es tocado en su origen, hace de él “persona”; es decir, un individuo irrepetible, consciente y dueño de sí que está puesto en relación con Dios para el amor. Porque eso es el Espíritu, un principio de relación y de amor entre la Persona del Padre y del Hijo. Sólo las personas son capaces de amor. El amor sólo es posible entre aquellos que son dueños de sí, libres para acoger y para entregarse. Eso es lo que hemos recibido en nuestro origen y eso explica que seamos capaces de amar y de ser amados.

Pero como este Espíritu, que constituye nuestro principio, es un Espíritu de amor, y ocurre que el amor es un principio activo que busca la identificación cada vez mayor con la persona amada, ocurre que no sólo es el principio de la presencia de Dios, sino también del deseo de Dios que brota del corazón humano.

Por tanto, es ese Espíritu, principio de nuestra vida, es también el que ha dejado en nosotros la presencia de Dios y el deseo de Dios. Es el principio divino que ha hecho de nosotros la imagen de Dios y el principio que busca la semejanza, la comunión con Dios.

El Espíritu es un principio de amor, es decir, un principio de relación. Y el hombre está referido a Dios, no puede existir cerrado a sí mismo. Lo decíamos hace un momento: el hombre que se olvida de este principio se degrada a sí mismo hasta hacerse semejante a los animales, ya no hay nada que le distinga de ellos.

Pero el hombre que vive atendiendo a esta naturaleza espiritual que le ha sido dada, ese hombre, aún hecho de tierra, aun siendo humilde su origen, será una tierra húmeda por el Espíritu, es decir una tierra maleable en las manos de Dios, que podrá ser transformada, que podrá crecer, más allá de los límites de su propia naturaleza, porque Dios ha dispuesto un plan, escondido incluso a los ángeles, para que esta criatura suya, llegue a ser semejante a él, participe de su vida, hijo suyo.

El Espíritu de Dios resiste a los soberbios, por eso es el viento irresistible que dispersa a los orgullosos como polvo. Pero ese mismo Espíritu es suave brisa que convierte la tierra de la que estamos tomados en tierra dúctil en manos de Dios. Es el espíritu que invocamos al principio de cada catequesis, para que Dios concluya en nosotros el trabajo que dio comienzo al principio, en la creación.

María recibió este Espíritu. Y es que María es la tierra virgen de donde Dios va a formar el nuevo Adán, Hijo suyo. Es el principio de la nueva creación:

Lc 1, 26-38

Ahora quiero que volvamos a retomar lo que decíamos al principio cuando someramente describíamos las extrañezas y perplejidades que muestra el hombre para sí mismo. Veremos cómo a la luz del origen del hombre, es decir de su ser creado por Dios a su imagen, tomado del barro y tocado por su Espíritu, como principio de nuestra vida, se entienden el por qué de estas extrañezas.

El catequista volverá ahora al principio de la catequesis e irá mostrando cómo se hace luz en cada uno de los enigmas que enunciábamos al comienzo.

Leemos el *Compendio de la Iglesia Católica*, números del 25 al 32.

D) Súplicas y Padre Nuestro

E) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

F) Despedida

Como en la primera catequesis.

G) Salve Regina

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 17: Creador del cielo y de la tierra C: El diseño de Dios.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

*Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118).
Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).*

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 363-366

C) Catequesis

Esta es la cuarta catequesis que dedicamos a explicar la creación de Dios y nuestra fe en Dios creador. En la primera de estas catequesis nos detuvimos en cómo condujo Dios a su pueblo para que llegase a afirmar que Él es el creador de todas las cosas. En la segunda catequesis nos detuvimos a considerar, a partir del relato de Gn 1, lo que significa que Dios es el creador de todo lo que existe. En la tercera consideramos al hombre, es decir, lo que somos cada uno de nosotros, como obra de Dios. Y creo que hicimos luz sobre muchas de las incógnitas de la vida humana, que no pueden entenderse si no se entiende su origen. Esa incógnita consiste en nuestra debilidad y limitación natural al tiempo que nuestra tendencia, también natural a ir más allá de todo límite, nuestra tendencia a la eternidad, al infinito, al Bien Sumo, al amor perfecto, a Dios. Nos centramos para ello en el relato de Gn 2.

Uno de las ideas fundamentales que pertenecen a la fe en Dios creador es que la creación es un acto libre de Dios. Dios ha creado todo no movido por una ley necesaria que le impulsara a ello, sino porque ha querido. Un ejemplo de lo que no es la creación de Dios: El sol alumbraba y con su luz da vida a los seres vivos de la tierra. Pero no daremos gracias al sol por esa luz, porque el sol no es una persona que actúa libremente, que entiende algo, lo quiere y lo hace. El sol da luz movido por una ley interna, la ley natural inscrita en su propio ser. Pero la obra creadora de Dios no es fruto de una ley necesaria. Es fruto de su voluntad. Dios crea libremente. Ha querido crear. Ha querido crear las cosas que ha creado, y no otras. Ha querido crear al hombre, tal como es, y ha querido crear todo lo demás en función del hombre. Y ha querido que el hombre no sólo fuese una naturaleza, sino una persona, también libre. Es decir ha creado, porque nos ha querido, porque nos ha amado a cada uno de nosotros, a cada persona.

En esto consiste básicamente el haber sido creados a “imagen de Dios”. Dios es libre y nosotros participamos de esta libertad. Para que esta libertad, que nos hace imágenes de Dios, fuera posible, Dios nos dio inteligencia y voluntad, porque la libertad tiene su fundamento en el conocimiento de la verdad y la adhesión voluntaria a ella. Por esa libertad que hemos recibido de Dios, no sólo somos “hombres”, sino “personas”. Dios nos quiso no meros individuos de una naturaleza, sino personas.

¿Hay diferencia entre decir que Dios ha querido al hombre, una naturaleza, o decir que ha querido a cada hombre, a cada uno de nosotros, es decir, a cada persona? Hay una gran diferencia.

Dios ha creado todas las cosas y todas tienen su naturaleza, y conforme a esa naturaleza, las cosas tienen su propio origen, su propio desarrollo y su propia meta y fin. La naturaleza hace a todos los individuos de una especie básicamente iguales. Son en esencia iguales y sólo se diferencian por los accidentes, es decir, por rasgos pasajeros y secundarios.

El hombre tiene también su propia naturaleza, si no podríamos hablar del “hombre”. Todos los hombres participamos de la misma naturaleza, todos tenemos el mismo origen, unas leyes internas que ajustan nuestro desarrollo, y todos tenemos, aparentemente el mismo fin. Sin embargo, en el hombre estas leyes no actúan en cada individuo de forma automática, sino que están sometidas, en cada individuo, a una realidad superior, una realidad superior a las leyes propias de la naturaleza humana: la persona. Por encima de la naturaleza humana, como gobernando sus leyes, aparece la persona humana. La naturaleza hace referencia a las leyes comunes a todos los individuos de la especie humana. Pero por encima de estas leyes está la persona, que significa una forma de posesión de estas leyes naturales, una forma de gobierno de estas leyes, una capacidad para entender, para comprender y para decidir. La realidad de la persona humana está marcada por la conciencia que uno tiene de sí y por la capacidad para decidir sobre sí mismo, sobre el propio camino personal y sobre su propio fin.

Ser partícipes de la naturaleza humana nos hace a todos esencialmente iguales. Pero ser poseedores de personalidad nos hace a todos únicos e irrepetibles. La naturaleza iguala el desarrollo de cada uno de sus individuos y el fin de cada uno de ellos. Pero la personalidad pone las leyes generales de nuestro desarrollo y nuestro fin en nuestras manos. Somos dueños de nosotros mismos, dueños y responsables de lo que somos, del camino que tomamos y de nuestro fin último. Ni las leyes naturales ni las circunstancias que nos rodean tienen la fuerza suficiente para determinar nuestro camino o nuestro fin. El hombre es libre, aun cuando esté encarcelado o del todo impedido por la enfermedad en una cama.

Ciertamente sólo hay un principio que asegure esta libertad: el espíritu, el alma. El espíritu que Dios “sopló sobre el rostro de Adán”, el espíritu que Dios da a cada individuo que es engendrado en el seno materno. Y este espíritu nuestro, que nos da una libertad irreductible, es participación del Espíritu de Dios, Dios es Espíritu puro, absolutamente libre, omnipotente. La libertad no proviene de la materia, no nos la da el cuerpo, sino el espíritu. Por eso libertad no es sinónimo de hacer lo que “me pide el cuerpo”, sino de hacer conforme a la verdad y al bien. Dios es la libertad infinita porque es también el sumo bien y es la verdad, porque ama el bien y la verdad.

Sin embargo, aunque nuestra libertad es irreductible, no es absoluta como la de Dios. Nosotros no somos infinitamente sabios, como lo es Dios; ni somos el Sumo Bien, como lo es Dios. Por tanto, nuestra libertad no es todopoderosa, aunque sea irreductible. Pero es suficiente para que cada hombre posea él mismo su fin último, sin que éste esté determinado de forma absoluta por nadie más. Dios, dándonos inteligencia y voluntad, nos ha creado con la libertad suficiente como para tener nuestro destino final en nuestras manos.

El “fin en nuestras manos”. Esto nos habla de nuevo de que estamos en camino. Dios no nos acabó como al resto de los seres, que tienen definido de antemano su “fin”. A nosotros nos dio el precepto de la libertad, no nos acabó, dejó que nosotros mismos, diálogo con él, participemos de su obra. Nosotros somos la única obra inacabada y, a la vez, libre de Dios.

¿Por qué nos ha hecho así? ¿Por qué el Dios libre ha querido crear libertades, seres libres?
–La respuesta es realmente asombrosa.

Si ya es asombroso que Dios haya querido crear todo tal como lo ha hecho, reflejo de su belleza, de su bondad, de su inteligencia, si es increíble y digno de agradecimiento que Dios haya querido hacerlo todo y todo para nosotros y que a nosotros nos haya hecho a su propia imagen, seres personales, con inteligencia y voluntad propias, libres... Si todo eso es motivo de asombro para el que lo considere despacio y más aún de agradecimiento profundo a Dios, más lo es cuando descubrimos el “para qué”. A este “para qué de la creación” lo llamaremos el designio de Dios o el plan de Dios.

Durante muchos siglos permaneció oculto a los hombres, incluso a los ángeles, oculto en el misterio insondable de la inteligencia de Dios, en el silencio de Dios.

Sin embargo, desde el principio había signos que hacían sospechar que este ser modelado del barro y alentado por el Espíritu de Dios, era el centro de atención del amor de Dios y que reservaba para él un lugar más alto que el de los propios arcángeles. Ciertamente que era un ser pobre y limitado, pero se le dio inteligencia y voluntad, y con ellas conciencia de sí, y una presencia del Espíritu de Dios que le dirigía en su conciencia hacia el mismo Dios y el amor a él. Y una capacidad para escuchar, para oír a Dios... Y un deseo de Dios, y de su gloria, y de su inmortalidad, y de su dicha y de su amor. Al hombre se le dio un espíritu que dirigía su voluntad y su amor mucho más lejos de su propia y frágil naturaleza. Ningún otro ser en la creación era semejante a él. Ni siquiera los ángeles eran así. Tenían una naturaleza espiritual, mucho más elevada y perfecta que la de los hombres, pero era una naturaleza acabada. El hombre era como una naturaleza que aún esperase ser perfeccionada, que no se cerraba en ella misma y que iba más lejos de sus propias leyes naturales. Y además todo había sido creado para el hombre, incluso los ángeles habían sido creados para servir al hombre. Lo cual parecía una contradicción. Siempre lo inferior se pone al servicio de lo mayor. Pero, en este caso, Dios puso a los ángeles al servicio del hombre, los había creado para servir al hombre.

Pero el destino que Dios reservaba para cada persona creada, permaneció oculto a todos los seres creados, incluido el mismo hombre, hasta que llegó la plenitud de los tiempos. Es decir, hasta que Dios pronunció su última y definitiva palabra. Ya sabéis que la Palabra de Dios es su propio Hijo. Él es la Palabra por la que creó todas las cosas, él es la Palabra que dirigió a Abraham y a Moisés y a los profetas. Y cuando se hizo hombre en el seno virginal de María y lo entregó en manos de los hombres, Dios dijo su última Palabra.

¿Quién es Jesús? Él es la Palabra que Dios pronunció y creó el cosmos y la historia, el universo y el tiempo. Él es la Palabra que Dios pronunció y creó al hombre, la Palabra que fue dirigida a los profetas. Pero es más, la Palabra de Dios es no una cosa, no una idea, no un pensamiento, es una persona: su Hijo, el Hijo de Dios, engendrado por Dios antes de la existencia del tiempo y del universo, desde toda la eternidad, por el cual él es Padre. Jesús, pues, es el Hijo eterno de Dios, la Palabra de Dios, que, en un momento de la historia que él ha dado comienzo, y en un lugar concreto del universo que él ha creado, y en la carne de una mujer, ha tomado carne humana, se ha hecho hombre verdadero. Él es el Hijo de Dios e hijo de María, Hijo de Dios e hijo de hombre, el Dios-hombre, el hombre-Dios.

Lo que somos cada uno de nosotros, el misterio de nuestra libertad, el plan que Dios tenía para cada uno, sólo se aclara al contemplar a este hombre verdadero que es Dios. Y qué vemos: lo primero que vemos es al Hijo de Dios que se ha hecho hombre. Eso ya nos habla de que el plan de Dios era superar el límite que nos separa radicalmente de él y acercarse a nosotros, nos habla del deseo de Dios de entrar en relación verdadera con nosotros. En segundo lugar, en

cuanto este hombre-Dios llega a la madurez, da comienzo una “vida pública” que es la llamada universal a seguirle a él y a darle fe a él. En tercer lugar, vemos que Jesús, hombre verdadero como nosotros, también tiene que hacer su camino y alcanzar su fin. También él tiene que elegir. ¿Cómo lo hace? –En diálogo con Dios. Por eso lo vemos constantemente en oración, constantemente referido a Dios. Así nos enseña que la escucha y la libre obediencia a Dios es el verdadero camino del hombre. En cuarto lugar, este camino marcado por la escucha y la obediencia a Dios le lleva hasta el amor extremo al hombre y al mismo Dios, que se expresa en la cruz. En quinto lugar, vemos a este Jesús, verdadero hombre, que ha escuchado y obedecido a Dios, que ha vivido en referencia absoluta a Dios, que ha amado hasta el extremo a los hombres y a su Padre, que ha muerto por amor, en un acto de amor perfecto... lo vemos resucitado. Con su resurrección nos indica el valor eterno del amor. Sólo el amor verdadero del Hijo de Dios hecho hombre, del hombre Jesús que es Hijo de Dios, vence la muerte. Y nos indica el fin del hombre: el hombre ha alcanzado a Dios. El fin del hombre, nuestro propio fin, es la comunión con Dios. En el seno de María Dios se hizo hombre, en el seno de la muerte, el Dios-hombre Jesús alcanza a Dios y se convierte en el nuevo Adán, en el hombre nuevo de nuestra nueva condición, la condición de hombres celestes, la condición de hijos de Dios. Nosotros hemos sido creados para unirnos a Jesús por la fe y el bautismo. Y para que así, unidos a él, alcancemos la vida divina. Este es nuestro fin.

Este fin se resume en la participación de la vida de Dios. Y Dios es amor. Y el amor no es posible sin libertad. Por eso Dios nos hizo libres y dueños de nosotros mismos. Porque no podemos entrar en esta vida si no es con el uso de nuestra libertad. No podemos entrar en esta vida sino imitando y participando de la libertad de Jesucristo, que libremente se sometió a la voluntad de su Padre y amó hasta la muerte. El camino de Cristo, desde que se hace hombre hasta que como hombre verdadero alcanza a Dios con la resurrección es un camino de libertad. Este es nuestro camino. El fin de Cristo resucitado, es nuestro fin. Este camino y este fin están en nuestra mano. Nadie puede hacer que lleguemos allí si no queremos, ni el mismo Dios. Nadie puede impedir que lleguemos a él, ni todo el mal del mundo, si lo elegimos. Somos dueños de nuestro destino, del cielo o del infierno. Dios nos creó para el cielo. El cielo es el fin de un camino, del camino de Cristo, del camino de escucha y de obediencia a la voluntad de Dios. El cielo es el fin de un camino cuya puerta es el amor perfecto a los hombres y a Dios. Aquí vuelven a resonar los mandamientos como esa voz de Dios que indica el camino de la vida.

Pues bien, esa es nuestra meta. Para esto nos creó Dios, para llegar con Cristo, unidos a él por la fe y el Bautismo al seno de Dios como hijos suyos, partícipes de su vida, de su belleza, de su gloria, de su eternidad, de su poder, de su bondad, de su santidad...

Sin embargo hay algo que se interpuso en el plan de Dios. ¿El qué? –Os lo imagináis ya: el pecado. Aunque sobre el pecado hablaremos el próximo día. Hoy sólo decir que el pecado se interpuso en el plan de Dios, pero no fue un obstáculo insalvable para él. Más aún contaba con ello y fue ocasión para demostrar la grandeza de su poder y de su amor.

Vamos a escuchar ya la Palabra de Dios, os aconsejo que os dejéis sorprender por este plan ideado por Dios y que ha de iluminar vuestros corazones, y ha de ayudaros a actuar y a ordenar vuestra vida de tal forma que alcancéis la vida que Dios ha querido para vosotros.

D) Lecturas

-Ef 1, 3-14

-Sal 8 137:1-9 (Septuaginta)

Te doy gracias, Señor, de todo corazón;
delante de los ángeles tañeré para ti,
me postraré hacia tu santuario,
daré gracias a tu nombre:

Por tu misericordia y tu lealtad,
porque tu promesa supera a tu fama;
cuando te invoqué, me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma.

Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra,
al escuchar el oráculo de tu boca;
canten los caminos del Señor,
porque la gloria del Señor es grande.

El Señor es sublime, se fija en el humilde,
y de lejos conoce al soberbio.

Cuando camino entre peligros,
me conservas la vida;
extiendes tu brazo contra la ira de mi enemigo,
y tu derecha me salva.

El Señor completará sus favores conmigo:
Señor, tu misericordia es eterna,
no abandones la obra de tus manos.

-Jn 1,1-14b.

Leemos el *Compendio de la Iglesia Católica*, números del **363-366**

E) **Exhortación**

F) **Súplicas y Padre Nuestro**

G) **Bendición y despedida**

H) **Ángelus**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

*Hoy introducimos otra oración nueva.
Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*

Catequesis 18: Creador del cielo y de la tierra

D: El primer pecado, el “pecado original”.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

C) Catequesis

Hoy cerramos el ciclo de las catequesis que hemos dedicado a la obra de la creación por parte de Dios. Hemos introducido el contexto histórico y espiritual en el que Dios revela a Israel que Él ha creado todo de la nada y todo lo conserva, y hemos intentado entender que al confesar nuestra fe en Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, estamos afirmando nuestra confianza en Dios, que en un acto libre ha creado todo y todo bueno. Que también nosotros hemos sido creados por su voluntad creadora, no sólo buenos, sino a su imagen, como el culmen de toda la creación. Más aún, que sólo a nosotros nos ha querido por nosotros mismos, lo que es lo mismo que decir que todo lo creó para nosotros, a causa de la obra que se había propuesto realizar con nosotros. La confesión de que nosotros somos obra de Dios y una obra que es imagen suya, nos introduce en la verdadera comprensión del misterio que somos cada uno de nosotros, no sólo de los misterios de la naturaleza humana en general, sino de cada persona, de cada uno de nosotros en particular. El origen, el saber cómo fuimos creados, arroja luz sobre este misterio que somos cada uno de nosotros. Pero aún más luz recibimos cuando Dios nos revela el fin para el que fuimos creados, y responde a la pregunta ¿cuál es nuestro fin? ¿Para qué fuimos creados?

La respuesta a esta pregunta fue un misterio que permaneció oculto a lo largo de los siglos hasta que llegó la plenitud de los tiempos y Dios envió a su Hijo hecho hombre. Entonces, con el acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios, de su muerte, de su resurrección y de su ascensión a los cielos, se nos ha mostrado que el destino para el que Dios creó al hombre. Jesucristo es el verdadero hombre, el verdadero y nuevo Adán, a imagen del cual fue formado el primero. Y en su destino, en su fin, se nos muestra el destino que Dios pensó no sólo para él, sino para todo hombre. Y ¿cuál es el fin de Jesucristo? –La resurrección, y la vida gloriosa. Jesucristo resucitado es el primer hombre que surge de la muerte y asciende hasta el seno de Dios y participa de la vida de Dios, como Hijo verdadero. Es primero que alcanza la plena participación en la vida de Dios por la resurrección, pero no el último, es el “primogénito de muchos hermanos”. Hemos sido creados, pues, para llegar a ser hijos de Dios y participar de la vida divina del Unigénito.

Pero no se llega a esta meta de cualquier forma. No se llega allí automáticamente, sólo por el hecho de ser hombres. No se llega viviendo de cualquier forma. Sólo llega a ella quien se une a Cristo por la fe y los sacramentos y quien vive conforme al modelo que tenemos en él. Así pues, hemos de ordenar toda nuestra vida de forma que alcancemos nuestro propio fin, si es que queremos ser fieles a lo que somos, si es que queremos que el deseo de vida plena y dichosa que Dios puso en el origen, en nuestro corazón, llegue a su cumplimiento. Esta es la consecuencia última de la libertad humana. El hombre tiene en su mano su propio fin: alcanzarlo y ser dichoso; o no llegar a él y ser como un aborto, que nunca puede ver la luz.

Pero si esto es así, si el hombre puede conseguir su fin y alcanzar la dicha, pero también puede perderse y hundirse en un abismo de sufrimiento, ¿no será, en realidad, una trampa esta capacidad del hombre, de tener en su mano su propio destino? –No. En realidad la libertad es el mayor don que Dios da a cada hombre con su creación. Pero sólo se entiende si se entiende bien cuál es su fin, el que podemos ver en Jesucristo resucitado y glorificado.

Lo primero que hemos de considerar es que el Hijo de Dios, antes de hacerse hombre en el seno de María, vivía en el seno de la Trinidad. Y ¿en qué consiste la vida del Hijo? En la relación de amor que le unía a su Padre. El amor define y describe la vida de Dios. Y el amor que como Hijo recibe del Padre, que como Hijo da al Padre, es lo que constituye el ser y la vida del Hijo eterno de Dios. Él es puro recibirse del Padre y puro abandonarse y darse al Padre. Esa es la vida del Hijo desde toda la eternidad.

Ahora, ¿qué ocurre en la resurrección? –Que el Hijo eterno introduce en esta vida suya, en esta relación de amor con el Padre que constituye su vida, al hombre verdadero que ha asumido en el seno de María. Cuando Jesucristo resucita y asciende al cielo, ya no vuelve allí tal como antes de hacerse hombre, porque él se ha hecho hombre para siempre, y ahora entra en el cielo no sólo como lo que antes era, Dios verdadero, sino también como hombre verdadero. Con Jesucristo, un hombre entra en el cielo. Es decir entra en la Trinidad. Entra y participa de la vida del Hijo eterno. Entra y participa de la relación de amor entre el Padre y el Hijo. Y ese es nuestro fin, nuestro destino, el de participar de la vida del Hijo eterno, como hombres verdaderos. Nuestro fin, por tanto se define, por una relación de amor.

Ahora, ¿qué realidad es indispensable para que pueda existir un amor verdadero? La respuesta es del todo evidente, nadie la cuestionará: la libertad. Sin libertad no es posible el amor. Nadie puede amar sin libertad. Porque el amor consiste en un recibir y entregarse libre. No era posible, pues, que el hombre participase, como ser libre, del amor de Dios sin este don de la libertad, sin el riesgo, por tanto, de que pueda decir no a este amor y por tanto decir no a su propio destino, a su propio fin a su propia vida.

Digámoslo de forma ordenada: Dios quiso crear un ser con inteligencia y propia voluntad, es decir, libres, para que pudieran acoger su amor y para que pudieran, a su vez, amarlo a él y entrar así en la relación, en la comunión de amor que es la vida trinitaria. Dios creó al hombre libre, para que libremente pudiera llegar a participar del amor del Hijo único y ser hijos suyos adoptivos.

El don de la libertad, que presupone la inteligencia y la voluntad, es el don natural necesario para que Dios obrase su plan, el don necesario para que nosotros podamos entrar en relación de amor con Dios y llegar a ser hijos suyos. Sin embargo este don pone, en cierto sentido, nuestro destino, aquel para el que Dios nos creó y el que su Hijo hizo posible haciéndose hombre por nosotros, pone nuestro destino en nuestras propias manos. Y así la obra del amor de Dios no es una obra que se realiza de forma automática, sino que se convierte en un diálogo progresivo de Dios y de cada hombre. El don de la libertad implica la capacidad que el hombre tiene para ser amado y amar a Dios, su capacidad de recibir en don de la filiación divina, pero también es la capacidad de negarse a ese don y de perderse para siempre.

Hoy lo que vamos a ver es que desde el principio de la existencia del hombre, éste, haciendo uso de su libertad, rechazó el plan de Dios y se hizo esclavo del diablo. Es el pecado original.

Para entender este primer pecado del hombre hay que considerar que tuvo lugar no sólo por un acto de maldad del hombre, sino también por la acción del diablo, que movido por su orgullo envidió al hombre, intuyendo que este pequeño ser llegaría a estar por encima de él. Y la envidia le convirtió en “el mentiroso” y en “el homicida”, así se refiere a él Jesús, como el mentiroso y el homicida (Cf. Jn 8,44). Quiero ilustrar esta realidad de la acción del diablo remitiéndolos a lo que dice el *Catecismo de la Iglesia Católica* en los números que van del 391 al 395:

- 391** Tras la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (cf. Gn 3,1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cf. Sb 2,24). La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o diablo (cf. Jn 8,44; Ap 12,9). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. "*Diabolus enim et alii daemones a Deo quidem natura creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali*" ("El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos") (Cc. de Letrán IV, año 1215: DS 800).
- 392** La Escritura habla de un pecado de estos ángeles (2 P 2,4). Esta "*caída*" consiste en la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "*Seréis como dioses*" (Gn 3,5). El diablo es "*pecador desde el principio*" (1 Jn 3,8), "*padre de la mentira*" (Jn 8,44).
- 393** Es el carácter irrevocable de su elección, y no un defecto de la infinita misericordia divina lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado. "*No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte*" (S. Juan Damasceno, f.o. 2,4: PG 94, 877C).
- 394** La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama "*homicida desde el principio*" (Jn 8,44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. Mt 4,1-11). "*El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo*" (1 Jn 3,8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.
- 395** Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños -de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física - en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero "*nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman*" (Rm 8,28).

D) Lecturas

Primero vamos a retomar de lo ya leído el último día, parte del segundo relato de la creación. No es el relato entero, porque lo que nos interesa ahora es que os fijéis en lo que describe el libro del Génesis como un jardín en el que Dios coloca al hombre, y que en ese jardín poblado de toda clase de árboles bellos a la vista y productores de fruta sabrosa, hay dos árboles en los que la Escritura se fija para darles nombre, el nombre que indican lo que son esos árboles. Atended bien.

Gen 2, 4-9

Bien, no vamos a explicar nada aún de estos dos árboles, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal, luego lo haremos, porque después de las lecturas que vamos a hacer a

continuación es posible que vosotros mismos identifiquéis qué son en realidad estos dos árboles. Quedaos en vuestra mente con el último versículo que hemos leído: *“Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal”*.

Ahora escucharemos tres lecturas más, la primera es también del libro del Génesis. Se trata del relato del Pecado Original. Las otras dos tratan de la muerte de Cristo en la cruz, algo que ya conocéis. Es el acto contrario al pecado original. En el pecado original veréis un acto de desobediencia. En el segundo relato un acto de obediencia máxima. En el relato del pecado original veréis un acto de desconfianza y, por tanto, de desamor. En el segundo relato contemplaréis un acto de confianza sin límites y de amor infinito. El primer relato tiene como protagonista al primer Adán y a la primera Eva. El segundo relato tiene como protagonista al Nuevo Adán y a la Nueva Eva. En el relato del pecado original, el mentiroso, el homicida, es decir, el diablo, aparece como una serpiente. En el segundo relato aparece tras las palabras de algunos hombres. El primer relato termina con una sentencia de Dios para el diablo; y también con una sentencia para el hombre. La sentencia para el hombre es, en realidad una medicina y se aplica inmediatamente. La sentencia para el diablo es la promesa de una derrota definitiva, y como promesa, se aplicará en el futuro. Lo curioso es que lo que se promete como derrota definitiva para el diablo es, al tiempo, promesa de victoria definitiva para el hombre. Y el segundo relato es la narración del cumplimiento de esta promesa. En el primer relato aparece un árbol, el “árbol de la ciencia del bien y del mal”; en el segundo relato aparece el otro árbol, el “árbol de la vida”.

Gen 3,1-24

El homicida y mentiroso se acerca al hombre con una mentira: «¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?» Y, aunque Eva va a responder aparentemente bien, el enemigo de la raza humana consigue morder el corazón de Eva e introducir en ella el veneno de la duda sobre la bondad y el amor de Dios, porque con la pregunta lo que hace es sugerir que Dios es injusto con ellos. Esa pregunta llena de mentira y de veneno aparece constantemente en nuestra vida. Algún ejemplo, que a veces se escucha por ahí: “¿Por qué puso Dios en el varón y la mujer el instinto sexual, si luego condena su uso?” Y es mentira, Dios no condena el sexo, sino al contrario, lo ha cubierto de tal dignidad que lo que condena es que se manipule y se degrade su ejercicio.

Eva responde aparentemente bien: «Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte.» Eva señala que el único árbol del que Dios les ha prohibido comer es de uno de los dos árboles que aparecían en la primera lectura, se trata del “árbol de la ciencia del bien y del mal”. Más adelante se verá con más claridad que es éste árbol al que se refiere Eva.

Y el mentiroso continúa con su estrategia desdibujando la imagen que Eva tiene de su Creador bueno, por un déspota envidioso y egoísta, vomitando sobre la imagen de Dios que Eva tenía aún, su propio pecado de envidia: «De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal». Con estas palabras del diablo llegamos al núcleo de la trampa que ha colocado ante el hombre. Pero para descubrirla tenemos que saber ya qué significa el árbol del bien y del mal.

En el Jardín hay dos árboles ante los cuales se decantará el corazón del hombre en el uso de su libertad. El árbol de la vida es aquel cuyo fruto da la vida verdaderamente y es el árbol de la obediencia filial, aquel que mostrará el Hijo hecho hombre. El árbol de la ciencia del bien y del

mal es la pretensión de ser independiente de Dios, de decidir por sí mismo lo bueno y lo malo, de intentar alcanzar sólo la felicidad y la divinidad. El primer árbol representa a quien es hijo y vive en dependencia de su padre. El segundo representa a quien alcanza la autonomía, a quien se separa.

El Bien es Dios y el mal no es, no es nada. Ahora, los seres de la creación participan del bien, porque su ser y su existencia les viene de Dios. También el hombre participa del bien, porque su ser y su existencia le vienen de Dios. Los seres de la creación no pueden hacer el mal, porque no son libres, sino que sus actos responden a las leyes naturales con las que Dios los creó y los mantiene en la existencia. Y por lo tanto no pueden alejarse del Creador. Ahora bien, el hombre sí puede alejarse de su Creador, porque él lo ha hecho libre: puede hacer el bien o el mal. Si el hombre elige el bien, elige a Dios, si elige el mal, elige la nada, la destrucción.

Conocer el bien y el mal, es una prerrogativa de Dios. Él conoce qué es lo bueno, porque él mismo es el Bien Sumo y todo lo bueno, lo bello y verdadero que existe, provienen de él. Y por eso él puede marcar al hombre lo que es justo y lo que no, lo que es bueno y lo que no, lo que ha de hacer y lo que no ha de hacer. El conocimiento del Bien y del mal es, por tanto, una prerrogativa de Dios. Según eso, el hombre es un ser que depende de Dios. Es dependiente de él. Ha de obedecerle. ¿Qué significa, entonces, el árbol de la vida? ¿Qué significa comer de este árbol de la vida? –Significa la aceptación libre de esta dependencia de Dios, dependencia que da vida al hombre, criatura de Dios. Y ¿qué significa el otro árbol, el del conocimiento del bien y del mal? –Significa la voluntad y la decisión del hombre de ser su propio dios, y determinar por sí mismo lo que es verdadero y lo que no, lo que es bello y lo que no, lo que es bueno y lo que es malo. Alargar la mano al árbol de la vida del bien y del mal, significa tomar autonomía respecto a Dios, decirle: no dependo de ti. Yo soy mi propio dios, yo soy mi propio creador, yo soy mi propio bien, y yo marco mi propio camino.

Pero elegir la autonomía de Dios es elegir la destrucción. Justamente a eso le quiere llevar su enemigo, que se disfraza de consejero amable. Habitualmente hace esto el diablo: se disfraza de luz, de compasión, de amabilidad. Quiere hacernos creer que él sí que nos entiende, que él sí que entiende nuestras debilidades, y que nos ofrece lo que nos gusta y que Dios quiere quitarnos. Quiere hacernos creer que él es el amigo del hombre y Dios nuestro enemigo, que nos quita todo lo que nos gusta y que nos manda cosas imposibles. Vomita sobre la imagen de Dios que tenemos de Dios gravada en el alma, su propia maldad, porque él es nuestro enemigo, el que nos envidia y que busca nuestra ruina.

Así pues, le dice a Eva: *«De ninguna manera moriréis. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, concedores del bien y del mal»*. Así pues, el árbol de la vida del bien y del mal significa la aparente autonomía del hombre. Y la consecuencia de esa autonomía es la muerte. Y la tentación es la de ser autónomos de Dios, de ser como Dios.

¡Qué gran engaño! Dios nos ha creado para llegar a participar de su vida divina. Es decir nos ha creado para ser dioses, pero dioses con él. Dios es amor, y el camino hacia él es el de la unión que produce el amor, el de la comunión que es fruto del amor, no el contrario, no el camino de la sospecha, de la envidia, del orgullo, que provoca la separación y la ruptura. Dios es comunión de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Éste es el único Dios que existe. Y lo que nos propone el diablo para hacernos dioses, en realidad para destruirnos, es hacernos autónomos de Dios, independientes de Dios, separados de él, solitarios. Este es, en realidad el camino del infierno. El infierno en el hombre solo, incapaz ya de poder recibir nada de amor ni de Dios ni de ningún semejante, porque ha quedado perfectamente solo. Es lo contrario a la comunión con Dios.

No nos da tiempo a detenernos y comentar cada palabra, pero es claro que la consecuencia para el hombre, para Adán y Eva y para todos los que después de ellos participamos de su naturaleza, es que la muerte y el sufrimiento aparecieron en nuestra existencia. Este es el sentido de las palabras que Dios dirige tanto a Eva como a Adán. Todos los hombres, estamos tocados por este detrimento que sufrió nuestra naturaleza con el pecado original. Así la Iglesia enseña en el Catecismo: *“Adán y Eva cometen un pecado personal, pero este pecado afecta a la naturaleza humana, que transmitirán en un estado caído. Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales. Por eso, el pecado original es llamado "pecado" de manera análoga: es un pecado "contraído", "no cometido", un estado y no un acto”* (nº 404).

Y el Compendio resumirá las consecuencias que este primer pecado ha tenido para todos así: *“Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana, aun sin estar totalmente corrompida, se halla herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al poder de la muerte, e inclinada al pecado. Esta inclinación al mal se llama concupiscencia”*. (nº 77)

Pero vamos ya a los otros pasajes de la Escritura que anunciábamos al principio. En realidad leeremos de forma continua un texto del Evangelio de san Mateo y otro del Evangelio de San Juan, que narran el mismo hecho. Hemos querido unir estos dos textos porque así se entenderá mejor lo que os anunciábamos al principio, que la muerte de Cristo en la cruz es el acto contrario al pecado, un acto de obediencia que introduce en la existencia del hombre un nuevo comienzo, un principio de vida

- Mt 27,31-34

- Jn 19,25-30

E) **Súplicas y Padre Nuestro**

F) **Bendición y despedida**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. **(RICA 121-124; 374).**

G) **Ángelus**

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 19: La esclavitud del pecado y la esperanza de salvación

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

C) Catequesis

Hoy vamos a volver sobre el tema del “pecado original”. Leeremos lo que dice el Catecismo, para adquirir así un conocimiento claro de lo que significa y de las consecuencias que tiene para nosotros:

La prueba de la libertad

396 Dios creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad. Criatura espiritual, el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma de libre sumisión a Dios. Esto es lo que expresa la prohibición hecha al hombre de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, "*porque el día que comieres de él, morirás*" (Gn 2,17). "*El árbol del conocimiento del bien y del mal*" evoca simbólicamente el límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza. El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad.

El primer pecado del hombre

397 El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. Gn 3,1-11) y, abusando de su libertad, *desobedeció* al mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cf. Rm 5,19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad.

398 En este pecado, el hombre **se prefirió** a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. El hombre, constituido en un estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente "*divinizado*" por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso "*ser como Dios*" (cf. Gn 3,5), pero "*sin Dios, antes que Dios y no según Dios*" (S. Máximo Confesor, ambig.).

399 La Escritura muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original (cf. Rm 3,23). Tienen miedo del Dios (cf. Gn 3,9-10) de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas (cf. Gn 3,5).

400 La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma sobre el cuerpo se quiebra (cf. Gn 3,7); la unión entre el hombre y la mujer es sometida a tensiones (cf. Gn 3,11-13); sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio (cf. Gn 3,16). La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil (cf. Gn 3,17.19). A causa del hombre, la creación es sometida "*a la servidumbre de la corrupción*" (Rm 8,21). Por fin, la consecuencia explícitamente anunciada para el caso de

desobediencia (cf. Gn 2,17), se realizará: el hombre "*volverá al polvo del que fue formado*" (Gn 3,19). La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad (cf. Rm 5,12).

401 Desde este primer pecado, una verdadera invasión de pecado inunda el mundo: el fratricidio cometido por Caín en Abel (cf. Gn 4,3-15); la corrupción universal, a raíz del pecado (cf. Gn 6,5.12; Rm 1,18-32); en la historia de Israel, el pecado se manifiesta frecuentemente, sobre todo como una infidelidad al Dios de la Alianza y como transgresión de la Ley de Moisés; e incluso tras la Redención de Cristo, entre los cristianos, el pecado se manifiesta, entre los cristianos, de múltiples maneras (cf. 1 Co 1-6; Ap 2-3). La Escritura y la Tradición de la Iglesia no cesan de recordar la presencia y la *universalidad del pecado en la historia del hombre*:

Lo que la revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia. Pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno. Negándose con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompió además el orden debido con respecto a su fin último y, al mismo tiempo, toda su ordenación en relación consigo mismo, con todos los otros hombres y con todas las cosas creadas (GS 13,1).

Consecuencias del pecado de Adán para la humanidad

402 Todos los hombres están implicados en el pecado de Adán. S. Pablo lo afirma: "*Por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores*" (Rm 5,19): "*Como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...*" (Rm 5,12). A la universalidad del pecado y de la muerte, el Apóstol opone la universalidad de la salvación en Cristo: "*Como el delito de uno solo atrajo sobre todos los hombres la condenación, así también la obra de justicia de uno solo (la de Cristo) procura a todos una justificación que da la vida*" (Rm 5,18).

403 Siguiendo a S. Pablo, la Iglesia ha enseñado siempre que la inmensa miseria que oprime a los hombres y su inclinación al mal y a la muerte no son comprensibles sin su conexión con el pecado de Adán y con el hecho de que nos ha transmitido un pecado con que todos nacemos afectados y que es "*muerte del alma*" (Cc. de Trento: DS 1512). Por esta certeza de fe, la Iglesia concede el Bautismo para la remisión de los pecados incluso a los niños que no han cometido pecado personal (Cc. de Trento: DS 1514).

404 ¿Cómo el pecado de Adán vino a ser el pecado de todos sus descendientes? Todo el género humano es en Adán "*sicut unum corpus unius hominis*" ("*Como el cuerpo único de un único hombre*") (S. Tomás de A., mal. 4,1). Por esta "*unidad del género humano*", todos los hombres están implicados en el pecado de Adán, como todos están implicados en la justicia de Cristo. Sin embargo, la transmisión del pecado original es un misterio que no podemos comprender plenamente. Pero sabemos por la Revelación que Adán había recibido la santidad y la justicia originales no para él solo sino para toda la naturaleza humana: cediendo al tentador, Adán y Eva cometen un pecado personal, pero este pecado afecta a la naturaleza humana, que transmitirán en un estado caído (cf. Cc. de Trento: DS 1511-12). Es un pecado que será transmitido por propagación a toda la humanidad, es decir, por la transmisión de una naturaleza humana privada de la santidad y de la justicia originales. Por eso, el pecado original es llamado "*pecado*" de manera análoga: es un pecado "contraído", "*no cometido*", un estado y no un acto.

405 Aunque propio de cada uno (cf. Cc. de Trento: DS 1513), el pecado original no tiene, en ningún descendiente de Adán, un carácter de falta personal. Es la privación de la santidad y de la justicia originales, pero la naturaleza humana no está totalmente

corrompida: está herida en sus propias fuerzas naturales, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al imperio de la muerte e inclinada al pecado (esta inclinación al mal es llamada "*concupiscencia*"). El Bautismo, dando la vida de la gracia de Cristo, borra el pecado original y devuelve el hombre a Dios, pero las consecuencias para la naturaleza, debilitada e inclinada al mal, persisten en el hombre y lo llaman al combate espiritual.

Después de leer estos números del Catecismo vamos a volver a la lectura del libro del Génesis. Las palabras que Dios dirige a Eva y a Adán, así como sus últimas palabras donde dispone que el hombre no tenga ya acceso al árbol de la vida, expresan de forma simbólica las consecuencias del pecado, las consecuencias que ha explicado el Catecismo, y que podríamos resumir en una idea de san Pablo: La muerte entró en el mundo por el pecado (Cf. Rm 5,12: "*como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres*"; Rm 6,23: "*el salario del pecado es la muerte*"). Pero ahora nos vamos a fijar en las palabras que Dios dirige a la serpiente:

Gn 3,8-24

Ya dijimos lo que eran los dos árboles: el árbol de la vida es el árbol de la obediencia filial, del amor del Hijo, del amor con el que el Hijo de Dios ama al Padre, del amor con que Cristo ama a su Padre. El árbol de la vida es el árbol de la cruz, donde la obediencia del Hijo se perfecciona, donde Jesús ama al Padre. Por eso no rechaza la cruz, sino que alarga a ella su mano. Pero no sólo ama al Padre, ama también a los que ha hecho hermanos suyos, porque este acto de obediencia a su Padre, no es sino "por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación". Así, en la cruz, el Hijo hecho hombre expresa su amor a Dios y a cada hombre: "*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*" (Jn 13,1). Y es llamado "árbol de la vida", porque el fruto de este amor es la vida y la vida sobreabundante, aquella que se manifiesta resucitando de la muerte y entrando definitivamente en el cielo. Pero este árbol de la vida, con su fruto no le será ofrecido al hombre sino sólo cuando Dios hubo preparado el espíritu humano, cuando llegue con Cristo la plenitud de los tiempos (Cf. Gal 4,4).

Antes de que llegue este momento de poder volverse al árbol de la vida y tomar su fruto, el hombre ha de afrontar la responsabilidad de sus acciones, el riesgo de su libertad. Ha de experimentar el fruto del pecado, la lejanía de Dios y la muerte. Pero estas consecuencias no son definitivas para el hombre, al contrario: si el hombre sabe reconocer su pecado, afrontar el dolor de la lejanía de Dios, se humilla ante él y dirige hacia él su corazón, la sentencia se convierte en medicina para el alma, medicina capaz de curar el alma y prepararla para recibir el fruto del árbol de la vida.

Así pues, después del pecado, el hombre ha de afrontar la lejanía de Dios y es expulsado del Jardín. Pero no sólo se encuentra lejos de Dios, sino lejos también de poder acercarse al árbol de la vida. Ya no es capaz de la obediencia propia de la criatura, ni mucho menos de la obediencia perfecta del Hijo, ya no es capaz del amor verdadero, propio de los que han sido llamados a ser hijos de Dios. Ya no tiene fuerzas para volver sobre sus pasos. Por eso hay un querubín con una espada de fuego vibrante. Esta espada significa el límite que el pecado impone al hombre, que lo cierra y lo clausura en sí mismo.

Así se da a entender:

- 1) Que el hombre ha roto la relación de amor con su creador. El amor verdadero ahora permanece vedado para el hombre.
- 2) El hombre no puede recomponer por sí sólo esta relación. Se ha hecho a sí mismo extraño a Dios, ajeno a su creador. Sólo Dios podrá recomponer esta relación. Por eso aparece tantas

veces en los evangelios la expresión: “Sólo Dios puede perdonar pecados”. Ciertamente: sólo Dios puede perdonar la ofensa que se le ha hecho, sólo él puede volver a acercar al hombre a su amor, sólo él puede volver a restablecer la comunión, sólo él puede volver a plantar al hombre en su compañía. Eso es lo que hará Cristo en la cruz. Cristo, que es el fruto del amor, el amor mismo entregado, es el fruto que pende del árbol de la vida. Es el fruto que se ofrece al hombre, para devolverle la amistad de Dios. Él es el fruto que se inclina a nuestra hambre.

San Efrén, que es un autor cristiano del s. IV, que vivió en Siria, en lo que hoy es Irak, escribió estos versos preciosos, que hablan de Cristo como del Piadoso, que elimina en la cruz esta distancia insalvable que hay desde el pecado entre Dios y el hombre:

*¡Bendito sea el Piadoso, que vio la espada
a las puertas del Paraíso, cerrando el paso
al árbol de la vida, y vino a asumir un cuerpo
que fuese herido, para que, por la abertura de su costado,
se abriese un paso al interior del Paraíso !¹⁸*

La sentencia dictada sobre la serpiente, nos permite entender mejor las otras dos. Lo más curioso de esta sentencia es que, siendo sentencia condenatoria para el diablo, incluye el anuncio de un bien para el hombre, de una buena noticia para el hombre. De hecho, en la tradición cristiana, a estas palabras de Dios se las llama “el proto-evangelio”, es decir, el primer evangelio. La condena de la serpiente, contiene una promesa de vida para el hombre. En la condena del acto perverso del diablo, enemigo del hombre, se contiene el primer anuncio del Evangelio, el primer anuncio de que Dios salvará al hombre de su pecado.

Repetimos las palabras de Dios a la serpiente: «*Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañal.*»

Ahora el linaje humano se ve vencido por la astucia y la mentira de la serpiente. Pero un hombre, uno nacido de mujer, pisará la cabeza de la serpiente. Es decir, nacerá un hombre que destruirá la obra del diablo y devolverá al hombre a la comunión con su Creador.

No será la única vez que Dios prometa al Salvador. Desde aquel momento, toda la Historia de Israel está traspasada por la promesa, la preparación y la espera del Salvador del género humano. El Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, que invocamos al comenzar cada catequesis, es en todo el tiempo de la preparación, en el tiempo del Antiguo Testamento, el Espíritu de la Promesa, que guiará el corazón y la mente del pueblo de Dios en la espera del Mesías. Este Espíritu de la Promesa o Espíritu profético, es el que guía vuestra alma hacia el Mesías, hacia vuestro Salvador, hacia Cristo.

Pero lo importante ahora es caer en la cuenta de que la sentencia dictada sobre la serpiente es promesa de la victoria del hombre: “su linaje te pisará la cabeza”. Y este anuncio y promesa matiza y nos permite entender en su justo término las otras dos sentencias, las pronunciadas sobre Eva y sobre Adán. Nos permite entender que Dios ha determinado la salvación del hombre, no su ruina. Nos permite entender que nuestro propio pecado, que nos oprime y nos esclaviza, el pecado personal de cada uno de nosotros, está amenazado por la sentencia de Dios, que no nos ha abandonado a nuestra propia suerte. Nuestro pecado nos oprime, cierto, pero tras él, amenazando su poder sobre nosotros, se mantiene la promesa de Dios, promesa de victoria.

¹⁸ San Efrén; *Himnos sobre la Natividad* (VIII, 4)

Si eso es así, las palabras dictadas a Eva y a Adán no son condena, sino medicina: la experiencia del dolor y de la muerte que provoca la lejanía de Dios es el principio que permitirá al hombre conocer que tiene necesidad de un salvador, de suplicarlo y de esperarlo. El Antiguo Testamento es la expresión de esta espera, que no es sólo fruto de una ilusión que nace espontáneamente del hombre y que podría ser juzgada como vana, sin fundamento. No, el pueblo de Israel tiene experiencia concreta e histórica de que Dios quiere salvarlo. Más aún, tiene el propio testimonio de Dios, que ha comprometido su palabra, que se ha comprometido a salvarlos.

D) Súplicas y Padre Nuestro

E) Bendición y despedida

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

F) Ángelus

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 20: La manifestación de Dios

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

C) Catequesis

Nos habíamos quedado haciendo alusión a la esperanza de Israel, la esperanza de un Salvador.

La fragilidad de su vida y la pobreza de su existencia llevan al hombre, en muchas ocasiones, a una vana esperanza, a una vana ilusión. Ejemplo de esta ilusión muchas veces vana son los buenos deseos expresados al llegar, por ejemplo, el comienzo de un nuevo año. Con buenos sentimientos nos deseamos todo tipo de bienes: ¡Que el nuevo año nos traiga salud! ¡Que el nuevo año nos traiga paz! ¡Feliz año! ¡Próspero año nuevo! Dejamos atrás el año que termina con todos los trabajos y sufrimientos que nos ha traído y expresamos nuestro deseo de un año nuevo mejor que el pasado. Tenemos siempre la ilusión de que lo que nos espera por delante, sea mejor que lo ya vivido. Sin duda se expresan así buenos sentimientos. Y nos alegramos y brindamos como si nuestros buenos deseos tuviesen algún fundamento real. Sin embargo, ¿tenemos algún fundamento sólido para esperar que los meses siguientes vayan a ser mejores que los ya pasados? –Normalmente no. Al contrario; si lo pensamos con frialdad, sabemos, sobre todo cuanto más viejos nos hacemos, que durante el nuevo año algún amigo o algún familiar querido perderá la salud o morirá. Y no tenemos ninguna certeza de que nos pueda ir mejor en la familia, en el trabajo, o en cualquier otro ámbito de la vida. Nada de nuestra vida es seguro. Pero nos aferramos a pequeñas ilusiones, aunque sean vanas, porque estamos hechos para una vida mejor. No somos capaces de resignarnos a esta vida estrecha y gris que vivimos ¡Gracias a Dios, que no podemos! No somos capaces de alejar de nosotros la nostalgia de una vida verdaderamente dichosa y segura, la vida que perdimos al alejarnos de Dios.

Por otro lado todos los hombres, de todos los tiempos, han buscado un fundamento más firme para su esperanza en una realidad superior. El hecho de que uno pueda entrever la existencia de Dios, de un ser superior a todo y, al tiempo, bueno, es ya fundamento de una esperanza más real.

Pero el Antiguo Testamento es testigo de una espera, de una esperanza mucho más sólida. La esperanza del AT está fundamentada, primero, en la certeza de la existencia de Dios. El AT no entrevé la existencia de Dios, sino que muestra certeza. A su vez, dicha certeza se fundamenta en la experiencia directa de Dios, que se ha hecho cercano y se ha encontrado con Abraham, con Isaac, con Jacob, con José... Segundo, el Antiguo Testamento tiene la experiencia de que Dios se implica en la existencia de Israel para salvarlo. Su esperanza no se funda sólo en un deseo, sino en la cercanía y el auxilio que ya ha experimentado en medio de la historia, en medio de los avatares y de los sufrimientos. La experiencia del Dios cercano y del Dios que salva es una constante en toda la historia de Israel. Sin embargo hay un momento paradigmático en el que nos vamos a detener: la experiencia de la esclavitud en Egipto, de la manifestación de Dios en la zarza ardiente y en la liberación de la esclavitud.

Tomamos como referencia a Abraham, para situarnos en el momento histórico. Dios había hecho alianza con él, como ya vimos. Y renovará su alianza con su hijo Isaac, y luego con Jacob, hijo del anterior. Jacob tuvo doce hijos, entre ellos Judá y José. Tuvieron que emigrar a Egipto en una época de sequía para poder sobrevivir. Allí se establecieron y crecieron los descendientes de Abraham. Pero llegó un momento en que se vieron sometidos a una dura esclavitud por parte de los egipcios. La situación de esclavitud expresa bien la situación en la que el hombre vive tras el pecado. El pecado impone una dura esclavitud de la que el hombre se ve incapaz de salir, como la esclavitud que Israel experimenta en Egipto. En esta situación llegamos al momento en que surge un hombre determinante para la historia del pueblo judío, Moisés. Moisés ha escapado de Egipto, se ha casado y vive como pastor. Pero Dios le sale al encuentro:

Ex 3,1-17

Dios, después de haber llamado la atención de Moisés con el milagro de la zarza que arde sin consumirse, se identifica como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Este detalle es muy importante, porque expresa una vinculación de Dios con el hombre. En aquellos momentos los hombres adoraban todo tipo de dioses que estaban normalmente asociados a un lugar. Pero este Dios identifica a sí mismo con el Dios de Abraham, con el Dios que había establecido alianza y amistad con Abraham, el padre del pueblo judío. Es un Dios personal, que establece vínculos con el hombre.

Moisés insistirá y preguntará de nuevo sobre la identidad de este Dios. Esta pregunta sólo tiene sentido en el ámbito de politeísmo en el que vivía. Entonces Dios dará una doble respuesta:

A) «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "Yo soy" me ha enviado a vosotros.»

B) el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros

Lo primero que hay que decir es que en la cultura judía, y en todas las culturas orientales, el nombre tiene una gran importancia. El nombre designa lo que la persona es. Así, decir el nombre de alguien significa, de alguna forma, hacer referencia a su esencia, a su persona, a su ser individual e irrepetible. Poseer el nombre de alguien significa, además, tener cierto dominio, cierto poder o influencia sobre él. Por ejemplo, cuando en el relato del libro del Génesis se dice que el hombre puso nombre a todos los animales, se significa que, de alguna forma, el hombre los domina. En la escena de la zarza, en un primer momento Dios da como nombre suyo una fórmula un tanto extraña, extraña al menos como nombre: “Yo soy el que soy”, “Yo soy”, “Yahveh”. La tradición judía y la cristiana han deducido muchas cosas de esta manifestación del nombre de Dios, pero nosotros vamos a señalar ahora dos aspectos fundamentales.

Primero: “Yo soy el que soy”, no es en realidad un nombre, no al menos un nombre ordinario. Y es que Dios no tiene un nombre como el de los demás dioses, porque él no es un dios entre otros muchos dioses. “Yo soy el que soy” introduce al hombre en la cercanía de un Dios que no puede ser dominado ni por la inteligencia ni por la obra del hombre. Indica un ser que es siempre más grande que todo lo que el hombre puede pensar, imaginar o hacer. Este nombre que no es nombre introduce al hombre en el misterio de Dios. Él es único, el único Dios, que está por encima de todo, a quien ningún hombre puede manipular, ni siquiera con ritos o sacrificios, tal como creían hacer con las prácticas mágicas. Este Dios no está en el mismo nivel que los otros muchos dioses a los que adoraban los egipcios o los otros pueblos. Al tiempo este Dios se identifica con el ser, es decir con el fundamento de todo lo que existe, el principio de todo.

Segundo: Este Dios es un ser personal, que se relaciona y se muestra cercano al hombre, tal como ya hemos dicho antes.

Explicuemos lo que estos dos aspectos significan, poniéndolos en relación con la historia de la religión y de la filosofía. El politeísmo, la adoración de muchos dioses, normalmente reconocía una jerarquía de dioses, es decir unos dioses que estaban por encima de otros. Y solía reconocer un dios mayor, sobre todos los demás. Sin embargo, este dios superior no era accesible al hombre con sus ritos, sus sacrificios o sus oraciones. El politeísmo normalmente se limitaba a adorar a unos seres que no podían identificarse con el Dios verdadero, porque no creía poder acceder al dios supremo. Y justamente el Dios que está por encima de todo, el único que existe, es el que se revela a Moisés. El Dios verdadero es el que se manifiesta a Moisés, pero no es un dios entre otros dioses, no es un dios como aquellos a los que solían acudir los egipcios y los otros pueblos. Y la relación que este Dios establece con el hombre, es decir, una religión, será también totalmente distinta.

El hecho de que el politeísmo hubiese desistido de acceder al Dios verdadero significaba que había perdido, en gran medida, la esperanza de una verdadera y radical salvación. Sólo esperaba la mejora de las condiciones de “su esclavitud”, no una verdadera salvación, una respuesta al deseo de vida dichosa e inmortal que hay en el fondo del alma. Así, en realidad, las religiones habían desistido de relacionarse con el verdadero Dios y de ofrecer al hombre un verdadero camino de salvación. El camino hacia el árbol de la vida se encontraba cerrado.

Cuando el hombre de hoy se entrega a los dioses de placer, del dinero o del poder, sabe que no adora a dioses verdaderos. Sabe que, a pesar del indudable poder que estas realidades poseen, no tienen la capacidad de darle la salvación verdadera, no tienen la capacidad de asegurar la vida dichosa, feliz y eterna de uno ni de aquellos a los que se ama. Sin embargo, como ha claudicado en su búsqueda de Dios, llegando incluso a la convicción de que Dios no existe, se conforma con adorar y entregarse al servicio de estos falsos dioses, buscando mejorar las condiciones de “su esclavitud”. Sin embargo, lo que experimenta es la tiranía de mentira, la angustia, el miedo, la crueldad y todo tipo de pecados, la desesperanza...

Por otro lado, mucho tiempo después de la revelación de Dios a Moisés, y en otro ámbito cultural bien distinto, en la cultura griega clásica, había surgido un movimiento espiritual que tenía la pretensión de dirigirse a este Dios que a la religión le era inaccesible. Este movimiento espiritual fue la filosofía griega. La filosofía, dejando a un lado a los dioses, que aunque falsos, servían para el mantenimiento del orden social y político, dirigió su pensamiento al Dios verdadero y único. Y entendió que todo debía tener en él su principio y que sólo la contemplación de Dios podía fundamentar un verdadero conocimiento de la Verdad de todo, y una verdadera felicidad para el hombre. La filosofía dirigió su pensamiento hacia Dios, lo que nunca pudo siquiera soñar fue que este fundamento de todo, del que todo procedía, por el que todo existía, fuese un ser personal, alguien con el que el hombre pudiese entrar en relación de amistad y de amor. El árbol de la vida permanecía cerrado al hombre.

Pues bien, en la doble respuesta que Dios da a Moisés sobre sí mismo, encontramos algo realmente increíble en el conjunto de la historia humana: el Dios que se revela es el Dios verdadero, el Dios al que ningún hombre puede alcanzar, aquel que tiene la existencia por sí mismo, en sí mismo, no creado por nada ni nadie, que existe desde siempre y para siempre, sencillamente “el que es”, y da el ser a todo lo que existe. Pero este Dios inalcanzable ahora se acerca al hombre y se manifiesta como un Dios personal, que establece alianza y amistad: el Dios de “vuestrós padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”. Más aún, se muestra afectado por el sufrimiento de su pueblo y se implica en su liberación: “he visto el sufrimiento de mi pueblo y voy a liberarlo”. Dios mismo vuelve a abrir al hombre el camino a él, cerrado por el pecado.

Lo que ocurrirá después será que Dios salvará a su pueblo de la esclavitud por mano de Moisés. Y actuando la salvación, Dios mostrará que realmente es el verdadero Dios que está por

encima de todo y tiene toda en su mano. Y al tiempo mostrará que realmente está comprometido con el hombre, porque realmente actúa en su favor. Sobre esta experiencia histórica, se fundará siempre la esperanza de Israel y de la Iglesia: No esperamos en vano, fiados de vanas palabras o ilusiones sin fundamento. Nuestra esperanza se fundamenta en lo que ya ha ocurrido: Dios obrando a favor del hombre. Y en su ser por encima de todo. Y en su fidelidad con el hombre.

-Rm 8,31-39

D) Súplicas y Padre Nuestro

E) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

F) Despedida

Como en la primera catequesis.

G) Ángelus

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

El próximo día volveremos sobre cómo Dios llevó a cabo su palabra, pero como el tiempo apremia y hemos de seguir adelante, es muy importante que vosotros mismos leáis antes de la próxima catequesis la historia de la liberación del pueblo judío de la esclavitud, la historia del “Éxodo”. (Ex 3 – 15) (O algo más breve: 3,1-15; 5,1-6,1; 7-8; 11-12; 13,17-15,13) Este acontecimiento del Éxodo, de la Pascua judía, es un momento determinante, así que debéis leerlo con detenimiento y con atención. Además, no es sólo una historia pasada, es presente para vosotros. También a vosotros se os manifiesta Dios para sacaros de la dura esclavitud del pecado y llevaros a la libertad de los hijos de Dios. Así pues leedlo no sólo como una “historia”. Entended que Dios dialoga con vosotros, con cada uno. Pedid el auxilio del Espíritu Santo cuando leáis la Sagrada Escritura y entrad en el diálogo con Dios.

Catequesis 21:

Cristo: la esperanza cumplida

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

*Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118).
Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).*

C) Catequesis

Los acontecimientos que siguieron a la manifestación de Dios a Moisés, tuvieron una importancia capital en la Historia de la Salvación. Por eso hoy centraremos en ellos nuestra catequesis. Pero para que no se convierta, sin más, en una clase de historia, hemos de aprender algo fundamental sobre la historia de la salvación. Esta historia, que empieza con la creación del universo tiene una dirección precisa: la que le imprime el designio de Dios, del que ya hablamos. Recordamos que este designio se resume en la comunión del hombre con Dios. Dios tiene el designio de hacer que el hombre llegue a participar de su propia vida.

Si Dios no lleva a cabo su voluntad en un instante es precisamente por la necesidad que tiene de una respuesta libre del hombre. Pues bien, la Historia de la Salvación, es el marco en el cual Dios dialogará en libertad con el hombre, el marco en el que se dará a conocer, en el que llamará al hombre a la amistad y a la alianza con él, el marco en el que el hombre habrá de responder a Dios en libertad.

Y esta historia guiada por Dios tiene un momento cumbre, que san Pablo llama “la plenitud de los tiempos” (Cf. Gal 4,4). Es el momento en que Dios mismo se hace hombre, vive como hombre, muere en la cruz y resucita. Cristo, la persona de Jesucristo, es el centro de esta Historia de la Salvación. Cristo es la plenitud que toda la historia anterior prepara, anuncia y anticipa. Mientras que toda la vida y existencia de Cristo es cumplimiento de lo ya anunciado y anticipado.

Para entender los acontecimientos y las palabras del A.T. es necesario, primero, entenderlos en su propio contexto histórico, pero eso no dice todo de lo que esos hechos y palabras significan. Para entenderlos plenamente hay que referirlos al plan total de Dios y al centro de la obra de salvación, al punto fundamental donde la Historia de la Salvación encuentra su plenitud: la persona y la existencia de Jesucristo.

Antes de seguir adelante quiero poner un ejemplo. Imaginad que un día visitáis las ruinas de una catedral gótica. No una catedral gótica en buenas condiciones, sino una catedral gótica totalmente en ruinas, cuyas piedras están todas esparcidas por el suelo. Pues bien, uno puede llegar allí, contemplar cada piedra por separado y admirarse de la belleza de las distintas partes. Eso es comparable a contemplar cada acontecimiento de la historia de la salvación de forma aislada. Ahora bien, si uno quiere comprender la verdadera belleza y grandeza de la catedral no le bastará contemplar cada piedra por separado, deberá hacer el esfuerzo de imaginar cómo estaban todas ordenadas y ensambladas, deberá incluso hacer el esfuerzo por reconstruir la vieja catedral y poner todo en su sitio. Sólo así podrá percatarse de la verdadera belleza de cada una de las piedras, que sólo se entiende en el conjunto para el que cada una fue labrada. Así ocurre con la Historia de la Salvación: el verdadero significado de cada uno de los acontecimientos y de las palabras sólo adquieren su verdadero significado en el conjunto. Ahora bien, lo característico de una catedral gótica son sus arcos ojivales y las bóvedas que con ellos se forman, y que elevan el edificio como si quisiera elevar nuestro espíritu hacia Dios. Pero en esas bóvedas y arcos hay una piedra sin la cual todo se viene abajo, es la piedra “clave”. La piedra clave es la que da la figura final al conjunto. Quitada ella, cada piedra pierde su lugar en el conjunto y se esparce sin orden

por el suelo, y entonces las piedras ahora amontonadas, pierden ese efecto de elevar nuestro espíritu. Es decir, que esta piedra clave es la fundamental para entender el puesto, la belleza, el orden, de cada una de las piedras en el conjunto, y la eficacia de todo el conjunto. En la historia de la salvación ocurre lo mismo: el acontecimiento final, la plenitud de la historia de la salvación es el que da el orden a todo el conjunto y a cada una de las palabras y de los hechos. Y esa piedra clave es Cristo. Sólo a partir de él se ordena todo, cada acontecimiento de la historia muestra su verdadero significado, y es capaz de unirnos a Dios.

Eso significa que toda la Escritura, de un modo u otro, habla de Cristo. El mismo Señor lo dice cuando discute con los fariseos: “Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn 5,39). Y San Jerónimo, un Padre de la Iglesia que dedicó toda su vida al estudio de la Sagrada Escritura dijo:

”Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo”¹⁹

Ahora no vamos a volver sobre toda la historia del Éxodo que habéis leído solos. Podríamos estar todo un año explicando cómo aquel acontecimiento fundamental de la historia de la salvación anuncia y anticipa a Cristo, su muerte y su resurrección. Poco a poco iréis entendiéndolo.

Retomamos hilo argumental que nos llevó a evocar la liberación de Egipto. Tras estos acontecimientos es normal que Israel adquiriese seguridad no sólo de la existencia de Dios, sino también de que el Dios que existía estaba comprometido con ellos. Dios no es sólo el principio que da razón de la existencia de todo el universo. No es un motor inmóvil que ha puesto en marcha todo y que permanece allí lejano y ajeno al vivir humano. Dios es el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob. Dios ama, se compadece y es fiel. Eso es lo que aprendió, resumiendo mucho, Israel en su propia carne. Por eso, tenía motivo sobrado para esperar y confiar en que Dios le liberaría definitivamente, no ya de un faraón humano, sino de todo poder que esclaviza al hombre. Por eso tenemos nosotros certeza de que Dios, que os ha marcado ya con la cruz de su Hijo, con el signo de su amor más elocuente, de su compasión más insospechada, de su fidelidad más rotunda, tenemos la certeza, de que también a vosotros os librerá de todo pecado y os dará la libertad propia de los hijos de Dios, os hará sus hijos en el Bautismo.

La promesa de la victoria sobre el pecado y sus consecuencias, de la que hablábamos el otro día, a propósito del libro del Génesis, del Proto-evangelio, llenó todo el Antiguo Testamento. Y lo hizo porque Dios dio a Israel pruebas de su amor, de su compasión y de su fidelidad. La espera de Israel no fue vana, sino que tuvo cumplida respuesta en el envío de Jesucristo. Pero antes de centrarnos en la persona de Cristo y en el misterio que encierra, vamos a referir otro momento de la historia de Israel.

El Espíritu Santo mantuvo la esperanza de Abraham y, después de él, de su hijo Isaac, y después de su hijo Jacob. Todos ellos esperaron que de su germen nacería el Mesías. Jacob tuvo 12 hijos, que son el origen de las Doce Tribus de Israel. Uno de aquellos 12 hijos, Judá recibió la promesa de que el Mesías sería de su casa. También por medio de Moisés, Dios reiteró a su pueblo la promesa de que llegaría el día en que enviaría a uno más grande que el propio Moisés, por medio del cual él mismo hablaría cara a cara con su pueblo. De la casa de Judá, muchos años después, era el rey David, a quién se le renovó la promesa que de su descendencia nacería el Salvador. Años después del reinado de David y de su Hijo Salomón, el pueblo de Dios se dividió en dos reinos, el reino del norte, también llamado Reino de Israel y el reino del sur, también llamado Reino de Judá. Y, aún en esta división, a la tribu de Judá se le mantuvo la promesa del Salvador.

¹⁹ Del prólogo al comentario de san Jerónimo sobre el Libro del Profeta Isaías 1.2 (CCL 73, 1-3)

Vamos a leer ahora una lectura del profeta Isaías. La situación es que el Reino del Norte, Israel, y el Reino del Sur, Judá, están en guerra. Israel se alía con otros pueblos extranjeros y marcha sobre Jerusalén, la capital de Judá. El rey de Judá, que se llama Acáz, se siente aterrado y el profeta Isaías le hace una misteriosa promesa:

Is 7,1-14

La lucha contra el pueblo elegido es símbolo e imagen de la lucha contra la descendencia de Adán, es decir, contra el hombre. Y ¿quién lucha contra el hombre? No Dios, que lo creó y lo mantiene en la existencia y lo ama y ha preparado para él un destino glorioso. Es el diablo el enemigo del hombre. Es este el que alía la mentira con el miedo para hacer que el hombre tiemble y pierda la confianza en la promesa de Dios.

Pero Dios no sólo reafirma su promesa de que en esta lucha, el que se fíe de él prevalecerá - *si no tenéis fe, no permaneceréis* -, sino que él mismo ofrece la señal del cumplimiento de su promesa: *He aquí que la virgen esta encinta y da a luz, y le llama Emmanuel.*

Otra vez aparece que el enviado será un hombre, eso es lo que significa “nacido de mujer”, lo mismo que también “hijo de hombre”. Pero la “señal”, es decir el hecho milagroso que han de esperar, es que nacerá de una virgen, es decir, que una virgen será “madre”. Esta será la nueva Eva, la madre de una humanidad nueva.

Pues bien, cuando llegó el tiempo previsto por Dios, con palabras de san Pablo que hemos traído ya otras veces, Dios cumplió sus promesas: *Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva.* (Gal 4,4-5).

Vayamos a dos relatos que nos muestran el cumplimiento de la promesa de Dios, de la esperanza mantenida y alimentada por el Espíritu Santo profético de este cumplimiento. En estos relatos veréis a la mujer, descendiente de Eva que da a luz al Salvador. Es la nueva Eva, la madre de una nueva humanidad. Y veréis que esta mujer es virgen: una virgen encinta, una virgen madre, veréis al que es descendencia de Judá, de David. Y veréis al Espíritu Santo, que cubre con la sombra de su misterio la concepción y el parto de la virgen. Lo cubre con el misterio, lo cubre con el silencio, porque oculto debía permanecer a los ojos del diablo que buscaba devorarlo. Y ¿en qué consistió este velo? –El silencio, la humildad, la pobreza, la sencillez de la nueva Eva y de su Hijo. Aquel soberbio no podía ver en tanto silencio, en tanta humillación, en tanta pobreza, al que venía a destruirle.

Pero vayamos a los relatos en los que se narran los hechos que dieron inicio a nuestra salvación:

Lc 1,26-38

La virgen está desposada con José, que es de la casa de David, es decir, de la tribu de Judá. La mujer es una virgen que ha sido desposada, aún no conoce varón. Se la llama “llena de gracia”. Se anuncia que su hijo se llamará Jesús, que significa “Dios salva”; y que será Hijo de Dios; y que tomará el trono de David, es decir que es el Mesías prometido y esperado, el Mesías definitivo: “El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y reino no tendrá fin”. El Hijo establecerá el Reino de Dios. Recordad de las primeras catequesis, de las del tiempo del precatcumenado, que Jesús iniciará su predicación anunciando la llegada del Reino de Dios. Y la concepción de este Hijo es obra del poder de Dios, del Espíritu Santo.

Antes os decía, y el último día también, que el acto contrario al pecado de Adán –acto de desconfianza, de desobediencia y de soberbia que busca apropiarse de lo que sólo es propio de Dios–, es la entrega voluntaria de Jesús en la cruz, acto de confianza, de amor, de obediencia y de humildad, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Pero, ahora, al escuchara el plan de Dios, las palabras de María, sometiéndose libremente a la voluntad de Dios, son un adelanto del sacrificio de su Hijo. “Hágase”, dice María. “Si es posible pase de mi este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú”, dice el Hijo antes de padecer. Cristo es el nuevo Adán, pero María es la nueva Eva.

Vamos al otro relato:

Lc 2,1-21

Misteriosamente, María y José, que viven en Nazaret, al norte de Israel, en Galilea, tienen que viajar, a causa del padrón, hasta Belén, en Judea. Esta era la ciudad del rey David, donde fue ungido por el profeta como Rey de Israel (Cf. 1Sam 16,1-13). Pero además estaba profetizado que fuera allí donde habría de nacer el Mesías. Así aparece en el profeta Miqueas: *Mas tú, Belén Efratá, aunque eres la menor entre las familias de Judá, de ti me ha de salir aquel que ha de dominar en Israel, y cuyos orígenes son de antigüedad, desde los días de antaño. Por eso él los abandonará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz. Entonces el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. El se alzará y pastoreará con el poder de Yabveh, con la majestad del nombre de Yabveh su Dios. Se asentarán bien, porque entonces se hará él grande hasta los confines de la tierra.* (Miq 5,1-3).

María está aquí con su Hijo, igual que estará en la cruz. Ella ofrece a su hijo al mundo, diciendo “Sí” a Dios. Pero esta oferta no concluirá hasta que el Hijo se ofrezca como remedio a nuestra hambre, como fruto de vida, en el árbol de la cruz. De hecho, el pesebre, que guarda María, donde ha depositado a su Hijo, es un anuncio de la cruz, también guardada por María. Os explicaré por qué.

El pesebre es donde se ofrece el alimento a los animales. Pues bien, tomando unas palabras del profeta Isaías: *Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo.* (Is 1,3), la tradición cristiana vio en este buey y en este asno, que muy posiblemente pudieran estar en el establo donde nació Jesús, porque no era aquello otra cosa que un establo, la representación de la humanidad. El buey representaría a Israel, porque éste es el animal del sacrificio, e Israel es el pueblo de los antiguos sacrificios. El asno representa al pueblo gentil, a los no judíos, que hasta ese momento no conocían al Dios verdadero. Ambos representan a toda la humanidad, a quién se ofrece el Hijo de Dios e hijo de María como alimento, en el pesebre. Y eso es lo que ocurrirá de forma definitiva en la cruz: Cristo se ofrece a sí mismo a todos los hombres, como el pan de vida. Después de que seáis bautizados y después de que se os dé la plenitud del Espíritu Santo el sacramento de la Confirmación, recibiréis también a Cristo en la Eucaristía: comeréis de su pan, beberéis de su vino, que son su cuerpo y su sangre, el mismo cuerpo que fue clavado en la cruz, la misma sangre que allí se derramó por completo sobre la tierra para sanarla. El mismo cuerpo clavado y el mismo cuerpo resucitado, la misma sangre derramada, la misma sangre gloriosa tras la resurrección, que corre por las venas de la Iglesia, dando vida divina a lo que no es más que polvo.

D) Súplicas y Padre Nuestro

E) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

F) **Despedida**

Como en la primera catequesis.

H) **Ángelus**

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

En las catequesis del pre-catecumenado tuvisteis ocasión de conocer a Cristo. Desde entonces, siempre hablamos de él y oramos con él a su Padre, y nos unimos a él por la fe... Él siempre está en el centro de la vida de la Iglesia. Él es nuestra vida Y aunque en las catequesis del pre-catecumenado ya aprendisteis muchas cosas sobre él, ahora dedicaremos algunas catequesis a explicar las cosas fundamentales, para que nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor se fundamenten en la verdad, no en meras opiniones o sentimientos, sino en la verdad de lo que él es y de su obra a favor nuestro.

Catequesis 22 – 24: Jesucristo

Con la estructura acostumbrada, dedicaremos tres catequesis a las palabras que el símbolo dirige a Jesucristo. Y lo haremos comentando el *Compendio del Catecismo*.

El objetivo de la catequesis es plantearlas no como verdades abstractas, sino que mostramos el verdadero rostro, su verdadero ser y la verdadera historia de nuestro Señor, que murió por nosotros y resucitó al tercer día.

La respuesta nuestra, a esta entrega de Jesucristo, debe ser la fe; entrega de nuestro afecto, nuestra inteligencia y toda nuestra voluntad. Unidos a la fe de la Iglesia, damos fe en Cristo Jesús nuestro Dios y salvador. Esto es lo que queremos decir al proclamar el Credo Símbolo de nuestra fe.

EL PRIMER DÍA, los números que van del **81 al 93**, centrándonos en las palabras que usamos para referirnos al Señor en el Credo (*Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor*) y en la primera de las afirmaciones del Símbolo (concebido por obra y gracia del Espíritu Santo). Como texto de la Escritura para ser proclamado solemnemente después de la catequesis: Mt 16,13-20. Tras él, el sacerdote, o en su defecto el catequista, exhortará a los catecúmenos a entrar en diálogo con Cristo y a darle fe.

EL SEGUNDO DÍA, los números que van del **101 al 111**, haciendo referencia a la relación de Jesús con la Santísima Virgen y a los misterios de la vida oculta y la vida pública de Jesús. Si es posible, al final, leeremos dos Evangelios: el Bautismo del Señor y su Transfiguración. Al leer el Bautismo haremos referencia a dos cosas: primero, al Bautismo que los catecúmenos han de recibir, que también ellos, unidos a Jesús, serán hechos hijos de Dios y recibirán el Espíritu Santo; segundo, que Cristo es ungido por el Espíritu Santo y por eso, si recuerdan las catequesis del pre-catecumenado, en la sinagoga de Nazaret, al leer las palabras del profeta Isaías, se proclama a sí mismo como el “Mesías”, el “Ungido”, el “Cristo”. Al leer la Transfiguración les exhortaremos a centrar su vida en Cristo, de tal forma que “le escuchen”, que “le sigan”. Toda la historia y todo el universo tiene puesta en él su atención, Moisés y Elías tienen en él puesta su mirada. Cuanto no más nosotros hemos de ordenar los pasos de nuestra vida en su seguimiento real.

EL TERCER DÍA centraremos la atención en las referencias a la pasión, a la muerte, a la resurrección y a la ascensión de Jesús a los cielos (del **112 al 135**). Como son bastantes números del catecismo, tenéis que ver si os dará tiempo a comentarlos todos. Si no es así tendréis que seleccionar los más importantes. Hay que tener en cuenta que la pasión, muerte y resurrección del Señor fue el centro de la catequesis del pre-catecumenado y que sobre ellas volvemos constantemente. Como Evangelio leeremos Lc 24,36-53. Haremos hincapié en algunas cosas: el lugar que alcanza Cristo, como hombre verdadero nos muestra el lugar al que nosotros nos encaminamos y al que debemos aspirar. Él es nuestra cabeza, nosotros su cuerpo. Donde está la cabeza ha de estar el cuerpo. Segundo, y por la promesa de vida y de compañía de Cristo que esto supone, hemos de exhortar a los catecúmenos a la alegría cristiana. Tercero, hemos de exhortarles a imitar a los apóstoles, que unidos esperan el don

del Espíritu Santo. (Las catequesis siguientes las dedicaremos al Espíritu Santo). También ellos unidos a la Iglesia han de esperar los Sacramentos.

Lo que cada uno de los días debemos tener en cuenta es que no enseñamos verdades abstractas, sino que mostramos el verdadero rostro, el verdadero ser y la verdadera historia de nuestro Señor, el que murió por nosotros. Y lo mostramos para que guardemos en el corazón y en la memoria lo que él hizo por nosotros y el amor verdadero y presente que nos tiene; y para que dirijamos a él todo nuestro afecto, vuestra inteligencia y nuestra voluntad. Eso es la fe. Unidos a la Iglesia damos fe a Cristo. Eso significa decir “creo” y “Amén”, al principio y al final de la oración del Símbolo.

Catequesis 25: La Virgen María

Esta catequesis tiene por objeto hacer ver que todo el plan de salvación del Padre, que tiene como centro el misterio pascual del Hijo de Dios encarnado, pasa por la colaboración de la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

A) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

Para esta catequesis leer del Compendio del Catecismo n°94 al 100 y del 196 al 199

C) Catequesis

Dedicamos una catequesis a afirmar que el plan de salvación de nuestro Padre, que se centra en la encarnación de su Hijo para salvarnos por medio de su pasión, muerte y resurrección, está unido al misterio de la Virgen María.

En María se muestra qué necesita Dios de las criaturas humanas para poder rescatarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte.

En el orden corporal, María es triplemente Virgen: antes del parto, porque concibió a Jesús por obra del Espíritu Santo, mostrando así la sobrenaturalidad de esa concepción; en el parto, porque alumbró al Hijo de Dios sin perder su integridad virginal, incumpléndose en Ella la maldición bíblica a la mujer (“*Parirás con dolor*”: Gen. 3, 16); y después del parto, porque se dedicó con totalidad a su maternidad divina. Asimismo, su cuerpo no sufrió la corrupción de la muerte, sino que al acabar su misión terrena, fue elevada en cuerpo y espíritu a los cielos.

María en el misterio de Cristo y de la Iglesia

La Virgen María es Madre del Redentor, y está inserta en la misma vida íntima de la Santísima Trinidad: «*La Virgen María, que al anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la Vida al mundo, es reconocida y venerada como verdadera Madre de Dios y del Redentor. Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales y terrenas*»²⁰

La Virgen María es tanto Madre de Dios como de los hombres: «*A la vez está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de la salvación; y no sólo eso, sino que es verdadera madre de los miembros de Cristo, por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza. Por este motivo es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de*

²⁰ (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 53).

la Iglesia; y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad; y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a una madre amantísima, con afecto de piedad filial» (LG, 53).

La maternidad de María respecto a los hombres es de orden sobrenatural: «*Es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG, 61).* En especial, como quiso proclamarla Pablo VI, es Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los Pastores. Hasta tal punto está unida María a la Encarnación y al ser mismo de la Iglesia que Pablo VI llegó a afirmar: «*El conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave para la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia»*²¹

Camino seguro hacia Dios

En efecto, por su lugar en la comunión trinitaria y su consiguiente misión maternal con los hombres, María es el camino seguro que el Padre nos ha entregado para que no nos equivoquemos en nuestro seguimiento de Jesucristo y para que obtengamos la gracia del Espíritu, que nos sostiene en nuestro peregrinar hasta la casa del Cielo.

Por una parte, la figura de María nos preserva de las interpretaciones erróneas de la fe. Especialmente hoy día, la vida de la Inmaculada y llena de gracia -en comunión íntima con Dios, como Madre, Hija y Esposa de las Personas divinas; Virgen y Asunta al Cielo, no sólo en alma sino también en cuerpo; «*Mujer del silencio y de la escucha»* orante; y Mujer que escucha y practica lo que Dios le pide en concreto- aparece como el mejor antídoto con que contamos para vencer las cuatro manifestaciones de falta de fe, que se han introducido últimamente en el corazón de no pocos cristianos: 1º) el desaliento de poder comunicarse con Dios y alcanzar la verdad, 2º) la pérdida del sentido moral, que ignora la dimensión afectiva de la fe y sus exigencias en el orden práctico; 3º) el materialismo práctico; y 4º) la búsqueda de una espiritualidad demasiado vaga e indeterminada²²

Además de Maestra y Modelo, María intercede maternalmente por nosotros, aun cuando todavía no hayamos acudido a su auxilio, en cuanto detecta nuestras necesidades, como sucedió en Caná (cf *Jn* 2, 3-5).

El verdadero culto a María

Se equivocan los que piensan que se aplica la renovación del culto a María, reclamada por el Concilio Vaticano II, silenciando la unión a Nuestra Señora o sosteniendo, como hijos ingratos, que las tradicionales prácticas de piedad están superadas, que pertenecen a una época que se pierde en la historia.

Es precisamente el Concilio quien manda a los presbíteros «*que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico; que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos y que observen escrupulosamente cuanto en los tiempos pasados fue decretado acerca del culto a las imágenes de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos (...), que se abstengan con cuidado de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios» (LG, 66).*

Es decir, lo que debemos tener presente e inculcar a los demás fieles es «*que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia*

²¹ (Pablo VI, *Discurso*, 21.XI.1964).

²² (cf S. Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes romanos*, 13.II.1997).

nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes» (LG, 67). La autenticidad de la devoción mariana se mostrará especialmente en el esfuerzo por parecerse a Ella, siendo buenos hijos.

Tratar a María

Este fomento del culto y de la devoción a la Santísima Virgen debe comenzar en nuestra propia vida. Necesitamos conocer familiarmente la vida de María, de forma que podamos contemplarla de manera viva. De esa contemplación podremos sacar ejemplo para nuestra vida, pues la santísima Virgen es modelo de entrega generosa de la propia vida unida a Cristo.

Asimismo, debe ser frecuente nuestro recurso a su intercesión en todos los momentos de nuestra vida. Para ello, hemos de vivir personalmente las manifestaciones de piedad mariana acrisoladas por los siglos y aconsejadas por la Iglesia. La celebración personal de la fiestas de la Santísima Virgen, el rezo y la contemplación del Santo Rosario, el escapulario del Carmen, la Novena de la Inmaculada, el mes de Mayo mariano, las romerías, las imágenes de la Virgen, así como otras devociones y prácticas de piedad mariana tradicionales a la par que actuales, deben estar presentes en la vida del cristiano como expresiones de su fe en la necesidad de la ayuda materna de la Omnipotencia Suplicante.

Un «arma poderosa»

Entre todas las devociones marianas, la más recomendada por los Pontífices Romanos es el Santo Rosario. *«El santo rosario nos introduce en el corazón mismo de la fe»²³; «es un coloquio confidencial con María, una conversación llena de abandono. Es confiarle nuestras penas, manifestarle nuestras esperanzas, abrirle nuestro corazón. Declararnos a su disposición para todo aquello que Ella, en nombre de su Hijo, nos pida. Prometerle fidelidad en toda circunstancia, incluso la más dolorosa y difícil, seguros de su protección, seguros de que, si lo pedimos, Ella nos obtendrá siempre de su Hijo todas las gracias necesarias para nuestra salvación»²⁴*

«El santo rosario es fuente de vida cristiana. Procurad rezarlo a diario, solos o en familia, repitiendo con gran fe esas oraciones fundamentales del cristiano, que son el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria. Meditad esas escenas de la vida de Jesús y de María, que nos recuerdan los misterios de gozo, dolor y gloria»²⁵. Así venceremos en nuestras contiendas diarias y obtendremos gracia abundante para las almas que atendemos en nuestro ministerio pastoral.

Deberíamos secundar la recomendación que han hecho muchos papas a los esposos, de rezarlo a diario en familia, como instrumento eficazísimo de recristianización de sus hogares: *«Queridos esposos: el santo rosario rezado en familia es una costumbre laudable y una dulce expresión de fe religiosa. La casa se convierte así en el santuario doméstico del que los padres son de alguna forma los sacerdotes. Ahora bien, la familia parece haber olvidado este modo tan particular de honrar a Dios y a la Virgen, su madre. Pero se ha empobrecido; y está más dispersa, con grave daño para la sociedad. Por ello os exhorto fervientemente a que reanudéis esta devota costumbre. Ella reforzará el sacramento, estrechará el vínculo conyugal, alimentará el amor, llamará a Dios en medio de vosotros para que sea el autor de vuestra felicidad»²⁶*

«La familia cristiana se encuentra y consolida su identidad en la oración. Esforzaos por hallar cada día un tiempo para dedicarlo juntos a hablar con el Señor y a escuchar su voz. ¡Qué hermoso resulta que en una familia se rece, al atardecer, aunque sea una parte del Rosario! (...) Una familia que reza unida, se mantiene unida; una familia que ora es una familia que se salva (...). ¡Actuad de manera que vuestras casas sean hogares de fe cristiana y de virtud, mediante la oración rezada todos juntos!»²⁷. *«¡Ojalá resurgiese la hermosa costumbre de rezar el Rosario en familia!»²⁸*

²³ (S. Juan Pablo II, *Alocución*, 8.X.1980)

²⁴ (S. Juan Pablo II, *Alocución*, 25.IV.1987).

²⁵ (idem, *Alocución*, 5.IV.1987)

²⁶ (S. Juan Pablo II, *Alocución*, 8.X.1980).

²⁷ (S. Juan Pablo II, *Discurso a las familias*, 24.III.1984)

²⁸ (Idem, *Homilía*, 12.X.1980).

Sería muy conveniente invitar al catecúmeno a rezar el rosario con la comunidad parroquial o quedar para rezarlo con él en otro momento que el catequista considere adecuado.

Esperanza y consuelo en nuestro peregrinar terreno

Mientras peregrinamos hacia la casa del Padre «*en este valle de lágrimas*» (Salve, Regina), María, con su presencia en el Cielo, nos sostiene en la esperanza que no defrauda (Rom 5, 5) y, como Esposa del Consolador, nos colma de alegría y de paz en medio de las dificultades: «*La madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo, hasta que llegue el día del Señor*»²⁹

«*Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir...*» (S. Bernardo, Memorare. «*Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix*»))

D) Lecturas y Exhortación

Podéis elegir algunas de las siguientes lecturas:

-Mt 1, 16. 18-23

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo. La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: Ved que la virgen ha concebido y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: «Dios con nosotros.»

-Lc1, 26-38

El sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.» Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel dejándola se fue.

-Lc 1, 39-56

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de

²⁹ (cf 2 Pet 3, 10)» (LG, 68).

mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»

Y dijo María: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada. Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia como había anunciado a nuestros padres en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.»

María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

-Lc 11, 27-28

Sucedió que, estando él diciendo estas cosas, alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo: «¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!» Pero él dijo: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan.»

-Hch 1, 12-14

Después de subir Jesús al cielo, los apóstoles se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

-Jn 2, 1-11

Se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: «No tienen vino.» Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.» Dice su madre a los sirvientes: «Haced lo que él os diga.» Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua.» Y las llenaron hasta arriba. «Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.» Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: «Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.» Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

-Jn 19, 25-27

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena.

26 Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

27 Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

-Ap 12, 1-5

Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó

sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. La mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono.

E) **Lectura y explicación del Compendio del Catecismo (nº94 al 100 y del 196 al 199)**

A partir de aquí se trata sencillamente de ir leyendo y comentando los números que van del 94 al 100 y del 196 al 199.

F) **Súplicas y Padre Nuestro**

G) **Bendición**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. **(RICA 121-124; 374).**

H) **Despedida**

Como en la primera catequesis.

I) **Bajo tu protección**

***Hoy introducimos una oración nueva.
Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica***

Catequesis 26: El Espíritu Santo: Espíritu Profético y Espíritu filial

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

C) Catequesis

Toca hoy centrar la catequesis en la persona del Espíritu Santo. Hablamos de una persona, no de una cosa o de una especie de energía. Es una persona, como lo es el Padre y como lo es el Hijo. Con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo es Dios, el único Dios que existe. Dios único y uno. No son tres dioses, sino un solo Dios y tres personas distintas.



Y afirmamos todo esto como verdadero, como contenido fundamental de la fe cristiana, de tal forma que nadie que no lo profese puede llamarse cristiano, como ocurre con todas las afirmaciones que encontramos tanto en el símbolo de los Apóstoles, como en el símbolo Niceno-Constantinopolitano... Afirmamos todo esto no porque nos guste complicar las cosas, sino porque así se ha mostrado Dios a lo largo de la historia, como Uno y Trino, como un solo ser y tres personas distintas. Y sobre todo, porque así nos lo ha mostrado Jesucristo.

Él es el Hijo Único del Padre. Él, engendrado antes del tiempo, desde toda la eternidad, ha sido ungido también desde siempre por el amor de su Padre, amor paterno. A su vez, desde siempre, él ha amado a su Padre de forma total, amor filial. El vínculo de amor entre las dos personas del Padre y del Hijo, vínculo de amor paterno, por parte del Padre, y vínculo de amor filial, por parte del Hijo, es el Espíritu Santo.

Por tanto, podemos decir –sabiendo que la realidad de Dios está siempre muy por encima de la capacidad de nuestras palabras para hablar adecuadamente de él-- que el Espíritu Santo es Espíritu del Padre y del Hijo. Es el amor con que el Padre ama al Hijo. Es el amor con que el Hijo ama al Padre. Por eso, igual que del Hijo decimos en el credo que es engendrado por el Padre, cuando nos referimos al Espíritu no decimos que es “*engendrado*” por el Padre, sino que “*procede*”, tanto del Padre como del Hijo. Es el amor con que el Padre ama al Hijo, es el amor con que el Hijo ama al Padre.

Por eso, cuando el Padre prepara en el Antiguo Testamento la venida y la obra de su Hijo, lo hace por medio de este Espíritu. Ya os decía el otro día, lo que ahora no me importa repetir: toda la Historia de Israel está traspasada por la promesa, la preparación y la espera del Salvador del género humano. El Espíritu Santo, que invocamos al comenzar cada catequesis es, en todo el tiempo de la preparación, en el tiempo del Antiguo Testamento, el Espíritu de la Promesa, que guiará el corazón y la mente del pueblo de Dios en la espera del Mesías. Este Espíritu de la Promesa o Espíritu profético, es el que guía vuestra alma hacia el Mesías, hacia vuestro Salvador, hacia Cristo.

Este Espíritu profético es el que mantuvo la esperanza de Abraham y, después de él, de su hijo Isaac, y, después de Isaac, de su hijo Jacob. Todos ellos esperaron que de su germen nacería el Mesías. Jacob tuvo 12 hijos, que son el origen de las Doce Tribus de Israel. Uno de aquellos 12 hijos, Judá recibió la promesa de que el Mesías sería de su casa. También por medio de Moisés, Dios reiteró a su pueblo la promesa de que llegaría el día en que enviaría a uno más grande que el propio Moisés, por medio del cual él mismo hablaría cara a cara con su pueblo. De la casa de Judá, muchos años después era el rey David, a quién se le renovó la promesa que de su descendencia nacería el Salvador. Años después del reinado de David y de su Hijo Salomón, el pueblo de Dios se dividió en dos reinos, el reino del norte, también llamado Reino de Israel y el reino del sur, también llamado Reino de Judá. Y aún en esta división a la tribu de Judá se le mantuvo la promesa del Salvador.

El Espíritu Santo que Dios concedía a su pueblo en la espera del Salvador, era este Espíritu del Padre, Espíritu que anhela al Hijo, que espera al Hijo y que ama al Hijo. Por eso, dado a los hombres, producía en ellos el anhelo, la espera y el amor de una promesa que sólo podían intuir, la del Mesías, la del Ungido con el Espíritu de Dios, que implicaría una nueva cercanía, una nueva presencia y una nueva relación con Dios. Este mismo Espíritu, Dios lo da a todos los hombres que buscan la verdad, que buscan la Belleza, que buscan el Bien, con sinceridad. Lo da a todos aquellos que escuchan la voz de la conciencia, “*Buscad mi rostro*” y buscan a Dios. Lo da a los que lo buscan vivan donde vivan, educados en una u otra cultura. A los que lo buscan con sinceridad, a veces con mucha dificultad, a veces con el dolor de no ver. A éstos Dios les da del Espíritu que anhela y que espera con amor al Hijo, para guiarles con una especie de invisible luz hacia el Hijo de Dios hecho hombre, hacia Jesús.

También vosotros, sin saberlo, habéis recibido de este Espíritu. Con él Dios os guía hasta su Hijo. Este Espíritu os ha permitido seguir adelante a pesar de las tentaciones, o de las dificultades o de los miedos. Él os guía hasta reconocer en la Iglesia Católica, la Carne y la Voz del Hijo, hasta el Hijo mismo que vive en la Iglesia. Así es como participáis del Espíritu profético, del Espíritu de la promesa, que mantiene, sostiene y alienta la espera de Cristo, la espera de aquel para quien fue hecho nuestro corazón.

El Espíritu Santo no sólo es el Espíritu de la promesa, que sostiene la esperanza de Israel y la de todos aquellos que han sido obedientes al Dios que les ha hablado en la conciencia y en el lenguaje de su creación. Es el Espíritu paterno con que el Padre ama al Hijo desde toda la eternidad. Y cuando llega el momento de que el Hijo Eterno se hace hombre, Jesús es amado por el Padre y ungido por Espíritu Santo. Así se deja ver en el momento de la concepción. Dice el ángel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que ha de nacer será Santo y será llamado Hijo de Dios”. Ahí está el Altísimo, es decir, el Padre, ungiendo, rodeando de amor al Hijo hecho hombre con el Espíritu Santo. Pero como a partir de ese momento el Hijo de Dios es también hombre, y el hombre es una naturaleza progresiva, que ha de crecer y madurar, veremos cómo también el Espíritu Santo madura la humanidad de Cristo.



El progreso, el crecimiento es una experiencia de nuestro cuerpo. Pero también ocurre con nuestra alma. Pero hay una gran diferencia entre ambos. Mientras que el cuerpo crece espontáneamente, basta una buena alimentación para que crezca sano y el niño llegue a ser hombre pleno; no ocurre así con el alma, porque el espíritu humano no se hace mejor automáticamente, sino en el ejercicio

de una voluntad libre. El niño que se ejercita en el bien crece hasta ser un hombre bueno, un hombre más perfecto. El que se ejercita en el mal, decrece y puede llegar a parecerse a un animal o a un demonio. Lo uno y lo otro por el uso de su libertad, que es un principio dado por Dios al hombre y que le hace dueño de sí, de lo que llegue a ser.

Pues la humanidad asumida por la única persona del Hijo de Dios, debía crecer y perfeccionarse, guiada por el Espíritu Santo hasta hacerse expresión perfecta del amor del Hijo al Padre. El Hijo de Dios amaba perfectamente a su Padre desde toda la eternidad, pero ahora debía asumir la humanidad, hacerla partícipe y expresión nítida de ese amor. Habiendo tomado “carne humana” debía llevar a perfección su humanidad en el amor filial.

Por eso san Lucas dice de Jesús, cuando aún era un adolescente: “Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres”. Realmente progresaba aquel que

era perfecto desde el principio, progresaba como hombre, en la perfección que Dios había pensado para el hombre, para todos los hombres, y que sólo ahora empezaba a realizarse.

Curiosamente, la siguiente escena del evangelio de san Lucas en la que aparece Jesús, es la escena del Bautismo en el Jordán. Allí estaba Juan el Bautista, predicando la conversión, anunciando la inminente llegada del Mesías y bautizando con agua. El bautismo, que significa “sumergir” indica el deseo de morir a la vida de pecado, es decir a la vida sin Dios. Ese era el significado del Bautismo de Juan. Y allí, ya cuando es un hombre maduro, aparece Jesús. Lo que dice Lucas es muy breve, atended bien: “Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado.»”.

Claro que Jesús ya era el Hijo de Dios y que ya desde el seno materno había recibido el Espíritu Santo, pero ahora su humanidad, verdadera humanidad, en progreso, como la de todo hombre, recibe un nuevo don y se abre a una nueva etapa, que le llevará a la perfección de la humanidad. La perfección que Adán, engañado por el diablo, había querido usurpar a Dios del árbol de la ciencia del bien y del mal, Jesús va a conseguirla por su obediencia en el árbol de la vida. Allí el amor es llevado hasta la perfección del amor filial. Pero lo hará humanamente, paso a paso, para hacer que esta victoria redundase no en beneficio de la naturaleza divina que no la necesitaba, sino en beneficio nuestro, en beneficio de la naturaleza humana, moribunda y sedienta.

Y será el Espíritu Santo el que guíe el camino de Jesús, Cristo, el Ungido con este Espíritu. Así, en la siguiente escena, la escena que media entre el Bautismo y el comienzo de la predicación, san Lucas dice:

Lc 4,1-13

Sobre este texto volveremos cuando vuestro bautismo esté más próximo. Pero mirad cómo continúa el mismo evangelista Lucas:

Lc 4,14-19

El mismo Jesús toma las palabras de Isaías y muestra claramente cómo es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, quien lo guía. Todos conocéis cómo termina la escena. Así hay que entender toda la vida de Jesús, hasta que llega a su cenit, hasta la cruz.

No tenemos tiempo ahora de ver cómo va actuando el Espíritu Santo y de cómo Jesús habla de él. Pero en la noche antes de su muerte, Jesús hace dos cosas fundamentales con los Apóstoles: primero les da la Eucaristía, de la que ya hablaremos; segundo les hace la promesa del Espíritu Santo. Tanto lo uno como lo otro nacen de la cruz que va a sufrir al día siguiente, de su amor humano perfecto y divinizado en la cruz. En la cruz se dará el cuerpo de Cristo, el cuerpo de la Eucaristía. Y en la cruz dona su Espíritu. Espíritu del Padre y del Hijo.

Ahora hemos de centrarnos en esto. Cristo muerto y resucitado derrama sobre su Iglesia su Espíritu, el Espíritu del Hijo. Y ese Espíritu lo recibiréis cuando os sean dados los sacramentos de la iniciación cristiana. No ya sólo la participación del Espíritu de la promesa, que ha mantenido vuestra búsqueda hasta el día de hoy, sino el Espíritu Santo en su plenitud, aquel vínculo de unidad y de amor con que el Padre conoce y ama a su Hijo, con el que el Hijo-hombre ama al Padre. El día de vuestro bautismo se abrirá el cielo para vosotros: perdonados todos vuestros pecados, Dios os tomará como hijos y os unirá con su Espíritu Santo. Volverá a resonar en el cielo: “Tú eres mi hijo, hoy yo te he engendrado”.

Pero ese momento, como el Bautismo de Jesús, sólo será la preparación y el anuncio de otro bautismo, aquel definitivo en que vencida la muerte, entréis en el cielo como hijos de Dios. Allí no seréis ya Marcos, Aicha, Javi...³⁰, allí habréis de ser reconocidos con la señal del Hijo. La señal de la cruz, con la que se os admitió en el Catecumenado y que el Espíritu marcará de forma imborrable en vuestra alma cuando seáis bautizados, debe hacerse visible y penetrar todos vuestros sentimientos, toda vuestra vida, vuestra mente y vuestro corazón. Ese día habréis de pareceros a Jesús, crucificado. Ese día habréis de mostrar las marcas del amor a Dios y a los hombres, como las marcas de Cristo, las marcas de la pasión.



D) Lecturas

Ezequiel 37, 1-14

Salmo 103

Juan 7, 37-39

D) **Súplicas y Padre Nuestro**

E) **Bendición**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

F) **Despedida**

Como en la primera catequesis.

J) **Bajo tu protección**

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

³⁰ Estos fueron los nombres de los tres primeros catecúmenos de la diócesis de Getafe, bautizados en la Vigilia Pascual del año 2007

Catequesis 27: El Espíritu Santo: El Espíritu dado a la Iglesia.

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 136-146

C) Catequesis

El Catecumenado es sólo una pequeña preparación. La lucha empieza el día de vuestro bautismo y terminará el día de vuestra muerte. No sabéis el tiempo que tenéis entre uno y otro momento. Lo que sabéis es que empezáis un combate contra el pecado, contra las apetencias de vuestra carne y contra los requerimientos del mundo, que os invitará a caminar otros caminos distintos, más transitados, más normales, más fáciles, más placenteros, aparentemente. Pero vosotros, hijos de Dios, templos del Espíritu Santo y miembros de Cristo, habréis de caminar por el duro y exigente camino del amor gratuito a Dios, el camino de la obediencia filial; y por el camino de la caridad para con los hombres, hasta soportar incluso sus pecados.

Y esa será la obra del Espíritu Santo, que es como un fuego que renovará y perfeccionará poco a poco vuestro ser entero. No os preocupéis, Él lo hará. Aunque no lo hará sin vosotros. Recordad que Dios os quiere hijos libres, que libremente aman, que libremente obedezcan, cuya obediencia y cuyo amor sea digno de mérito, digno de la gloria del cielo.

Seguiremos hablando del Espíritu Santo, que hace siempre referencia al Padre y al Hijo, nunca a él mismo. Invocadle siempre, llamadle ya ahora para que prepare vuestro corazón. Pedid a la Virgen María que ella ruegue por vosotros y ruegue también para que os sea dado este Espíritu de santidad.

Vamos a escuchar la promesa de Jesús sobre este Espíritu Santo para nosotros, al que llama Paráclito, es decir, “*defensor*”. Nos ponemos de pie para escuchar el Evangelio:

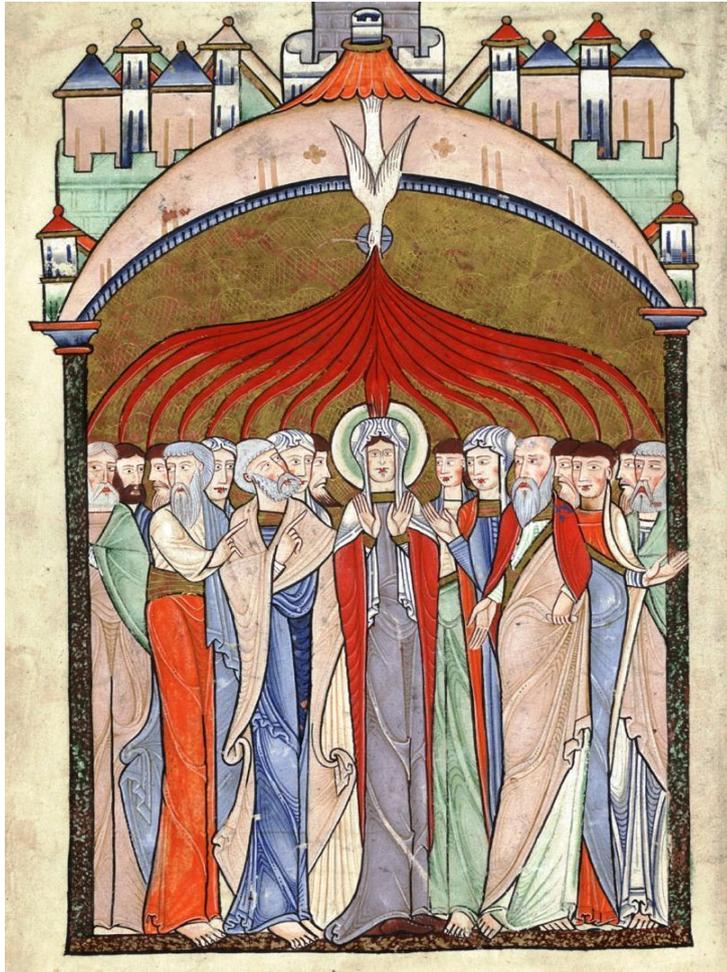
Jn 14,1-31

Antes de irnos leamos lo que confesamos en el símbolo referente a este Espíritu Santo, ya podéis entenderlo todo y uniros a la confesión unánime de la Iglesia. Pero, si algo aún no entendéis, no os preocupéis el mismo Espíritu os lo manifestará, “él os lo enseñará todo”.

El Símbolo de los Apóstoles tan sólo dice: “*Creo en el Espíritu Santo*”. Y el Niceno-Constantinopolitano dice así:

Creo en el Espíritu Santo,

*Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo recibe
una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.*



Durante esta semana quiero que meditéis en estas palabras del símbolo, para ello releed lo que aquí hemos dicho y leed también detenidamente los números del *Compendio del Catecismo* que hablan de la confesión de fe en el Espíritu Santo (nº. 136 – 146).

D) Lecturas

Como lectura de la Sagrada Escritura leeremos dos pasajes de los Hechos, donde podemos apreciar la conexión entre Cristo muerto y resucitado y el envío del Espíritu Santo sobre la Iglesia, así como sus efectos sobre ella.

- Hch 1,1-14

- Hch 2,1-38

E) Súplicas y Padre Nuestro

F) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

G) Despedida

Como en la primera catequesis.

H) Bajo tu protección

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis 28: La Iglesia

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 147-176

En el contenido de la catequesis se hace referencia a varios números del CIC. Podéis leerlos para preparar la catequesis, pero los contenidos esenciales están incluidos en los números del Compendio.

C) Catequesis

La Iglesia no tiene otra luz que la de Cristo. Ella es, según una imagen muy querida de los Padres de la Iglesia, comparable a la luna que no tiene luz propia sino que es un reflejo de la luz del sol. El Espíritu Santo es quien conforma a la Iglesia: Él es la fuente y el dador de toda santidad. Creer que la Iglesia es “una, santa, católica y apostólica” es inseparable de la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En el Símbolo de los Apóstoles, después de afirmar nuestra fe en la Trinidad, decimos que creemos en la Iglesia. No creemos en la Iglesia como creemos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo –hemos de distinguir entre Dios y sus obras–, sino como el ámbito donde Dios nos da todos sus dones para nuestra salvación: Los dones de la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos y la vida eterna.

Creemos que hay, por obra de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, una Iglesia en la que Dios nos ha reunido. Es “santa” por la acción del Espíritu Santo; es también “católica”, es decir universal; es “una”, en la que Dios nos ha unido por la fe y el amor; es “apostólica”, que se construye sobre la fe que Pedro confesó y los Apóstoles predicaron. Es esa misma fe que anuncian, a lo largo de la historia, sus sucesores: el Papa y los obispos.

[Dios] *“Determinó reunir a cuantos creen en Cristo en la Santa Iglesia, la cual fue ya prefigurada desde el origen del mundo y preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, fue constituida en los últimos tiempos y manifestada por la efusión del Espíritu y se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos”*³¹

Consumada la obra que el Padre encomendó realizar al Hijo sobre la tierra (cf. Jn 17, 4), fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés a fin de santificar indefinidamente la Iglesia y para que de este modo los fieles tengan acceso al Padre por medio de Cristo en un mismo Espíritu (cf. Ef 2, 18). Él es el Espíritu de vida o la fuente de agua que salta hasta la vida eterna (cf. Jn 4, 14; 7, 38-39), por quien el Padre vivifica a los hombres, muertos por el pecado, hasta que resucite sus cuerpos mortales en Cristo (cf. Rom 8, 10-11). El Espíritu habita en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. 1 Cor 3, 16; 6, 19), y en ellos ora y da testimonio de su adopción como hijos (cf. Gál 4, 6; Rom 8, 15-16. 26). Guía la Iglesia a toda la verdad (cf. Jn 16, 13), la unifica en comunión y ministerio, la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos (cf. Ef 4, 11-12; 1 Cor 12, 4; Gál 5, 22). Con la fuerza

³¹ Concilio Vaticano II. *Lumen Gentium* 2

del Evangelio rejuvenece la Iglesia, la renueva incesantemente y la conduce a la unión consumada con su Esposo. En efecto, el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: ¡Ven! (Ap 22, 17). Y así toda la Iglesia aparece como «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»³².

Al libro de los Hechos de los Apóstoles se le ha llamado el evangelio del Espíritu Santo, y la Iglesia que nos presenta aparece caracterizada como el tiempo de la acción eficaz del Espíritu Santo. Es la obra de Dios en la historia, entre la Resurrección de Jesús y su Segunda Venida, en la Parusía. En ese espacio histórico, el Espíritu Santo actúa a través de los Apóstoles y va suscitando comunidades cristianas: la Iglesia.

La Iglesia existe por voluntad de Dios, afirma la fe; pero, también desde la sola razón, podemos comprender su necesidad para el hombre: La razón humana nos hace ver que el individuo necesita la comunidad. La comunidad es necesaria. El individuo no puede desarrollarse, ser persona, si no es en comunidad. El hombre está destinado a la vida social por su propia naturaleza³³. De hecho, ciertas sociedades como la familia y la ciudad, corresponden más inmediatamente a la naturaleza del hombre

“Para desarrollarse en conformidad con su naturaleza, la persona humana necesita la vida social. Ciertas sociedades como la familia y la ciudad, corresponden más inmediatamente a la naturaleza del hombre” (CIC 1891)

Esto no constituye por ello algo sobreañadido, sino que es una exigencia de su propia naturaleza. Por el intercambio con otros, la reciprocidad de servicios y el diálogo con sus hermanos, el hombre desarrolla sus capacidades: así responde a su vocación humana

“La persona humana necesita la vida social. Esta no constituye para ella algo sobreañadido sino una exigencia de su naturaleza. Por el intercambio con otros, la reciprocidad de servicios y el diálogo con sus hermanos, el hombre desarrolla sus capacidades; así responde a su vocación (cf GS 25, 1)” (CIC 1879)

Una sociedad es un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por unos principios de unidad que supera a cada una de ellas. Asamblea a la vez visible y espiritual, una sociedad perdura en el tiempo: recoge el pasado y prepara el porvenir. Mediante ella, cada hombre es constituido “heredero”, recibe “talentos” que enriquecen su identidad y a los que debe hacer fructificar. En verdad, se debe afirmar que cada uno tiene deberes para con las comunidades de que forma parte y está obligado a respetar a las autoridades encargadas del bien común de las mismas

“Una sociedad es un conjunto de personas ligadas de manera orgánica por un principio de unidad que supera a cada una de ellas. Asamblea a la vez visible y espiritual, una sociedad perdura en el tiempo: recoge el pasado y prepara el porvenir. Mediante ella, cada hombre es constituido “heredero”, recibe “talentos” que enriquecen su identidad y a los que debe hacer fructificar (cf Lc 19, 13.15). En verdad, se debe afirmar que cada uno tiene deberes para con las comunidades de que forma parte y está obligado a respetar a las autoridades encargadas del bien común de las mismas” CIC 1880)

Entonces, ¿qué es más importante, la sociedad o el individuo? La razón y la fe nos dicen que el individuo, la persona es lo primero; pero que no se realiza como tal más que en sociedad.

³² San Cipriano, De Orat. Dom., 23: PL 4, 553. Hartel, III A. p. 285. San Agustín, Serm., 71, 20, 53: PL 38, 463 s. San J. Damasceno, Adv. iconocl., 12: PG 96, 1358D

³³ Santo Tomás de Aquino, De regimen principum o de regno I, 1,3. Cf. CCE 1879y 1991

Por eso, hemos de rechazar toda forma de individualismo, y también debemos rechazar esas sociedades que no respetan a la persona en su dignidad y libertad (cf. CCE 1881-1892).

Entonces, ¿por qué es necesaria la Iglesia?

Es necesaria para la construcción de la persona y de la sociedad, rotas por el pecado, según el proyecto de Dios. Si la razón nos hace ver la necesidad de la comunidad, la fe nos permite ver el gran regalo de Dios que es la Iglesia para el hombre. La Iglesia nos hace hijos de Dios, nos hace hermanos de todos los hombres. Por la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, se hace posible para nosotros el “ser” para Dios y “ser” para los demás. Así, la Iglesia hace posible la plena realización del hombre como ser social y abierto a Dios, haciendo posible la comunión entre las personas, la superación del individualismo, y la realización del hombre como ser llamado a la comunión. Dios sale al encuentro del hombre en la Iglesia. Preparada por Dios en la Antigua Alianza³⁴, instituida por Cristo, la Iglesia es más que una institución³⁵. Visible y espiritual, la Iglesia es un sacramento de salvación para todos los hombres; convocada, reunida, vivificada por el Espíritu Santo.

En el Nuevo Testamento a la Iglesia se la designa con muchos nombres: “Pueblo de Dios”, porque en la Iglesia se cumple la promesa de Dios: Seré su Dios y ellos serán mi pueblo (2 Cor 6, 16). Jesús muere no solo por su nación, sino para congregar a los hijos de Dios dispersos (Jn 11, 52). Él (Cristo Jesús) ha hecho de los dos pueblos, judíos y gentiles, una sola cosa, derribando con su cuerpo el muro que los separaba: el odio. Él ha abolido la Ley con sus mandamientos y reglas, haciendo las paces, para crear en él, un solo hombre nuevo. Reconcilió con Dios a los dos pueblos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz (Ef 2, 13-18). El pueblo santo está ya constituido por hombres de todas las tribus, pueblos, naciones y lenguas³⁶. Es el nuevo pueblo en marcha hacia su consumación en el cielo (Heb 11, 16)

Se la llama también “Cuerpo de Cristo” en una imagen fundamental que las cartas paulinas –Efesios, Colosenses, Corintios y Romanos– aplican a la Iglesia: Cristo es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 18). Siendo muchos, formamos un solo cuerpo: Cf. 1 Cor 12, 12-14. La Iglesia es asimismo la “Esposa de Cristo” (cf. Ef 5, 21-31) y el “Templo del Espíritu Santo”. Mientras que Cristo es la “piedra angular”, los miembros de la Iglesia, “piedras vivas” (cf. Ef 2, 19-21).

La Iglesia en el Credo aparece descrita como una, santa, católica y apostólica. Es **Una** por estar unificada por y a imagen de la Trinidad. Fruto del Espíritu, la unidad ha de ser constantemente buscada y pedida en la oración³⁷: Los que estamos en la Iglesia podemos diferenciarnos en muchas cosas (ideología, partido político, cultura, clase social...), pero estamos unidos porque tenemos una misma fe, la celebramos en unos mismos sacramentos, seguimos a unos mismos pastores y vivimos el amor hacia los demás. Más allá de esta pluralidad asumible, se produce lo que tradicionalmente se ha llamado herejía (la ruptura de la unidad de la fe, o sea, el creer cosas equivocadas) y el cisma (la ruptura grave de la caridad y de la legítima obediencia a los pastores).

La Iglesia es también **Santa**. ¿Por qué es santa la Iglesia? Porque Cristo se ha entregado por ella en la cruz para prepararse una Iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni nada semejante, una Iglesia santa e inmaculada (Ef 5, 27). Es santa porque el Padre y el Hijo le han dado su Espíritu Santo. La santidad de la Iglesia significa su pertenencia a Dios como Pueblo de Dios. Esta santidad objetiva, exige de los cristianos tender hacia la santidad subjetiva, que muchos hijos de la Iglesia alcanzaron, en especial la Madre de la Iglesia, que es la Virgen María. No basta con haber sido hechos santos el día de nuestro bautismo y con pertenecer a un Pueblo santo. Dios nos pide:

³⁴ Cf. Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 2; CCE n° 759

³⁵ Cf. CCE 770-773; 779)

³⁶ (Ap 5, 9; 7, 9; 11, 9; 14, 6)

³⁷ Cf. Jn 17, 21-23; Ef 4, 2-6

“*Sed santos, porque yo soy santo*”³⁸. La llamada a la santidad es común a todos los cristianos (cf. LG 41). La Iglesia es, sin contradicción, la Iglesia santa constituida por pecadores. Está tan lejos del rigorismo de los donatistas (donde solo cabrían en ella los puros) como del laxismo de los cátaros (donde no había ninguna exigencia moral concreta) o del relativismo (donde todo da en el fondo igual). La Iglesia, por ser pecadora, necesita purificarse constantemente, reformarse (*ecclesia semper reformanda*) e incluso pedir perdón.

La Iglesia es **Católica**. Católica significa universal, es decir, que comprende la totalidad de la fe, de los sacramentos y está abierta a todos y a todos los pueblos (cf. LG, 13). Se oponen a la catolicidad de la Iglesia las sectas o las iglesias nacionales que quieren identificarse con una raza o pueblo. Católica se llama a la Iglesia que permanece en unidad e integridad de fe y obediencia al Papa y los Obispos, frente a otras confesiones: Ortodoxa, Protestantes, etc...

La Iglesia es **Apostólica** porque fue fundada sobre los apóstoles, mantiene su tradición y el depósito de la fe que ellos nos dejaron, y es guiada por sus sucesores. Sobre la sucesión apostólica, dice el Concilio: «*Los obispos han sucedido, por institución divina, a los Apóstoles, como pastores de la Iglesia, de modo que quien los escucha, escucha a Cristo, y quien los desprecia, desprecia a Cristo y a quien le envió*» (LG 20).

¿Cuál es, entonces, la misión de la Iglesia?³⁹ Consiste en vivir al servicio del reinado de Dios en el mundo, continuando la misión del Hijo: Hacer partícipes de la salvación a todos, por medio de la Palabra de Dios, de los Sacramentos y del Servicio-Caridad. La Iglesia, toda la Iglesia, ha recibido de Jesucristo una triple misión:

1-Misión de enseñar como Iglesia Maestra (cf CCE 888, 892)

2-Misión de santificar, sobre todo por medio de los Sacramentos (cf CCE 893)

3-Misión de gobernar mediante el Servicio y la Caridad (cf CCE 894 -896)

Por lo mismo, en orden a la comunión misionera que ella constituye, la Iglesia es un pueblo estructurado, compuesto ontológicamente de laicos y de clérigos, en orden a su diversa vocación y misión. También está la vida consagrada, participada por unos y por otros. La Iglesia ha sido constituida jerárquicamente por Cristo, y la preside el Colegio Episcopal subordinado a su Cabeza, que es el Papa. ¿Cuál es la misión del Papa? ¿Pueden los obispos actuar y enseñar en contradicción con el Papa? ¿O el Papa contra los Obispos? ¿Es realmente infalible el Papa? ¿Cuál es la misión del Papa y los Obispos? A estas y otras preguntas dan respuesta, por ejemplo: Cf CCE 871-896.

Nuestra pertenencia a la Iglesia nos ha de conducir a escuchar a la que es Madre y Maestra y viviendo en comunión con ella. Los obispos, en unión con el Papa, son los intérpretes autorizados de la Palabra de Dios. Tienen la asistencia del Espíritu Santo y nos proponen lo que debemos creer (cf. CCE 85 -87). Los fieles han de recordar la Palabra de Cristo a los Apóstoles: El que a vosotros escucha a mí me escucha (Lc 10,16), y así recibir con docilidad las enseñanzas y directrices que sus pastores les dan de diferentes formas. También nuestra pertenencia eclesial nos ha de llevar a participar en los Sacramentos. En ellos la Iglesia Madre nos da la salvación de Dios: nos hace hijos de Dios por el Bautismo; nos da la plenitud del Espíritu por la Confirmación; nos alimenta con la Eucaristía; nos perdona los pecados en la Penitencia; confiere el Orden Sacerdotal para el servicio de la comunidad; bendice el Matrimonio de los esposos para que sean “iglesia doméstica”; y acompaña la enfermedad y muerte con la Unción, para el paso a la

³⁸ (Lv 11, 44; cf. 1 Pe 1, 16; 1 Jn 3, 3).

³⁹ Cf: LG 5, CCE 768.

vida eterna (cf. LG 11). Igualmente es nuestro derecho y deber participar en la vida y actividad evangelizadora de la Iglesia (cf. CCE 908–912). Finalmente nos lleva a vivir la libertad de los hijos de Dios, venciendo en nosotros el pecado y, juntando nuestras fuerzas, a trabajar por sanear las estructuras y condiciones del mundo, para que todas ellas sean conformes con la justicia y favorezcan la práctica de las virtudes, y para cooperar con los Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, según la gracia y carisma que el Señor conceda a cada uno. Como miembros tanto de la Iglesia como de la sociedad civil, tenemos, por tanto, nuestros derechos y deberes, que hemos de integrar en buena armonía. En todo caso, debemos guiarnos por la conciencia cristiana bien formada. Ninguna actividad humana (economía, política, etc.) pueden substraerse a la soberanía de Dios. Decía san Benito: «No anteponer nada al amor de Jesucristo».⁴⁰

Cristo nos da el sentido de la fe (*sensus fidei*) y la gracia de la palabra para ser testigos con nuestra vida mediante el ejemplo y con nuestra palabra. Los que están especialmente formados pueden prestar su colaboración en la Catequesis, Enseñanza religiosa, Medios de Comunicación Social, etc...

Tienen [los fieles] el derecho, y a veces incluso el deber en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestarla a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres y la reverencia hacia los pastores, habida cuenta de la utilidad común y de la dignidad de las personas⁴¹.

Leemos el *Compendio de la Iglesia Católica*, números del 147-176

D) Lecturas

- Hch 2, 36-41.
- Hch 2, 42-45.
- 1 Pe 2, 9-11
-

E) Súplicas y Padre Nuestro

F) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

G) Despedida

Como en la primera catequesis.

H) Bajo tu protección

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

⁴⁰ San Benito, RB 4,21

⁴¹ (CIC canon 212, 3: cit. en CCE 907)

Catequesis 29: Creo en la Resurrección de la carne y la vida eterna

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo n° 194-195 y 202-217

En el contenido de la catequesis se hace referencia a varios números del CIC. Podéis leerlos para preparar la catequesis, pero los contenidos esenciales están incluidos en los números del Compendio

C) Catequesis

La resurrección de la carne es un elemento esencial de nuestra fe cristiana, y uno de los más discutidos. Recordemos que en el discurso de San Pablo en el Areópago; los oyentes le interrumpen con risas al hablar de la resurrección de Cristo. Sin embargo, él dirá: Si Cristo no ha resucitado (y como consecuencia tampoco nosotros podemos esperar la resurrección) vana es nuestra fe.

¿Qué es resucitar? En la muerte, separación del alma y el cuerpo, el cuerpo del hombre cae en la corrupción, mientras que su alma va al encuentro con Dios, en espera de reunirse con su cuerpo glorificado. Dios en su omnipotencia dará definitivamente a nuestros cuerpos la vida incorruptible uniéndolos a nuestras almas, por la virtud de la Resurrección de Jesús. (CCE 997).

Dicho de otro modo: La “resurrección de la carne” significa que, después de la muerte, al final no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros “cuerpos mortales” (Rm 8, 11) volverán a tener vida. (CCE 990).

Al contrario que algunas doctrinas filosóficas y religiones (tanto actuales como del mundo antiguo), el cristianismo valora enormemente lo material/corporal. No podía ser de otro modo pues Dios es creador de todo, y todo por tanto es bueno. Además Dios se encarna para salvarnos, asume nuestra condición humana. Por tanto, la salvación que Jesucristo nos procura no sólo se queda en un nivel espiritual, sino que alcanza al hombre entero: también a su dimensión corporal.

En esas erradas doctrinas a las que nos referíamos en el párrafo anterior, se entiende la salvación como una liberación de lo material/corporal. Entendiendo la materia como algo malo en la que el alma (o el espíritu) se encuentra preso. En esta línea, encontramos que muy comúnmente se acepta que, después de la muerte, la vida de la persona humana continúa solamente de una forma espiritual; sin embargo, encontramos que no se acepta tan fácilmente lo que es definitorio de la fe cristiana: la resurrección de la carne. Recordemos una vez más que en el credo cristiano enunciamos: “creo en la resurrección de la carne” y no dice meramente: “creo en la inmortalidad del alma”, aunque esta afirmación sea también verdadera.

Jesús liga la fe en la resurrección a la fe en su propia persona: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11, 25). Es el mismo Jesús el que resucitará en el último día a quienes hayan creído en él.⁴² y hayan comido su cuerpo y bebido su sangre⁴³.

⁴² cf. Jn 5, 24-25; 6, 40)

⁴³ cf. Jn 6, 54) (CCE 994).

Nosotros resucitaremos como Él, con Él y por Él (CCE 995). Es decir, Cristo es la causa de nuestra resurrección (por Él); resucitaremos por estar íntimamente unidos a Él (con Él); y resucitaremos del mismo modo que Cristo ha resucitado, es decir, con cuerpo glorioso (como Él).

Nosotros esperamos la resurrección gloriosa, la misma que ya se ha dado en Jesucristo. Resucitar no es volver a esta vida terrena. Ciertamente, Cristo resucitó a lo largo de su vida pública a varias personas de este modo, como anticipo de la salvación futura (Lázaro, el hijo de la viuda de Naím, etc.); sin embargo, la resurrección gloriosa es algo de otro orden. Cristo resucitó con su propio cuerpo: “Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo” (Lc 24, 39); pero El no volvió a una vida terrenal. Del mismo modo, en El “todos resucitarán con su propio cuerpo, que tienen ahora”⁴⁴, pero este cuerpo será “transfigurado en cuerpo de gloria” (Flp 3, 21), en “cuerpo espiritual” (1 Cor 15, 44).

Sobrepasa a nuestra imaginación y entendimiento entender cómo se llevará a cabo esa transformación y cómo es “un cuerpo glorioso”.

¿Y cuándo será esa resurrección gloriosa? Sin duda en el “último día”⁴⁵; “al fin del mundo” (LG 48). En efecto, la resurrección de los muertos está íntimamente asociada a la Parusía de Cristo:

El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar ⁴⁶

Pero si es verdad que Cristo nos resucitará en "el último día", también lo es, en cierto modo, que nosotros ya hemos resucitado con Cristo. En efecto, gracias al Espíritu Santo, la vida cristiana en la tierra es, desde ahora, una participación en la muerte y en la Resurrección de Cristo:

Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos. Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Col 2, 12; 3, 1).

Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado (cf. Flp 3, 20), pero esta vida permanece “escondida con Cristo en Dios” (Col 3,3). “Con El nos ha resucitado y hecho sentar en los cielos con Cristo Jesús” (Ef 2,6). Alimentados en la Eucaristía con su Cuerpo, nosotros pertenecemos ya al Cuerpo de Cristo. Cuando resucitemos en el último día también nos “manifestaremos con Él llenos de gloria” ⁴⁷

Morir en Cristo Jesús

Para resucitar con Cristo, es necesario morir con Cristo, es necesario “dejar este cuerpo para ir a morar cerca del Señor” (2 Cor 5,8). En esta “partida” (Flp 1,23) que es la muerte, el alma se separa del cuerpo. Se reunirá con su cuerpo el día de la resurrección de los muertos (CCE 1005)

En un sentido, la muerte corporal es natural, pero por la fe sabemos que realmente es “salario del pecado”⁴⁸

Por la razón entendemos que el cuerpo como algo material que es, puede corromperse. Lo material está formado por partes, que pueden separarse y por tanto dar lugar a la descomposición

⁴⁴ Cc de Letrán IV: DS 801

⁴⁵ Jn 6, 39-40.44.54; 11,24

⁴⁶ 1 Ts 4, 16; CCE 1001.

⁴⁷ (Col 3, 4). (CCE 1002-1003).

⁴⁸ (Rom 6, 23;cf. Gén 2, 17).

del cuerpo, que también podemos llamar corrupción. En este sentido, decimos que la muerte es algo natural.

Pero la Revelación nos enseña que Dios creó al hombre, desde el principio, para la felicidad eterna (y por tanto inmortal). La muerte, por tanto, no fue querida por Dios, sino que entró en el mundo por el pecado. Por el pecado, que aparta al hombre de Dios-fuente de vida- se introdujo la muerte en el mundo. (Cfr. CCE 1008).

La buena noticia es que la muerte ha sido transformada por Cristo. Jesús, el Hijo de Dios, sufrió también la muerte, propia de la condición humana pecadora. Pero, a pesar de su angustia frente a ella⁴⁹, la asumió en un acto de sometimiento total y libre a la voluntad del Padre. La obediencia de Jesús transformó la maldición de la muerte en bendición⁵⁰.

La muerte de Cristo a favor de los hombres, aceptada como un acto de obediencia amorosa al Padre, ha cambiado el sentido de la muerte. La muerte no es ya un caer en la nada, en la inexistencia, sino una puerta a la Vida eterna.

Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. El cristiano, a ejemplo de Cristo y unido a Él, puede transformar su propia muerte en un acto de obediencia y de amor hacia el Padre, que le conduzca a la Vida eterna. (Cfr. CCE 1010-1011).

La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino. Cuando ha tenido fin “el único curso de nuestra vida terrena”(LG 48), ya no volveremos a otras vidas terrenas. “Está establecido que los hombres mueran una sola vez” (Heb 9, 27). No hay “reencarnación” después de la muerte. (CCE 1013).

La Iglesia nos anima a prepararnos para la hora de nuestra muerte (“De la muerte repentina e imprevista, líbranos Señor”: Letanías de los santos), a pedir a la Madre de Dios que interceda por nosotros “en la hora de nuestra muerte” (Ave María), y a confiarnos a San José, Patrono de la buena muerte. (CCE 1014).

La vida eterna

Hablamos en este apartado de las realidades últimas con las que todo hombre se encontrará tras su muerte. Lo que antiguamente llamaban novísimos. Estas son: el juicio particular, el cielo, el purgatorio, el infierno y el juicio final universal.

Juicio particular

Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación⁵¹, bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo⁵², bien para condenarse inmediatamente para siempre⁵³.

El Cielo

En el Cielo el alma entra en comunión perfecta y plena de vida y amor con la Santísima Trinidad, y con la Virgen María, los ángeles y todos los bienaventurados.

Este misterio de comunión bienaventurada con Dios y con todos los que están en Cristo sobrepasa toda comprensión y toda representación. La Escritura nos habla de ella en imágenes: vida, luz, paz, banquete de bodas, vino del reino, casa del Padre, Jerusalén celeste, paraíso: “Lo

⁴⁹ cf. Mc 14, 33-34; Heb 5, 7-8

⁵⁰ cf. Rom 5, 19-21. CCE 1009

⁵¹ cf. Cc de Lyon: DS 857-858; Cc de Florencia: DS 1304-1306; Cc de Trento: DS 1820

⁵² cf. Benedicto XII: DS 1000-1001; Juan XXII: DS 990

⁵³ cf. Benedicto XII: DS 1002. CCE 1022

que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman”⁵⁴

Lo que sí podemos afirmar es que:

1. En el Cielo se ven completamente realizadas las aspiraciones más profundas del hombre, provocándole un gozo pleno y eterno.
2. Contemplaremos a Dios tal cual es: es lo que llamamos visión beatífica.
3. Los bienaventurados continúan cumpliendo, para siempre, con alegría la voluntad de Dios con relación a los demás hombres y a la creación entera.

El purgatorio

Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del Cielo. La Iglesia llama Purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es distinta del castigo de los condenados. (CCE 1030-1031).

Pensad, por ejemplo, en un deportista que se prepara para una competición con el deseo de vencer y superar su record. Los duros entrenamientos le suponen un esfuerzo grande, con dolor, cansancio, renunciar a tiempo de ocio, seguir una dieta, etc. Pero en el fondo hay un gozo grande pues sabe que se está preparando para un momento de gloria. O imaginad la novia que se prepara para su boda. Se levanta temprano para que la preparen: el maquillaje, el peinado, etc. Todo eso supone esfuerzo, tensión, fatiga, pero lleno de gozo porque se prepara para su esposo.

Los que peregrinan aún en esta vida pueden ayudar a los difuntos en este proceso de purificación. Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico (cf. DS 856), para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos.

El infierno

Salvo queelijamos libremente amarle no podemos estar unidos con Dios. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra “infierno”.

Dios no predestina de modo unilateral a nadie a ir al infierno (cf DS 397; 1567); para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final. Nos separamos de Dios mediante un pecado mortal, es decir, si con plena advertencia y consentimiento pecamos gravemente contra Él, contra el prójimo o contra nosotros mismos.

Las afirmaciones de la Escritura y las enseñanzas de la Iglesia a propósito del infierno son un llamamiento a la responsabilidad con la que el hombre debe usar de su libertad en relación con su destino eterno. Constituyen al mismo tiempo un llamamiento apremiante a la conversión: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la puerta y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que la encuentran”⁵⁵.

El juicio final

El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo Dios conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces, Él pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que Su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin

⁵⁴ (1 Cor 2, 9) (CCE 1027).

⁵⁵ (Mt 7, 13-14) (CCE 1036)

último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte⁵⁶

El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena.

Los cielos nuevos y la tierra nueva

Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado. La Sagrada Escritura llama “cielos nuevos y tierra nueva” a esta renovación misteriosa que transformará la humanidad y el mundo⁵⁷.

Recordemos que en los relatos de la creación contenidos en el Génesis, el hombre se presenta como la cúspide de toda la creación. Todo lo creado ha sido creado para el hombre; es decir, todo tiene su sentido en el hombre y el hombre en Dios. Y así como consecuencia del pecado el hombre comienza a sufrir el dolor, la enfermedad y la muerte; del mismo modo, el pecado al separar al hombre, centro de la creación, de Dios, también introduce una desarmonía en toda la creación.

Por tanto, la salvación plena lo es tanto del hombre como de todo el cosmos. Se tratará de un “universo nuevo” dónde Dios tendrá su morada entre los hombres. En este universo nuevo ya no hay dolor ni muerte; el hombre verá colmadas todas sus aspiraciones y se realizará plenamente la unidad del género humano, querida por Dios desde la creación. Las cosas materiales con perfecta armonía estarán al servicio de los justos, participando en la glorificación que estos dan a Dios.

“No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios” (GS 39, 2).” Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontraremos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal”⁵⁸.

D) Lecturas y Exhortación

- 1 Cor 15

En este capítulo de la primera carta a los corintios se ilustra todo lo que hemos dicho en la catequesis sobre la resurrección de la carne.

San Pablo presenta la resurrección de Jesucristo como un dato incuestionable que forma parte esencial del Evangelio. Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe. Un Evangelio que no contemplase este misterio sería falso.

San Pablo hace un resumen rápido de las apariciones del resucitado, mostrando que no se trata de una idea teórica sino de un acontecimiento real del que los apóstoles, otros discípulos y finalmente él mismo han sido testigos. El resucitado es el mismo que murió en la Cruz, y su presencia es corporal.

Después, San Pablo mostrará que todos resucitaremos en Cristo (Él es causa de nuestra resurrección) y según su modo (es decir, con un cuerpo glorioso).

- Mt 25, 31-46

⁵⁶ (cf. Ct 8, 6). (CCE 1040).

⁵⁷ (Cf. 2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1)

⁵⁸ (GS 39, 3; cf. LG 2). (CCE 1049-1050)

De forma clara se habla del juicio final que realizará Cristo (el Hijo del hombre) en el último día. El premio de los justos se describe con los términos: Reino y vida eterna. El castigo de los malditos se describe con las palabras: fuego eterno y castigo eterno.

Notemos que, mientras que el premio era algo preparado desde la creación del mundo (el destino querido por Dios para el hombre), el castigo estaba preparado para el diablo y sus ángeles.

El juicio versará sobre la relación que cada hombre ha tenido con Cristo: me distéis de comer; me visitasteis, etc; o bien no lo hicisteis. Ahora bien, Cristo se hace presente en cada hombre que sufre, y por eso el juicio versará sobre cómo hemos vivido el amor con nuestro prójimo.

- **Lc 23, 39-43**

Este texto completa el anterior. No hay que esperar hasta el juicio final para ser juzgados personalmente y recibir premio o castigo. Esto sucede ya en el momento de la muerte. Así el buen ladrón recibe las consoladoras palabras de Jesucristo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

- **Ap 21**

Describe con un lenguaje lleno de imágenes “los cielos nuevos y la tierra nueva” que llegarán al final de la historia como acción de Dios y que llevará a plenitud la salvación de los santos.

Los elementos esenciales de esos cielos y tierra nueva son: a) la presencia de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) de acceso directo para todos los salvados, que comunica a estos su gloria y b) la ausencia de todo sufrimiento.

Leemos en el *Compendio del Catecismo los números 194-195 y 202-217*

E) **Súplicas y Padre Nuestro**

F) **Bendición**

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

G) **Despedida**

Como en la primera catequesis.

H) **Bajo tu protección**

Apéndice del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica

Catequesis:

Para después de un tiempo prolongado de vacaciones

Antes de comenzar propiamente la catequesis será bueno sentarse tranquilamente con los catecúmenos y comentar cómo les ha ido en el tiempo de vacaciones. Cómo les ha ido la vida en general y cómo les ha ido en su vida cristiana: en la oración, en la participación litúrgica los domingos, en su lucha contra las tentaciones y contra el pecado, en su fe, en su esperanza, en su amor... Y será bueno recordarles la parábola del sembrador. Después de esta charla amistosa, se puede celebrar la siguiente catequesis.

A) Introducción

Hemos tenido un largo periodo sin catequesis. Y es hora de volver a retomarlas. Espero que el paréntesis del tiempo de catequesis no haya significado un paréntesis en vuestra vida cristiana y en vuestra lucha contra las tentaciones.

Para retomar el camino emprendido quiero que hoy volváis vuestro recuerdo hacia el día en que fuisteis admitidos al Catecumenado, es decir, el día en que la Iglesia os tomó para llevaros un día hasta la fuente del Bautismo, donde naceréis de nuevo, a una vida nueva. Quiero que hagáis memoria de lo que allí ocurrió. Los cristianos vivimos de la memoria. Vivimos del amor de Dios. Y el amor de Dios no es algo etéreo, no son bonitas palabras, o elevados conceptos... El amor de Dios es una realidad que se ha manifestado en la historia, en hechos concretos.

Cuando un hombre quiere saber la calidad del amor de un amigo, un esposo, un hermano, una madre... lo que ha de hacer es rememorar las obras que son propias del amor. Repasando lo que un amigo ha hecho por mí, o lo que ha dejado de hacer, puedo calibrar cuál es la realidad de su amor por mí. Y ese amor real, poco o mucho, es el que nos da pie para esperar con fundamento el amor para el presente y para el futuro. Si un amigo se ha mostrado siempre fiel y generoso, podremos esperar con cierta seguridad que también hoy y mañana siga siendo fiel y generoso con nosotros. La memoria sobre el pasado, nos hace posible afrontar el hoy y el futuro.

Con Dios nos pasa lo mismo. El amor de Dios no depende de sentimientos, ni de palabras, ni de conceptos. El amor de Dios es una realidad que se ha manifestado con obras. Y la mayor de esas obras, donde Dios ha mostrado su amor es, sin lugar a dudas, la cruz de su Hijo.

Vayamos ahora al momento en que fuisteis admitidas al Catecumenado. Allí ocurrió algo. Dios hizo allí algo con vosotros. ¿Qué hizo? -Hizo un pacto con vosotros, una alianza de amor. La cruz de Jesucristo es el signo y el sello de una Alianza de amor. Recordad las palabras de Cristo en la Última Cena, que hablan de su sangre, de la sangre que se iba a derramar en la cruz, las palabras que repite el sacerdote en cada eucaristía: ***“Éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la Alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía”***. Pues bien, en aquella celebración Dios os marcó, os señaló, os selló con la señal de su amor, con el signo de la Alianza eterna, con la cruz de su Hijo. Recordad cómo el obispo os fue marcando con la señal de la cruz. Acogiendo este signo, acogiendo el amor que significa, entrasteis en la Iglesia.

Este signo de la cruz, hecho sobre nosotros, renueva constantemente este pacto de amor. Por eso cada catequesis comenzáis haciendo sobre vosotros el signo de la cruz. Por eso los cristianos comenzamos siempre nuestra oración, nuestras celebraciones litúrgicas, y todas las cosas importantes, haciendo sobre nosotros el signo de la cruz.

Ahora, ¿para qué os cuento todo esto? No para que sepáis más que muchos cristianos, que nunca habrán escuchado hablar del significado de este gesto, que hacen continuamente. Si fuese

por eso, os tendría que hablar de otros muchos significados que tiene el signo de la cruz. Pero no es el momento de eso, sino el momento de renovar la alianza. Dios quiere renovar su pacto de amor, ahora.

En realidad a Dios no le hace falta renovar este amor por vosotros, porque Dios es Fiel, y cuando da su amor lo da para siempre. Para él el amor ofrecido en la cruz no es algo del pasado. El pacto de amor hecho con vosotros cuando os marcó con la cruz, tampoco es para él algo pasado. Él tiene siempre ante los ojos su amor por vosotros, no deja de amaros, no os olvida un instante. Seguramente os hayáis enamorado alguna vez, o más de una. Recordad ese estado de aturdimiento que hace que seamos incapaces de sacar de nuestra cabeza a la persona amada. Recordad cómo casi da lo mismo lo que uno tenga que hacer, conducir, trabajar, estudiar... da lo mismo, es difícil concentrarse en nada que no sea el pensamiento que nos trae el recuerdo de aquel a quien amamos. No podemos dejar de pensar, no podemos dejar de desear su compañía... Bueno, pues podríamos comparar el amor de Dios por nosotros con este estado nuestro de enamoramiento: Él, una vez que nos ha dado su amor, no se echa atrás, ni deja atrás la conciencia de este amor. Él, en realidad, no necesita renovar su amor por nosotros, para él tiene siempre la misma intensidad que le llevó a la cruz, la misma fuerza desgarradora. Este ser de Dios, que no se echa atrás, tiene un nombre en la Escritura: fidelidad. Dios es fiel. Significa que su amor es inamovible. Ni los más terribles pecados o desprecios de nuestra parte echan para atrás el amor de Dios derramado de una vez para siempre en la cruz de su Hijo.

Sin embargo nosotros somos olvidadizos y volubles. Por eso Dios quiere renovar hoy su pacto de amor con vosotros. Empezaremos como siempre, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz, invocando al Espíritu Santo y recibiendo la gracia de Dios con el exorcismo.

B) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

C) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores se tomarán del ritual (RICA 113-118. Otras fórmulas posibles aparecen en el 373).

D) Catequesis

Para que entendáis lo que significa este pacto de amor que Dios quiere renovar hoy con vosotros y que se expresa en la cruz, vamos a mirar a Abraham, del que ya os hemos hablado en otras ocasiones. En el Rito de Entrada en el catecumenado escuchasteis cómo Dios llamaba a Abraham: “Sal de tu tierra y de tu patria a la tierra que yo te mostraré”. Y las promesas que le hizo: “De ti haré una nación grande y te bendeciré”. Y también: “a tu descendencia he de dar esta tierra”. Estas son las dos grandes promesas que marcan la vida de Abraham: la promesa de una descendencia, numerosa como la arena de las playas marinas y las estrellas del cielo; y la promesa de una tierra buena. Abraham obedeció a Dios y creyó que él cumpliría sus promesas. Sin embargo el tiempo pasó, sin que Abraham, ya viejo, tuviese un hijo y sin tener tierra propia. Aun así, Dios renovó en varias ocasiones su promesa. Ahora vamos a escuchar una de esas ocasiones, muy importante, donde Dios hará un pacto con Abraham.

Gn 17,1-11

Se narra en esta lectura la Alianza de Dios con Abraham. Y vemos en ella: dos personas que hacen el pacto; los términos de ese pacto, lo que cada una de las partes ha de cumplir; y el documento donde se atestigua este pacto: la circuncisión.

Vayamos a los protagonistas. A la circuncisión concedida a Abraham le precede la llamada de Dios. Es decir: antes de llegar a esta alianza, Dios había irrumpido en la vida de Abraham, le había llamado; y, por su parte, Abraham le había dado fe y le había obedecido. También antes de que Dios sellara con el signo de la cruz su pacto de amor eterno con vosotros, él os había llamado, por el anuncio del Evangelio, que recibisteis en las primeras catequesis; y, por vuestra parte, le disteis fe y os decidisteis a obedecer a Dios. Dios llamó a Abraham y él escuchó. Y por eso hizo con él Alianza, porque una alianza es cosa, al menos, de dos. Y como signo visible de esa alianza le dio la circuncisión. El mismo Dios os llamó a vosotros y también vosotros escuchasteis. Y como signo visible de esa alianza os marcó con la cruz de su Hijo.

Vayamos a los términos de la alianza entre Dios y Abraham. Por lo que toca a Dios, vuelve a reiterar su promesa de una descendencia y de una tierra. Es el contenido fundamental de esta alianza por lo que toca a Dios. Por lo que toca a Abraham, la cosa es en cierto modo desconcertante, porque fuera del signo de la alianza, la circuncisión, no hay obligaciones concretas que Abraham deba cumplir. Sólo se le dice: “anda en mi presencia y sé perfecto” (Gn 17,1). Ser perfecto no es algo sencillo. ¿Cómo ser perfecto siendo nosotros tan débiles, tan ignorantes en muchas cosas y tan faltos de fuerza y de voluntad? Sin embargo, el texto de la Biblia griega, el que utilizaron los primeros cristianos, el que utilizan los propios evangelistas cuando escriben los Evangelios, no dice “sé perfecto”, como si uno tuviese que hacerse perfecto de la noche a la mañana, sino que dice: “llega a ser perfecto”, como algo que ha de lograrse lentamente. Ese hacerse perfecto, será lo que caracterice el camino de obediencia de Abraham. Abraham, desde que es llamado, en Ur, hasta que muere, progresa en un camino de perfección. ¿Y en qué consiste esa perfección? En la obediencia a Dios. La obediencia hace a un hombre “dependiente” de otro. Hoy se nos dice que cada uno ha de ser absolutamente independiente, de todo, de padre, de madre, de hijo... y, sobre todo de Dios. Pero, la Escritura nos enseña lo contrario: el camino de la perfección es el camino de la dependencia de Dios, de la obediencia a Dios. Por eso dice: “anda en mi presencia”. Andar en la presencia de Dios, en la cercanía de Dios, en estar pendiente de Dios, eso es lo que nos encamina a la perfección. El progreso de la persona consiste en la referencia cada vez mayor del propio ser y de la propia vida a Dios. “Anda en mi presencia y llega a ser perfecto”, esta es la parte del pacto que ha de cumplir Abraham. Y este es el camino que Dios te vuelve a proponer a ti.

Por tanto, el mandato de Dios a Abraham, “camina en mi presencia y llega a ser perfecto”, no se puede tomar como el término de una alianza convencional, que tiene cláusulas concretas que pueden verificarse de forma empírica. Aquí se habla de la amistad de Dios y de la perfección humana que dicha amistad comporta. Caminar ante el rostro de Dios es, en último término lo que se perdió por el pecado. Con Abraham ha comenzado una historia y un camino que devuelve al hombre, más allá del paraíso, al seno de Dios. El verdadero contenido de esta alianza es, en realidad, la amistad con Dios, la comunión con Dios, que nos hace perfectos, que nos hace santos. Recordad esto: al final el gran don de Dios no es “algo” que él nos dé, sino su propia persona, su amistad, su compañía, la comunión con él.

Hay un hecho que choca muchísimo en la vida de Abraham. Su muerte. Muere con un hijo legítimo y la única tierra que posee es la cueva donde entierra a su esposa y donde luego es enterrado él, la cueva de la Makpelá. ¿Esta tierra y esta posteridad es todo lo que Dios le ha dado a Abraham? ¿En esto consistía la promesa? ¿Esta era la descendencia numerosa como las estrellas y la tierra buena? Ciertamente no. La verdadera realización de la promesa hecha a Abraham era tan grande que sobrepasará la vida física de Abraham. El cumplimiento de la promesa no llegará sino con Jesucristo. Él dará a Abraham una posteridad numerosa, todos los que creen en él. Y una tierra buena donde vivir dichosos: el cielo. Por eso Jesús, dice en el evangelio de san Juan que Abraham vio su día y se alegró. Sin embargo, a pesar de que el cumplimiento de las promesas no llegaría hasta la venida de Cristo, Abraham empezó a gustar ya antes de morir de la realidad de esas promesas. Sin embargo esto le supuso a Abraham un duro aprendizaje.

Después de dolorosos años de espera, de dudas y de luchas, Abraham tuvo a su hijo legítimo, a Isaac, el hijo prometido por Dios. Y como era de esperar Abraham se encariñó con su hijo. Pero un día Dios llamó a Abraham...

Aquel acontecimiento le sirvió a Abraham para entender una cosa: que todo en la vida del hombre es relativo. Y que lo único necesario es Dios. Abraham aprendió a relativizar el amor que tenía a su hijo, que sin duda era su gran amor, y a entender que el único amor necesario era el de Dios: "Solo Dios basta"⁵⁹. Por eso se entiende que la gran promesa de la alianza, la que se esconde tras la fórmula de la posteridad numerosa y de la tierra, es la amistad con Dios, la comunión con Dios. Abraham aprendió esto con dolor, le costó el sufrimiento del episodio del Moria, pero pudo morir siendo amigo de Dios.

Ahora, olvidaos de Abraham y volved los ojos a Cristo crucificado. ¿Sabéis qué aprendieron los apóstoles tras la muerte y la resurrección de Jesucristo? –Lo mismo que Abraham en el Moria. Que el verdadero don de Dios es su amistad, su compañía la comunión de amor con él. Todos tenían grandes expectativas de Jesús. Recordad a la madre de Santiago y Juan cuando se acerca a Jesús para pedirle que cuando sea rey coloque a su izquierda y derecha a sus hijos, es decir que les dé dos buenos cargos. Pero cuando ven al Hijo de Dios colgando en la cruz y luego vivo, ¿Qué pueden entender? Que la verdadera promesa de Cristo es la de su amor. En la cruz y en la resurrección Cristo no deja nada, ninguna obra, ningún proyecto político: sólo el don de su entrega, el don de sí mismo ofrecido en la cruz para siempre.

La alianza de Abraham se significó con el signo de la circuncisión. Ahora bien, aquel signo y aquella alianza era sólo el signo de la alianza nueva y eterna. Ésta no es una amistad o en un amor cualquiera, ni su signo es una pequeña herida en la carne y unas pocas gotas de sangre. No, la nueva y eterna alianza es la donación total de Cristo, la ofrenda plena de Dios, que no se reserva nada y se entrega a sí mismo por entero. Y el signo de esta alianza, no es una pequeña herida, sino la muerte del Hijo de Dios, no unas gotas de sangre, sino toda la sangre del Hijo de Dios hecho hombre. Esto es la cruz.

El signo de la cruz es un pacto de fe, por el cual vosotros os asociáis a Cristo. La cruz misma se convierte en la llamada de Dios, la llamada del amor de Dios que se os ofrece y se os entrega antes de recibir cualquier respuesta por vuestra parte. La Palabra que llama a Abraham, ahora se ha vaciado en la cruz. No es la llamada de quien está al resguardo del dolor, sino de quien ya se ha hecho vulnerable justamente para llamar al hombre a su amor. El que llama es el que ama hasta la muerte y ahora vive y es Señor. Y el contenido del pacto, por parte del que llama, no es otro que el de su amor, el de su propia persona entregada en oferta de amor.

¿Y cuál es vuestra parte del pacto? Por un lado, date cuenta de que la cruz es algo ya realizado: Cristo ya ha muerto por amor vuestro y resucitado, su amor permanece. Sea cual sea tu respuesta, él ya está ahí en alto ofreciéndote su amor. Hagas lo que hagas él te ama. Eso es un amor gratuito. Pero por otro lado, nada más exigente y tremendo que este amor gratuito: lo exige todo. La signación de todo el hombre en el rito de entrada en el Catecumenado expresa bien esta realidad. Recuerda que fuiste signado en la frente en los ojos, en la boca, en los oídos, en el pecho, en la espalda... porque este amor lo da todo y lo reclama todo. Por lo tanto, se hace evidente que el contenido de los términos de la alianza, por parte de Dios y por vuestra parte es la donación personal, la comunión de amor. En la cruz, Dios ofrece no otra cosa distinta de sí y busca en el hombre no otra cosa sino al mismo hombre, todo el hombre. Esto, como en el caso de Abraham, implica un camino de fe.

El signo de la cruz permanece. La cruz sigue alzada, porque el que murió por vosotros resucitó al tercer día y vive. Y eso significa que su amor y el gesto de su amor no han pasado, permanecen. Y hoy, ante el gesto de este amor, ante la cruz, Dios quiere tu respuesta, para renovar su alianza y continuar el camino de la fe que ha de llevarte al Bautismo.

⁵⁹ Santa Teresa de Jesús. Poema: "Nada te turbe".

Vamos a escuchar ahora el evangelio. Allí veréis cómo permanecen en Cristo resucitado, las señales de su pasión, las señales de la cruz, las señales de su amor por vosotros:

Jn 20,19-29

Trae tu mano, trae tu dedo. Y ¿por qué iban a permanecer estas señales en el cuerpo del que ha vencido la muerte? ¿Acaso porque era Dios impotente para borrar estas heridas? –No, sino para enseñarte que su amor por ti es eterno.

¿Quieres hacer tuyo este amor? ¿Quieres responder a este amor? Recibir el signo de la cruz significa ambas cosas: que uno acoge el amor ofrecido y que emprende el camino del amor, el camino de la propia entrega a Dios. Este camino es el camino de la fe que concluirá en vuestra propia entrega a Dios, entrega que también exigirá el sacrificio, la lucha y hasta la muerte. Recibir el signo de la cruz significa aceptar el amor de Dios como el cimiento de la propia vida.

Ante la cruz nuestro espíritu ha de dar una respuesta: la fe o el rechazo, como los dos ladrones que estaban crucificados junto al Señor: “Colgaba Cristo de la cruz, y colgaba también el ladrón. Cristo, en medio, ellos a un lado cada uno. Uno lo insulta, el otro cree”⁶⁰. ¿Cuál es vuestra respuesta?

Acercaos:

“Acepta la cruz como un cimiento firme y construye sobre él el resto de la fe”⁶¹.

“Yo te signo entero con la cruz de nuestro señor Jesucristo”.

El sacerdote hace el signo de la cruz primero sobre la frente, luego sobre todo el catecúmeno. Luego recita con las manos extendidas:

¡Oh Dios de misericordia infinita!

Que la dura madera de cruz donde tu Hijo entregó su vida, se clave para siempre en el corazón de estos hombres, y actué como el arado que rompe la tierra: que abra sus almas frías por el pecado y las haga capaces de acoger la sangre de Cristo. Que la sangre de tu Hijo, como semilla de vida penetre en su interior y haga brotar en ellas el amor a ti.

Queridos hijos, os repito las palabras con las que os he signado: “Acepta la cruz como cimiento firme y construye sobre él el resto de la fe”. No son palabras mías, son palabras muy antiguas, que ya se utilizaban en la Iglesia de Jerusalén en el siglo IV, seguramente en el mismo lugar donde tuvo lugar la crucifixión. Y es que de la cruz es la manifestación del amor de Dios. Y así, de ella nace nuestra fe, se nutre nuestro amor y tiene fuerza nuestra esperanza. Creemos a quien se ha entregado por entero. Amamos a quien nos ha amado hasta el extremo. Esperamos en quien tenemos certeza evidente de su amor por nosotros. Y sobre la fe, la esperanza y el amor se construye toda la vida cristiana. Por eso todo tiene como origen la cruz con la que os he signado, la cruz con la que Dios ha establecido un pacto con vosotros. Debéis volver constantemente vuestros ojos a ella, para edificar sobre ella vuestra vida.

E) **Ave María**

F) **Súplicas y Padre Nuestro**

⁶⁰ San Agustín; Sermón 232, 6; San Agustín. Obras Completas XXIV, BAC, Madrid 1983

⁶¹ San Cirilo de Jerusalén; *Catequesis Bautismales*. Desclée de Brouwer. Bilbao. 1991. Pág.316

G) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. *(RICA 121-124; 374).*

H) Despedida

Como en la primera catequesis.